



**Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-
Argentina)
Universidad de San Andrés
en cooperación con la Universidad de Barcelona**

**MAESTRÍA EN RELACIONES Y NEGOCIACIONES
INTERNACIONALES
CICLO 2008/2009**

TRABAJO DE INVESTIGACIÓN FINAL

**Título: “Entre guerrilleros y asesores militares: Argentina y su guerra
fría en América Central (1977-1984)”**

Autor: Lic. Pablo Leonardo Uncos

Director: Dr. Francisco Corigliano

Buenos Aires, Noviembre de 2012

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	05
AGRADECIMIENTOS	06
I. INTRODUCCIÓN	07
II. PLANTEO DEL PROBLEMA: ¿POR QUÉ NICARAGUA?	12
II.1. Estado del arte	12
II.1.a. Documentos militares de inteligencia	13
II.1.b. Testimonios de ex guerrilleros	14
II.1.c. Testimonios de los “Contras”	15
II.1.d. Obras periodísticas	17
II.2. Plan de trabajo	19
II.3. Justificación	23
II.4. Marco teórico	23
II.3.a. El globalismo norteamericano	24
II.3.b. El “globalismo” periférico y el “globalismo” militar argentino	25
II.3.c. Divisiones internas del globalismo militar argentino: pragmáticos versus cruzados occidentalistas	25
II.3.d. ¿Civiles versus militares?	28
II.3.e. El alineamiento heterodoxo	29
II.3.f. Diplomacia militar versus diplomacia económica	31
II.3.g. Lectura epidérmica versus lectura estructural	33
II.3.h. El giro occidentalista	33
III. CRONOLOGÍA DE LA CRUZADA ARGENTINA EN CENTROAMÉRICA ¿UN ACUERDO CON LOS ESTADOS UNIDOS?	36
III.1. Algunas preguntas	36
III.2. La génesis de un proyecto <i>made in</i> Argentina	37
III.3. Nicaragua bajo la mirada del Águila: de la cautela de Carter a la guerra de baja intensidad de Reagan	36
III.4. El amigo americano y una oferta interesante para Mr. Reagan	42
III.5. El capitán Francés García destapa la olla	46

IV. ADIÓS A LAS “ZONAS GRISES”: EL CONTEXTO INTERNACIONAL DE FINALES DE LOS AÑOS ’70 Y PRINCIPIOS DE LOS ’80		52
IV.1. El mundo de la década del ’70: crisis y redistribución del poder		52
IV.2. Buscando un lugar en el concierto de las naciones		55
IV.3. Las relaciones bilaterales entre la Argentina y los Estados Unidos: muchos giros en pocos años		56
IV.4. El mundo según Reagan		62
IV.5. El dilema de intervenir sin pagar los costos políticos: delegar a un tercer país		64
IV.6. El síndrome Vietnam		65
V. EL EFECTO MALVINAS. REPERCUSIONES DE LA GUERRA DEL ATLÁNTICO SUR EN LA CRISIS CENTROAMERICANA		68
V.1. Características del esquema de relaciones exteriores argentino durante el gobierno militar		68
V.2. La guerra de Malvinas. Una lectura errónea del escenario internacional		71
V.3. Efectos inmediatos de la Guerra de Malvinas en la crisis centroamericana: de la sorpresa a la superación del síndrome Vietnam		75
VI. LA DIVISIÓN DEL PRT-ERP Y UN PASAJE A NICARAGUA		80
VI.1. La división del PRT-ERP y el dilema de volver o no a la Argentina		81
VI.2. Internacionalismo revolucionario versus exportación del “método argentino”		84
VI.3. El poder de fuego y una estrategia “continental”		86
VI.4. El plan de Gorriarán Merlo y la paciente impaciencia		89
VII. LOS MILITARES		93
VII.1. Una respuesta global para una amenaza global (antes del 24 de marzo de 1976)		94
VII.2. La hora de la espada (desde el 24 de marzo de 1976 hasta mediados de 1977)		96
VII.3. La exportación del “método argentino” (desde mediados de 1977 hasta noviembre de 1981)		97
VII.4. “Las fronteras se besan y se ponen ardientes” (desde noviembre de 1981 hasta el 2 abril de 1982)		109
VII.5. Argentina <i>go home</i>		

(desde el 2 abril de 1982 hasta finales de 1984)	112
VIII. CONCLUSIONES	
VIII.1. La tesis de la autonomía	117
VIII.2. La diplomacia paralela	119
VIII.3. Lectura epidérmica versus lectura estructural	121
VIII.4. Internacionalismo revolucionario versus exportación del “método argentino”: dos dinámicas independientes	124
VIII.5. ¿Racionalidad o delirio?	125
VIII.6. Epílogo	126
SIGLAS	
	128
ANEXO 1. UN CUADRO CRONOLÓGICO	
	129
LISTA DE ENTREVISTADOS	
	133
BIBLIOGRAFÍA	
	134

PRESENTACIÓN

En 1977 la Junta Militar que gobernaba de facto la Argentina decide embarcarse en una cruzada contra el “comunismo internacional” en América Central: primero enviando asesores para adiestrar a la Guardia Nacional del régimen dictatorial de Anastasio Somoza Debayle (1967-1972 y 1974-1979) en Nicaragua, y luego entrenando a la “Contra” nicaragüense después del triunfo de los sandinistas el 19 de julio de 1979. Bajo la consigna de que la Administración de James Carter (1977-1981) se estaba desentendiendo de la avanzada comunista en la región, los militares argentinos pretendieron ocupar “los espacios vacíos” dejados por los Estados Unidos. Por otro lado, la autocracia castrense argentina pretendía evitar que Nicaragua se transformase en un “santuario para terroristas” desde el cual los guerrilleros exiliados del Movimiento de Liberación Nacional-Montoneros y del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) pudieran planificar y llevar a cabo ataques contra la Argentina. Las operaciones encubiertas en América Central fueron emprendidas por un sector del Ejército Argentino al que algunos autores denominan como “cruzados occidentalistas”.

La intención de este proyecto es determinar cuáles fueron los factores que incidieron en las motivaciones de los cruzados occidentalistas para emprender sus operaciones encubiertas en América Central. La presente disertación propone como hipótesis que la presencia de guerrilleros argentinos exiliados que operaban en territorio nicaragüense constituyó una razón de considerable peso, pero que no explica por sí sola el fenómeno en toda su complejidad, sino que por el contrario termina encubriendo factores más profundos y estructurales que hacen a la cultura política, a los modos de actuación internacional y a la forma en que la Argentina se percibe a sí misma en el concierto de las naciones.

AGRADECIMIENTOS

El lector puede (y con justísima razón) juzgar un tedioso lugar común la enumeración de los nombres de aquellas personas sin las cuales “esta obra no hubiera sido posible”. Me limitaré a relatarles que cierta calurosa tarde de diciembre un joven aspirante a Magíster en Ciencia Política y Sociología me convenció de que yo debía realizar una Maestría en Relaciones Internacionales. Tiempo después ese joven –mi amigo/hermano Oscar Donato– volvía a su Colombia natal sin sospechar que cinco años después su nombre sería el primero de la lista.

Quizá también resulte tedioso al lector mencionarle que entre clases, apuntes y cafés tuve la suerte de toparme con una persona de la talla de María Paula Gómez, de quien me despedí una lluviosa tarde de invierno y que volvió a su Colombia natal sin sospechar que también sería mencionada entre estos agradecimientos.

No menos importante, aunque sí un poquito más obvia, resulta la mención de mis compañeros de la Biblioteca de Ciencias Sociales “Enzo Faletto” con quienes, desde hace años, comparto esta suerte de empleo/matrimonio que consiste en vernos las caras durante ocho horas durante cinco días de la semana: María Cecilia Corda, Samanta Verónica Tello y Leonardo Alvarez. Por su puesto que no se salvará de ser saludada la Directora del Centro de Documentación de Relaciones Internacionales de FLACSO, María Teresa Fossati, quien durante años me ha malcriado como si fuese otro de sus hijos.

Dense por saludados todos mis amigos y amigas a quienes resumiré en el infinito amor y eterna sonrisa, apasionada y militante de María Petraccaro.

Me pongo serio para agradecer la paciencia y dedicación de mi tutor, el Dr. Francisco Corigliano y la buena predisposición de los Doctores Roberto Russell y Ariel Armony.

Para finalizar deseo enfatizar que “esta obra no hubiese sido posible” sin dos personas que me dieron todo en esta vida, incluso la vida: María Teresa Alvez Benítez y Fermín Orlando Uncos, mis padres, quienes una calurosa tarde de principios de los años ochenta me explicaron que en Nicaragua se estaba “haciendo una revolución” y que, por su puesto, no podían sospechar que de esa inocente charla comenzaría a gestarse una curiosa obsesión por el destino de un pueblo tan violentamente dulce al que siento como mío. Gracias papis... Y gracias Nicaragüita...

I. INTRODUCCIÓN

A fines del año 1977 la Junta Militar que gobernaba de facto la Argentina ya había terminado en gran parte con su objetivo de desarticular a los grupos guerrilleros, en especial al Movimiento de Liberación Nacional-Montoneros (MLN-M) y al Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP). Para ese entonces, de los miembros de estos grupos quien no se hallaba muerto o desaparecido estaba ya en el exilio o llevando una vida en la clandestinidad dentro del territorio argentino.

Precisamente en esa época la Junta Militar decide embarcarse en una cruzada contra el “comunismo internacional” en Centroamérica: primero enviando asesores para adiestrar a la Guardia Nacional del Régimen dictatorial de Anastasio Somoza Debayle en Nicaragua y luego entrenando a la “Contra” después del triunfo de los sandinistas el 19 de julio de 1979.

Todo indica que los militares argentinos querían evitar que Nicaragua se transformase en un “santuario para terroristas” desde el cual los guerrilleros argentinos exiliados pudieran planificar y llevar a cabo “operaciones subversivas” contra la Argentina.

Paralelamente, en diversos documentos y declaraciones a la prensa, los altos jefes militares argentinos de la época ponían de manifiesto su descontento por considerar que la administración del presidente James Carter se estaba “desentendiendo” de la lucha contra el comunismo en la región de América del Sur y en Centroamérica. Esta particular lectura del escenario internacional impulsó a los altos jefes militares a lanzarse a la ocupación de los espacios que ellos consideraban vacantes.

La idea de esta investigación es estudiar las motivaciones que condujeron a algunos miembros de la Junta Militar argentina (en particular el Ejército Argentino) a emprender una operación encubierta fuera del territorio nacional. Se procura estudiar los factores estructurales y coyunturales que llevaron al Ejército a sentirse abanderado de una cruzada continental contra lo que ellos denominaban como “subversión o marxismo internacional”.

Un dato fáctico estimuló a los militares a llevar adelante esta operación encubierta: la presencia de guerrilleros argentinos (del PRT-ERP) luchando en el Frente Sur del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) y el apoyo económico de Montoneros con su aporte de un millón de dólares para colaborar con la Ofensiva Final que conduciría al triunfo sandinista de 1979.

Si bien la participación de militares argentinos en Centroamérica se extiende desde 1977 hasta 1984, esta investigación distinguirá claramente tres etapas:

- el primer período es el que comprende los años 1977-1981, que se corresponde con la administración de James Carter, y cuya característica fundamental será la decisión por parte de las autoridades argentinas de hacer el “trabajo” de los Estados Unidos en lo que respecta a la contención del comunismo y en frenar lo que dentro de los círculos castrenses era considerado como un crecimiento del poder de influencia soviético en la región. De acuerdo con este diagnóstico los militares argentinos entendían que el gobierno norteamericano se había “desentendido de la región”, lo cual habría un margen para elevar el perfil internacional de la Argentina y fortalecer su vínculo bilateral con otras dictaduras latinoamericanas.
- la segunda etapa comprende el período que va desde el ascenso de los republicanos en Estados Unidos en enero de 1981 hasta la guerra de Malvinas en abril-junio de 1982. Esta etapa se caracteriza por la coincidencia de intereses entre la el gobierno local y el de Ronald Reagan (1981-1989) en la que las operaciones militares en Centroamérica contarán con un beneplácito explícito de parte de la gran potencia.
- la tercera etapa va desde el último tramo del conflicto del Atlántico Sur hasta 1984, ya con el Dr. Raúl Alfonsín como presidente constitucional de la Argentina. Es en esta etapa cuando los últimos asesores militares argentinos abandonan la región de América Central.

En lo que respecta a la participación de grupos guerrilleros argentinos en Centroamérica resulta interesante analizar sus motivaciones estratégicas y la importancia que para ellos revestía un triunfo revolucionario en el continente americano con vistas a un posible retorno a la Argentina. En ese contexto la victoria de los Sandinistas era esencial ya que

para 1979 la mayoría de los más importantes cuadros y militantes del PRT-ERP se hallaban exiliados en Europa y uno de sus principales objetivos era retornar a la lucha político-militar en la Argentina.

Resulta pertinente el estudio de esta problemática dado que se ha escrito mucho sobre ella, pero desde un enfoque parcial o fragmentario. Por ejemplo, la casi totalidad de los trabajos que en el ámbito de estudio de relaciones internacionales versan sobre las motivaciones militares no mencionan siquiera la presencia de grupos guerrilleros argentinos en la región centroamericana. Análogamente, las mayoría de las obras que mencionan la colaboración y el aporte de los grupos guerrilleros argentinos a las “guerras revolucionarias” de Centroamérica caen en formulas maniqueas sobre el rol de los militares argentinos que operaban también en la región, sin indagar sobre los factores estructurales sobre los que se fundamentaba dicha participación.

La idea de esta investigación es abordar el fenómeno en toda su complejidad, tratando de no caer en reduccionismos, maniqueísmos ni en la teoría de los dos demonios¹, y partiendo siempre del supuesto de que la realidad es antes que nada compleja. En ese sentido, esta obra se propone brindar un nuevo enfoque sobre una temática abordada anteriormente por periodistas y científicos sociales. Aquí la novedad radica en la ubicación los datos, testimonios y hechos en una línea cronológica. La segunda novedad consiste en la ubicación de esa línea cronológica en un contexto más amplio, que es el de la historia de las relaciones internacionales de la Argentina, prestando especial atención a sus condicionantes estructurales.

Más allá de este énfasis estructuralista se procurará no descuidar los factores contextuales. Ello se debe a que la comprensión del contexto internacional resulta fundamental para entender las motivaciones de los militares argentinos al momento de llevar a adelante su campaña extraterritorial en Centroamérica. Lo cierto es que tal esfuerzo intelectual resulta insuficiente si no articulamos ese contexto internacional con los determinantes estructurales particulares de la política exterior argentina. Se trata en

¹ Se denomina “Teoría de los dos demonios” a aquella línea de pensamiento según la cual el terrorismo de Estado ejercido por las Fuerzas Armadas durante el la dictadura militar argentina (1976-1983) son equiparables a los actos de terrorismo perpetrados por las organizaciones guerrilleras. Este esquema completa con la idea de una sociedad pasiva e indefensa víctima de dos extremismos: el de izquierda y el de derecha. Se considera al entonces presidente de la CONADEP (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas), Ernesto Sábato, como el acuñador de esta teoría.

definitiva de una combinación de factores que en su conjunto conforman la base material sobre la que se elaboraron los planes intervencionistas del Ejército Argentino.

El estudio sistemático de ambos fenómenos (las motivaciones del bando militar y las del lado guerrillero), y la forma en que estos se retroalimentan e influyen mutuamente constituye un aporte para esta área de estudios sociales internacionales.

De acuerdo con lo expuesto hasta aquí el objetivo de este trabajo de investigación apuntará a responder la siguiente pregunta:

¿Qué rol tuvo la presencia de grupos guerrilleros argentinos (PRT-ERP y Montoneros) en la región de América Central en las motivaciones de los sectores “cruzados occidentalistas” del Ejército Argentino para emprender operaciones extraterritoriales encubiertas en dicha región (especialmente en Nicaragua) entre los años 1977 y 1984?

Entre las distintas fuentes de esta investigación se destacan trabajos académicos, informes de investigación, documentos militares, investigaciones periodísticas, testimonios de los protagonistas, y entrevistas en profundidad con periodistas, analistas internacionales y con algunos de los actores que tuvieron alguna participación en esta trama.

La hipótesis con la que se inicia este trabajo es que la presencia de grupos guerrilleros argentinos constituyó una razón de peso muy importante en las motivaciones de los “cruzados occidentalistas” del Ejército para emprender sus operaciones encubiertas en América Central. Pero por sí sola esta hipótesis no explica el fenómeno en toda su complejidad. El enorme corpus de trabajos que hay sobre esta temática revela muy poco si no se lo aborda con un orden y un método. Para esta investigación se ha optado por el orden cronológico como principio rector. Los resultados son sorprendentes, pues cuando se ubican todos los datos disponibles en una misma línea de tiempo las dudas desaparecen, las preguntas hallan su respuesta y las explicaciones ulteriores resultan más lógicas. Pero la aplicación de esta metodología (ubicación del fenómeno en un eje cronológico) no sólo es la clave para obtener respuestas satisfactorias, sino que constituye además una fuente muy propicia para la elaboración de nuevas y más complejas preguntas.

En esta introducción se presentó la idea general de la disertación, a la vez que plantearon los motivos, los objetivos y la hipótesis de la misma. El primer capítulo contiene una revisión bibliográfica o estado del arte sobre lo que se ha publicado sobre el tema, y el marco teórico al que se ceñirá la investigación. El segundo capítulo plantea el problema específico a investigar y propone un plan de trabajo. El tercer capítulo pretende una reconstrucción cronológica de la intervención militar argentina en el istmo de América Central. El cuarto capítulo analiza el contexto internacional de finales de los '70 y principios de los '80 bajo la consigna de que su estudio es esencial para la comprensión de las motivaciones tanto del bando militar como del bando guerrillero. En el quinto capítulo se aborda el conflicto de las Islas Malvinas para analizar el particular esquema de toma de decisiones del régimen militar argentino y las consecuencias de dicha conflagración en la dinámica de la crisis centroamericana. En el sexto capítulo los testimonios de ex miembros del PRT-ERP posibilitan una reconstrucción de las motivaciones de ese grupo guerrillero para participar en la Revolución Sandinista de 1979, a la vez que permite indagar cuáles eran los objetivos estratégicos y la importancia de contar con una base operacional en el continente Americano desde la cuál ensayar un retorno a la Argentina, luego del forzado exilio en Europa. El séptimo capítulo aborda las motivaciones de los cruzados occidentalistas del Ejército Argentino para intervenir en el conflicto centroamericano especialmente en Nicaragua. Allí se trata de dilucidar qué rol tuvo la presencia de los guerrilleros argentinos en la toma de decisiones de los militares o en su defecto determinar cuáles fueron las verdaderas causas que guiaron su accionar. Por último, en el octavo capítulo exponen las conclusiones.

Para presentar esta problemática de un modo sencillo se ha recurrido a la confección de esquemas y cuadros explicativos, así como la elaboración de un cuadro cronológico-analítico con las principales fechas aludidas en todo el trabajo de investigación.

Asimismo, se ha optado deliberadamente por el estilo denominado discurso directo o cita textual. La idea es que a través de la polifonía de voces y de los distintos criterios y visiones expuestos, el lector pueda acceder a ideas y conclusiones propias.

II. PLANTEO DEL PROBLEMA: ¿POR QUÉ NICARAGUA?

*“¡Salve a ti, Nicaragua! En tu suelo,
Ya no ruge la voz del cañón
Ni se tiñe con sangre de hermanos
Tu glorioso pendón bicolor.”*
(Himno Nacional de Nicaragua)

En este capítulo se pasa revista sobre la variada cantidad de fuentes que dan cuenta de la participación argentina en la crisis centroamericana. Los diferentes enfoques y lecturas de un mismo acontecimiento histórico arrojan como primer dato el alto grado de complejidad que reviste el mismo. Las contradicciones son inevitables y más aún cuando entran en juego factores tales como los intereses y la ideología política. Sin embargo, todas las voces deben ser escuchadas para sea el lector quien al final saque sus propias conclusiones.

Luego del necesario repaso de la bibliografía disponible se expone el plan de trabajo a seguir a lo largo de toda la investigación. Por último se explicitan el marco teórico y las principales herramientas conceptuales que se ha utilizado para efectuar el análisis.

II.1. Estado del arte

Para empezar a comprender el porqué de la campaña extraterritorial de los cruzados occidentalistas del Ejército Argentino es preciso recurrir a los actores involucrados. Tales testimonios se encuentran dispersos en distintas fuentes. Las que aquí se utilizan surgen de dos vertientes contrapuestas, a saber: los documentos de inteligencia militar y los testimonios de los ex guerrilleros. Existe además un tercer tipo de fuente de importante valor documental, que es el testimonio de algunos ex “Contras”. En el primer caso se trata de documentos doctrinarios o informes de circulación restringida. En el segundo se trata de crónicas, autobiografías y literatura partidaria. Por último, en lo que hace al

testimonio de los ex “Contras”, los que se destacan son principalmente las autobiografías y algunas crónicas.

A continuación, y para complicar más este cuadro, se abordan una serie de obras periodísticas de las que se pueden extraer algunos datos contextuales, reveladores de una complejidad superior a la de los testimonios de los actores involucrados, pero que aún así no terminan de explicar en toda su dimensión el interrogante planteado.

II.1.a. Documentos militares de inteligencia

Los documentos militares de inteligencia que se han seleccionado para esta investigación consiste en trabajos elaborados por altos mandos del Ejército cuya temática es el adoctrinamiento y la exposición de informes acerca del estado de situación de la “lucha antisubversiva”. Uno de los más relevantes es el siguiente:

Comando General del Ejército, EMGE, Jefatura II de Inteligencia, Directiva del Comandante en Jefe del Ejército N° 504/77, Continuación de la ofensiva contra la subversión durante el período 1977/78. Firmada por teniente general Jorge Rafael Videla, Comandante en Jefe del Ejército, Buenos Aires, 20 de abril de 1977.

En ese documento hay un apartado titulado “Pautas que regularán el empleo de la fuerza Ejército” en donde se enumeran los patrones a los que habría de ceñirse el Ejército Argentino en su “ofensiva contra la subversión” en las distintas jurisdicciones, y en las relaciones que se entablarán entre ellas. En ese mismo apartado se especifican las funciones, jurisdicciones y controles que ejercerá el Ejército sobre la SIDE, sobre gendarmería, sobre el Servicio Penitenciario Nacional y sobre la Policía (Federal y provinciales). La directiva pone un especial énfasis sobre el cuidado de la imagen del país de cara a la celebración del Mundial de Fútbol '78. La enumeración de disposiciones concluye con el inciso siete, en el que luego de enumerar las funciones de las distintas jurisdicciones dice textualmente: “Impedirán el apoyo desde o hacia su jurisdicción de las

organizaciones subversivas que actúan en el país o fuera de él”², con lo que se abre una puerta para la planificación, desarrollo y ejecución de operaciones extraterritoriales por parte de Ejército Argentino.

II.1.b. Testimonios de ex guerrilleros

Entre los testimonios de ex guerrilleros se destacan dos trabajos, a saber: la autobiografía de Enrique Gorriarán Merlo y la producción bibliográfica de Daniel De Santis. La importancia de estos dos trabajos radica en que fueron elaborados por dos ex altos dirigentes del PRT-ERP y que, en distintos ámbitos, participaron de la experiencia revolucionaria nicaragüense.

De estas dos obras se tomará particularmente todo aquello que aluda a las motivaciones de los guerrilleros argentinos para intervenir en la Ofensiva Final del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) de junio de 1979³ y su posterior inclusión al nuevo Estado nacido de la Revolución Sandinista. Se destacan conceptos tales como el “internacionalismo revolucionario” y la utilización de Nicaragua como un paso previo para el retorno a la Argentina tras el exilio en Europa. En palabras de De Santis:

“Estando en Nicaragua, además de la colaboración con la Revolución Sandinista, los combatientes del ERP siguieron pensando y preparando los planes de retorno al país” [De Santis. 2010: 674].

En la misma línea, Enrique Gorriarán Merlo, líder máximo de la facción del PRT-ERP que participó de la Ofensiva Final del FSLN, puntualiza en sus *Memorias* los objetivos del grupo que comandaba:

“Esa, volver [a la Argentina], era una posibilidad. La otra era integrarnos a algún otro proceso revolucionario de América Latina, fundamentalmente en

² Comando General del Ejército, EMGE, Jefatura II de Inteligencia, Directiva del Comandante en Jefe del Ejército N° 504/77, Continuación de la ofensiva contra la subversión durante el período 1977/78. Firmada por teniente general Jorge Rafael Videla, Comandante en Jefe del Ejército, Buenos Aires, 20 de abril de 1977. Tomado de: <http://www.desaparecidos.org/nuncamas/web/document/militar/50477.htm>. Fecha de consulta: 09/05/2011.

³ La Dirección Conjunta del FSLN dispuso como fecha de inicio de la insurrección el martes 5 de junio. En un comunicado titulado “El llamado a la insurrección” el FSLN ordenaba todas sus fuerzas militares y políticas paralizar la actividad económica del país y declarar una Huelga General Revolucionaria. Ver Núñez, Carlos. *La sublevación de Managua. El repliegue a Masaya*. Buenos Aires: Editorial Cartago, 1980. Pág. 30.

Guatemala o Nicaragua. O sea que, si bien el objetivo final era retornar a la Argentina, teníamos una visión internacionalista y fundamentalmente latinoamericanista. Además, toda América Latina estaba siendo agredida por la Doctrina de Seguridad Nacional. Por lo tanto, considerábamos que la lucha en cualquiera de los países de América Latina era parte de la lucha en Argentina. Por eso había que pensar dónde éramos más útiles en ese momento.” [Gorriarán Merlo. 2003: 350]

De aquí se extrae un dato esencial: los guerrilleros exiliados que habían sobrevivido a la dura represión en Argentina se estaban reorganizando en el exterior y planeaban retornar al país. Los servicios de inteligencia del gobierno militar conocían esta maniobra y es muy probable que el interés por vigilarlos de cerca haya constituido una razón de peso en las motivaciones castrenses de intervenir en la crisis centroamericana.

II.1.c. Testimonios de los “Contras”

Finalmente, los testimonios de algunos ex “Contras” constituyen fuentes de un gran valor informativo. Entre ellos se destacan la autobiografía de Edén Pastora y las crónicas y análisis (mezcladas con autobiografía) de Donald Castillo Rivas. De ambas obras pueden extraerse algunos indicios sobre las motivaciones de los sectores militares para intervenir en la región.

La biografía de Edén Pastora cuenta que inmediatamente después de que este decide desertar de las filas sandinistas se entrevista en los Estados Unidos con altos funcionarios de la CIA, con el general Álvarez Martínez de Honduras y con militares argentinos “cuyo lenguaje asusta: sus dioses difuntos son Hitler y Mussolini” [Berreby, Genevieve; Berreby, Elie-Geoges.1988: 242]. Pastora aclara que en esa reunión aceptó “aliados, no patrones” [Berreby, Genevieve; Berreby, Elie-Geoges.1988: 242]. Cabe aclarar que el recelo era mutuo y que tanto los militares argentinos como la CIA nunca dejaron de ver a Pastora como a un comunista. Por su parte, Edén Pastora concluye su testimonio señalando que él tenía muy poco que ver con aquellos militares argentinos a quienes califica rotundamente como “neo-fascistas” [Berreby, Genevieve; Berreby, Elie-Geoges.1988: 242].

Por su parte, la obra de Donald Castillo Rivas ahonda en el testimonio de otros ex miembros de la “Contra” quienes tuvieron contacto directo con los asesores militares

argentinos. Entre los testimonios que cita Castillo Rivas se destaca el de un ex-coronel de la Guardia Nacional, Emilio Echaverry, quien reflexiona sobre las motivaciones de los militares argentinos:

“Los argentinos andaban por Centroamérica, posiblemente en persecución de guerrilleros ‘montoneros’ o guerrilleros del ERP que se habían fugado hacia Centroamérica. Ya se sabía en ese entonces que Nicaragua, inmediatamente después del triunfo, pasó a ser el santuario para toda esa gente.” [Castillo Rivas. 1993: 34].

A continuación Echaverry revela que los asesores militares argentinos trataron de impregnar una cierta “mística” en la “Contra” y de infundirle una ideología “que repetían continuamente”. En ese sentido el ex-coronel señala:

“En los primeros grupos de entrenamiento llegaron psicólogos especialistas en adoctrinamiento. Recuerdo que parte de las clases consistía en insuflar en la gente que estaban entrenando un cierto espíritu patriótico que no existía mucho en la Guardia Nacional y tampoco en los campesinos” [Castillo Rivas. 1993: 40].

Echaverry⁴ concluye su testimonio apuntando que “para los argentinos más que el entrenamiento militar, lo importante es que trataron de darle una mística a los egresados de sus escuelas de entrenamiento.” [Castillo Rivas. 1993: 40].

De ambos testimonios se puede extraer la siguiente idea: los militares argentinos desembarcaron en la región centroamericana con una visión muy ideologizada de los conflictos armados que allí se estaban desarrollando. Una visión que partía del prisma de la división Este-Oeste y que reducía los conflictos a una dicotomía entre la subversión comunista por un lado y la cultura occidental y cristiana por el otro. El testimonio del ex-coronel Echaverry permite una primer respuesta al interrogante planteado por esta

⁴ El ex Coronel Echaverry habla con conocimiento de causa y seguramente sabe mucho más de lo que dice. En su investigación titulada *La argentina, los Estados Unidos y la cruzada anticomunista en América Central, 1977-1984*, pp. 133-134, Ariel Armony menciona que Echaverry era la principal conexión entre los militares argentinos y las fuerzas de seguridad nicaragüenses. Graduado del Colegio Militar de la Argentina, Echaverry se convirtió en uno de los favoritos de los argentinos dentro de las filas del principal de los grupos que conformaban la “Contra”, la Fuerza Democrática Nicaragüense, y sería uno de los principales reclutadores de asesores argentinos para la “Contra” en 1981. El periodista Christopher Dickey coincide con esta versión: “Se había casado con la hija de un oficial argentino y, a los ojos de sus camaradas, había recogido una buena dosis de arrogancia argentina. Sirvió como asistente especial de Somoza, comenzando en 1979, y ayudó al equipo argentino en el intento de rastrear a sus enemigos en América Central. Pero cuando cayó Managua todo lo que pudo hacer fue buscar presuroso asilo político en la embajada argentina y quedarse allí durante seis meses.” *Con los contras*, pp. 53.

investigación: los asesores militares argentinos estaban en la región para capturar guerrilleros de Montoneros y del PRT-ERP. ¿Pero es esa la causa principal? Nuevamente la lectura superficial no resulta del todo satisfactoria y menos aún cuando las contradicciones aparezcan a la luz de nuevos datos, testimonios e investigaciones periodísticas.

II.1.d. Obras periodísticas

Aquí se destacan las obras periodísticas de Horacio Verbitsky y Rogelio García Lupo. Ambos trabajos pertenecen al subgénero de denuncia mezclado con crónicas y análisis. Se publicaron entre 1983 y 1985, es decir, en plena época del destape argentino, momento en que predominaba el afán por revelar al público todo lo que había acontecido durante los “años de plomo”. Por ejemplo, en *La posguerra sucia*, Horacio Verbitsky presenta diversas crónicas sobre la transición desde el gobierno militar a la administración de Raúl Alfonsín, y en varias de ellas sobrevuela el conflicto centroamericano y su impacto en la escena política argentina. Así en el capítulo titulado “El mayor Santa María sueña con el sol del Caribe” denuncia que:

“La operación *Charlie* debía concluir en el primer semestre de 1982 con el allanamiento de las fronteras de Nicaragua y El Salvador por una fuerza militar interamericana, encabezada por la Argentina, regida por las disposiciones del TIAR y subvencionada por Washington. El plan lo arruinó Galtieri por creer que Port Stanley⁵ era una escala razonable de su larga marcha hacia Managua.” [Verbitsky.1985: 135].

“Operación *Charlie*” era el nombre con el que se designó al entonces plan secreto de contención al comunismo en América Central. De acuerdo con el plan las actividades encubiertas se distribuían de la siguiente forma: la Argentina aportaba la mano de obra, a saber, instructores y asesores militares con experiencia en la guerra sucia; Honduras aportaba su territorio para el asentamiento de bases para el entrenamiento de los “Contras”; en tanto que, por su parte, Estados Unidos aportaba el dinero y los equipos necesarios. La operación culminaría con la creación de un gran ejército latinoamericano que desembarcaría en El Salvador para empujar a los guerrilleros hacia Honduras en

⁵ *Port Stanley* o Puerto Argentino (según la denominación argentina) es la población más grande de las Islas Malvinas y la capital del Territorio Británico de Ultramar de esas islas

donde serían exterminados, para finalmente penetrar en Nicaragua y derrocar a los Sandinistas.

Por su parte, en su libro *Diplomacia secreta y rendición incondicional* Rogelio García Lupo realiza un análisis más geopolítico de la intervención argentina en la crisis centroamericana, enmarcándola en el contexto del conflicto del Atlántico Sur. Comienza con una breve reseña del involucramiento argentino en América Central. Revela que los contactos iniciales para el envío de militares argentinos se hicieron en Buenos Aires durante el Congreso Anticomunista que se celebró en septiembre de 1980. Luego señala como fecha de cierre del acuerdo el mes de agosto de 1981, durante la gira por los Estados Unidos del entonces Jefe del Ejército, Leopoldo Fortunato Galtieri. A continuación revela que el rol que cumplirían los asesores argentinos en América Central se menciona en el programa de operaciones secretas contra Nicaragua que el director de la CIA, William Casey, elevó al presidente Ronald Reagan el 16 de noviembre de 1981, durante una reunión del Consejo de Seguridad. García Lupo entiende que una consecuencia interna de estos contactos y acuerdos fue el inmediato reemplazo de Viola por Galtieri en el Poder Ejecutivo y el posterior envío de militares argentinos a América Central, cuya presencia en la región a principios de 1982 ya se había tornado difícil de ocultar. Sobre este aspecto, a principios de marzo de ese año dos investigaciones periodísticas, una del *Washington Post* y otra del *Miami Herald*, ofrecían algunos indicios de los objetivos de la Operación *Charlie*, y revelaban los esfuerzos de parte de los militares argentinos por organizar una coalición política opositora al régimen de Managua a través de condicionar la entrega de 100.000 dólares para la compra de armas y equipos a cambio de un acuerdo entre dos grupos contrarrevolucionarios, a saber: la Unión Democrática Nicaragüense (UDN) y la Legión 15 de Septiembre.

García Lupo señala que la guerra de Malvinas produjo modificaciones sustanciales en las operaciones extraterritoriales del Ejército Argentino. En efecto, a medida que Estados Unidos y Argentina se distanciaban el número de asesores militares en la región centroamericana iba disminuyendo drásticamente hasta que en plena Guerra de Malvinas un miembro de la Junta sandinista de Managua, Sergio Ramírez, declaró: “la Argentina retiró los asesores militares que envió a América Central. Ha retirado todo, es un cambio radical, de ruptura” [García Lupo. 1985: 183].

Finalmente, en lo que respecta a la geopolítica implícita y explícita en las operaciones encubiertas en América Central, García Lupo analiza que la teoría de Galtieri consistía en que “la Argentina debería marchar detrás de los Estados Unidos, ocupando los lugares que estos dejaran libres en cualquier lugar del mundo” [García Lupo. 1985: 187]. Sobre este punto el autor cita textualmente a un experto militar en geopolítica, Alberto Marini, quien para noviembre de 1982 era director de la Escuela de Estrategia, quien afirmó:

“América Central es blanco de la guerra revolucionaria y subversiva [dado que allí] está el Canal de Panamá por el que pasan anualmente once mil buques, incluidos los movimientos de las flotas bi-oceánicas de los Estados Unidos” [García Lupo. 1985: 188].

Marini concluye que en esa región existe lo que él define como una:

“perturbación disolvente [dentro de una] estrategia sin tiempo [...] utilizada por los soviéticos en sus planes de dominio mundial. [...] Con Nicaragua en manos de los izquierditas no habrá segundo canal en Centroamérica” [García Lupo. 1985: 188].

El estudio de estas fuentes primarias y secundarias revela la existencia de distintos puntos de vista acerca de las motivaciones de los militares y el rol que en ellas cumplieron la presencia de guerrilleros argentinos operando en la región de América Central. Pero la respuesta no se halla en las superficies ni en la monocausalidad, sino que el abordaje de esta problemática impone una lectura más profunda y estructural del fenómeno. Eso es lo que se intentará en los sucesivos capítulos.

II.2. Plan de trabajo

El triunfo de la Revolución Nicaragüense junto con la participación de guerrilleros argentinos (PRT-ERP aportando combatientes y Montoneros aportando fondos para financiar la Ofensiva Final sandinista) encendió las alarmas de la cúpula militar argentina que vio en ello el surgimiento de una nueva Cuba. Pero esta vez de carácter continental y susceptible de “contagiar” a sus vecinos en la región de Centroamérica. Los militares argentinos vieron en la Revolución Sandinista una victoria de la avanzada del marxismo internacional que posaba también su mirada en el Cono Sur. Se creía, entonces, que Nicaragua podría constituirse en una suerte de “santuario del terrorismo transnacional” y

una plataforma desde la cual el PRT-ERP y los Montoneros podrían lanzar operaciones contra el régimen militar en Argentina.

La presencia y colaboración de grupos guerrilleros argentinos en Centroamérica es algo que se ha mencionado en muchos trabajos, pero que no se ha estudiado en profundidad. Una investigación de tal naturaleza debería de responder preguntas tales como: ¿Cuál era el verdadero poder de fuego de esas organizaciones armadas? ¿Cómo concebían su estrategia internacionalista? ¿Se podría pensar que sin su presencia y participación en la región Centroamericana los militares argentinos se habrían también animado a lanzar su campaña continental? ¿Constituyeron, en definitiva, estos grupos la excusa perfecta de los militares para lanzarse a una campaña anticomunista en la región centroamericana?

En paralelo, la política de defensa de los Derechos Humanos promovida por la Administración de James Carter (1977-1981) era vivida como un “castigo” por los regímenes militares que ejercían una dura represión contra lo que ellos entendían como una “avanzada del comunismo” en el Cono Sur. Varios dictadores de la época se sintieron abandonados por los Estados Unidos, entre ellos los que integraban la Junta Militar argentina. De las tres armas que presidían el gobierno fue el Ejército quien a través de su Batallón de Inteligencia 601 decide intervenir directamente en la región de Centroamérica colaborando con la dictadura de Anastasio Somoza Debayle, primero, y entrenando y organizando a la “Contra” nicaragüense después del triunfo Sandinista.

Los asesores militares argentinos no solo actuaron en Nicaragua, sino que además colaboraron con el adiestramiento de las fuerzas represivas en El Salvador, Guatemala y en Honduras. El éxito de la campaña contra la insurgencia armada en su propio país les otorgó un notable prestigio entre sus pares. El corolario de ello fue ofrecer la transferencia de todo su *know how* a quienes solicitaran sus servicios. Se trataba de la exportación de todo un corpus de prácticas y saberes que a lo largo de esta investigación serán denominadas bajo el concepto de “método argentino”. El “método argentino” consiste en una metodología de guerra no convencional que se puede resumir en el siguiente procedimiento: secuestro y desaparición de sospechosos de subversión, alojamiento en centros clandestinos de detención, interrogatorio bajo torturas y ejecuciones sumarias cometidas por grupos de tareas clandestinos directamente subordinados a las estructuras militares. [Duhalde. 1983: 145-174].

La cruzada contra el comunismo internacional revistió una doble cara: por un lado, constituyó una campaña política-militar de fuerte contenido ideológico, mientras que, por el otro, constituyó un gran negocio para empresas integradas por ex-militares y para el personal activo que estuvo directamente involucrado en las operaciones extraterritoriales. Siendo que el aspecto comercial y lucrativo de la operación ya fue ampliamente indagado por otros investigadores, lo que se a continuación se analizará es el aspecto o componente estrictamente ideológico. Es precisamente dicho componente el que llevó a los “cruzados occidentalistas” del Ejército Argentino a embarcarse por sí solos en una cruzada en la que otros regímenes militares de la época no se habrían animado sin contar antes con un respaldo más o menos explícito por parte de los Estados Unidos. Y será justamente esa impronta ideológica la que los asesores militares argentinos tratarán de inscribir en la “Contra” nicaragüense. De acuerdo con el testimonio de ex “Contras” y de ex militares salvadoreños y hondureños, los “cursos” de entrenamiento que dictaban los asesores militares argentinos hacían un fuerte hincapié en el aspecto ideológico de la guerra que se estaba librando. La llegada de Ronald Reagan a la Casa Blanca (1981-1989) abrirá un rápido y fugaz entendimiento entre los Estados Unidos y el gobierno militar argentino, que se interrumpirá drásticamente con la derrota argentina en la Guerra de Malvinas en junio de 1982. A partir de entonces el operativo “Contra” quedará bajo la supervisión directa de la CIA quien le dará a la campaña antisandinista un carácter más pragmático y menos ideologizado.

Entrenados en tácticas de contrainsurgencia en la Escuela de Las Américas⁶ los militares argentinos hicieron propio todo el ideario de lucha contra el comunismo internacional y defensa de los valores occidentales y cristianos. La postura de los Estados Unidos frente a la crisis Centroamericana en general y frente a la Revolución Sandinista en particular hace pensar que la Administración de James Carter tenía una visión menos dogmática de la confrontación Este-Oeste. La llegada de Reagan a la Casa Blanca modificará esta situación; sin embargo, los intereses de los Estados Unidos no siempre coincidirán con los de la Junta Militar Argentina. Ello se pondrá de manifiesto tanto en la forma en que

⁶ Se denomina Escuela de Las Américas (*School of Americas*) al centro de formación que entre 1963 y 1984 funcionó en la zona del Canal De Panamá, a través del cual los Estados Unidos brindaban entrenamiento contrainsurgente a militares de la región centro y sudamericana. En su extensa lista de graduados figuran cientos de militares argentinos de entre los que se destacan los ex presidentes de facto, general Roberto Eduardo Viola y general Leopoldo Fortunato Galtieri. En 1984 la Escuela de las Américas se trasladó a Fort Benning, Georgia, Estados Unidos. En 2001 cambió su nombre por el de Instituto Hemisférico Occidental para La Cooperación en Seguridad (*Western Hemisphere Institute for Security Cooperation*).

Estados Unidos pretendía que se llevara adelante el operativo “Contra”, como en su postura respecto del desembarco argentino en las Islas Malvinas.

A lo largo de esta investigación cada vez que se aluda a los “cruzados occidentalistas” debe quedar claro que se trata de “sectores” dentro del Ejército. Incluso resulta necesario aclarar como lo hacen algunos analistas internacionales, entre ellos Roberto Russell, que los cruzados occidentalistas dentro del Ejército Argentino ni siquiera constituían una opinión mayoritaria.

Haciendo esta salvedad, esta investigación trata de explicar preguntas tales como: ¿Qué llevó a los cruzados occidentalistas del Ejército Argentino a postularse como los últimos defensores de los valores occidentales y cristianos? ¿Cómo se vieron embarcados en una cruzada en la que ni el mismo ex presidente de facto chileno, general Augusto Pinochet (sindicado como el creador del Plan Cóndor⁷) se animó a emprender? ¿Qué los llevó a postularse como *Global Players*⁸?

La respuesta a los interrogantes sobre la presencia, colaboración y objetivos de los grupos guerrilleros argentinos en la región de Centroamérica, junto con la respuesta a las preguntas sobre la auto-percepción, estrategia, objetivos y motivaciones de los “cruzados occidentalistas” del Ejército Argentino que operaron en la misma región, confluyen para elaborar un mapa coyuntural que permitirá comprender el cómo y el porqué los militares argentinos se vieron embarcados en una “cruzada anticomunista” de carácter continental. A lo largo de todo el análisis la constante recurrencia al contexto internacional de la época, al particular esquema de toma de decisiones de la autocracia militar argentina, a la ubicación de los datos y testimonios en un eje cronológico, y a la ubicación de ese eje dentro de la historia de la política internacional argentina, constituye un plan de trabajo intelectual cuyo fin último es el de arrojar algunos destellos de claridad sobre uno de los períodos más oscuros de nuestra historia reciente.

⁷ Se conoce como Operación Cóndor o Plan Cóndor a la coordinación de operaciones contrainsurgentes entre las cúpulas de los regímenes dictatoriales del Cono Sur. La cooperación incluía el intercambio de información, de personal y hasta de prisioneros. El acuerdo se puso en marcha el 25 de noviembre de 1975 en un encuentro celebrado en Santiago de Chile entre el general Manuel Contreras, jefe de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), que era la policía secreta chilena, y los líderes de los servicios de inteligencia de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay. Para más información ver las obras de Calloni, Stella (2006). *Operación Cóndor: pacto criminal*. La Habana: Ciencias Sociales; Dinges, John (2004). *Operación Cóndor: una década de terrorismo internacional en el Cono Sur*. Santiago de Chile: Ediciones B; Nilson, Cezar Mariano; *Operación Cóndor. Terrorismo de Estado en el cono Sur*. Lholé-Lumen; Buenos Aires, 1998.; Anderson, Scott; Anderson John Lee, *Inside de League*. Nueva York: Dodd, Mead, 1986.

⁸ Traducción: actores o jugadores globales

II.3. Justificación

El particular aporte de esta investigación es la recopilación de un corpus de testimonios, análisis, declaraciones y datos, y el ordenamiento los mismos bajo un criterio cronológico. En efecto, hay mucho material escrito sobre el tema, pero el mismo se encuentra fragmentado y disperso. Por otro lado, se pretende vincular dos dinámicas casi contrapuestas, a saber: la campaña extraterritorial del ejército argentino con el internacionalismo revolucionario que guiaba el accionar guerrillero. Se trata de un ejercicio que pocas veces se ha explorado. La vinculación de estas dos dinámicas o aspectos del problema lleva necesariamente no ya al ensayo de una respuesta definitiva, sino más bien a la formulación de preguntas más complejas.

Gracias al vasto material publicado se conoce ya muy bien el “qué”, pero por el contrario poco se sabe del “porqué”. Es decir que conocemos los hechos, pero no las razones estructurales que los explican. La ubicación de la gran cantidad de datos disponibles dentro de un orden o secuencia cronológica, que a la vez haga un fuerte hincapié el contexto internacional de la época, ayudará a comprender mejor las razones que llevaron a la Argentina a extender su guerra fría hacia teatro de operaciones de la crisis centroamericana.

II.4. Marco teórico

Para este marco teórico se utilizan algunos conceptos trabajados por Juan Carlos Puig, Fabián Bosoer, Roberto Russell y Juan Gabriel Tokatlián, en sus respectivas producciones académicas de análisis internacional. La mayoría estos trabajos son capítulos dentro de compilaciones u obras más generales, mientras que en una menor medida se trata también de documentos de investigación. De estos producciones académicas se tomarán algunas herramientas conceptuales tales como la distinción entre diplomacia militar y diplomacia económica, el concepto de “alineamiento heterodoxo”, y la conceptualización de los sectores “globalistas” dentro del Ejército Argentino, prestando particular atención a su división en dos subgrupos, a saber: los globalistas pragmáticos y los cruzados occidentalistas.

En líneas generales la metodología a la que se recurre en esta investigación es la combinación de la teoría con el análisis periodístico. Se trata de articular dos tipos muy particulares de abordaje, pero cuya adecuada combinación permite a la vez deducir e inducir nuevos conocimientos.

II.4.a. El globalismo norteamericano

A lo largo de este trabajo se aludirá una y otra vez al accionar y las motivaciones de los sectores globalistas del Ejército Argentino. De modo que la primera pregunta que se impone aquí es: ¿Qué es el globalismo? En su sentido estricto cuando se habla de globalismo se habla del globalismo de las grandes potencias. Para el caso de la principal potencia de occidente, esto es, los Estados Unidos, el globalismo es un principio rector de su política internacional que surge de la premisa de que se deben abandonar las políticas regionales y reemplazarlas por una política de carácter global. Este principio surge de un debate al interior de los Estados Unidos respecto de cuál debía de ser su postura frente a América Latina: ¿o brindarle un trato especial o encuadrarla dentro de una política de carácter global para todo el tercer mundo? De modo que el globalismo es la cara contrapuesta del regionalismo, y constituye una discusión interna de los hacedores de la política exterior de los Estados Unidos en torno a cuál debía ser la modalidad de contención al comunismo internacional en el marco de la guerra fría. Como puede verse, se trata de un debate que no se relaciona en absoluto con la política exterior ni de argentina ni de los restantes países.

En la historia de las relaciones internacionales de los Estados Unidos, el globalismo aparece como una discusión teórica sobre las formas o modos de encarar la política exterior, que tiene su inicio durante la administración de Richard Nixon a principios de los años '70. Tal discusión se expresa en la premisa de que ya no debía de haber una relación especial para con México, y en que ya no debían de haber más políticas especiales para América Latina. En ese sentido el eje de la discusión apuntaba a terminar con la Alianza para el Progreso⁹.

⁹ La Alianza para el Progreso era un plan de ayuda económica, política y social promovido por la administración del demócrata John F. Kennedy entre los años 1961 y 1970. Su objetivo era el de promover el desarrollo de los países latinoamericanos a través de reformas agrarias, reformas impositivas, inversión en

II.4.b. El “globalismo periférico” y el “globalismo militar” argentino

Los teóricos y formuladores de política internacional de los países periféricos se apropiaron del concepto “globalismo”, pero lo resignificaron como la idea de que el mundo es un escenario en donde estos países deben de participar activamente en determinados *issues* o temas. El globalismo periférico es, por lo tanto, un modo de pensamiento que adopta la dirigencia o gobierno de una nación periférica y que concibe al mundo como un ámbito adecuado para proyectar su influencia política.

Desde el punto de vista de los países periféricos, una política global es la participación activa y militante en determinados asuntos internacionales (por ejemplo: el desarme, el crimen organizado, el narcotráfico, el cuidado del medio ambiente, etc.), basándose en la consigna de que el mundo es cada vez más chico, global e interdependiente. Bajo este *leitmotiv* algunos países participan activamente en los foros internacionales, en tanto que otros (como es el caso de la Argentina durante el gobierno de Galtieri) lo hacen a través de campañas militares extraterritoriales de carácter secreto. Pero, como se verá a continuación, esta última es una concepción muy diferente de la idea originaria del globalismo periférico. El globalismo militar argentino está más ligado a la idea de intervencionismo y de operaciones militares extraterritoriales encubiertas. Sobre este punto Russell enfatiza que:

“Es un intervencionismo en el marco de la guerra fría y militantemente occidental. Mientras que el globalismo clásico de la Argentina, que nace con Perón y termina con Alfonsín, es una militancia que procura una equidistancia del conflicto Este-Oeste. Es algo muy distinto. Vos podés ser un globalista, pero tratando de enfatizar el eje Norte-Sur. El ex canciller argentino Dante Caputo es un ejemplo de una política globalista de los años '80. En el caso de los militares aquellos que son más ideológicos salen del patrón, rompen el patrón. Hay un patrón de política exterior que va desde el '46 hasta la mitad del gobierno de Alfonsín que es un patrón de política exterior globalista” [Entrevista con Roberto Russell, 30/07/2012]

infraestructura, políticas de vivienda, universalización del acceso a la educación, etc. Se trataba en rigor de un programa de ayuda cuyo fin era el de contrarrestar la influencia de la revolución cubana a través de medidas reformistas.

De modo que el “globalismo” periférico no es un invento argentino, sino que lo aplicaron de igual modo varios países, como es el caso de Brasil, México y Chile. Se trata de una política muy adecuada para un escenario de guerra fría, al que hay que sumarle dos datos contextuales de peso, a saber, el proceso de descolonización, y la formulación teórica de un nuevo tipo de conflicto internacional: la problemática Norte-Sur. Todo eso lleva a que los países promuevan una política exterior activa. Otros la definen como política exterior independiente. Se trata de conceptos distintos, pero en definitiva, la matriz es similar.

II.4.c. Divisiones internas del globalismo militar argentino: pragmáticos versus cruzados occidentalistas

El globalismo militar argentino no constituía un grupo homogéneo, sino que en su seno coexistían dos grandes líneas o tendencias. Por un lado estaban los globalistas pragmáticos y por el otro a los cruzados occidentalistas. Ambos estaban bajo el paraguas conceptual del pensamiento globalista, aunque con importantes matices. Tal matriz de pensamiento fue la que posibilitó la proximidad entre el régimen militar argentino y la administración republicana presidida por Ronald Reagan que arribó a la Casa Blanca el 20 de enero de 1981. Fue precisamente la coincidencia entre sus visiones globalistas y sus concepciones geoestratégicas las que terminaron por acercar estrechamente a los gobiernos de Ronald Reagan y Leopoldo Fortunato Galtieri. Pero se trataba de una comunión que de ningún modo implicaba sumisión. Con respecto a este punto, en el documento de investigación titulado “Argentina y la crisis centroamericana (1976-1985)” Roberto Russell y Juan Gabriel Tokatlán advierten que existió algo más que una simple subordinación y asociación de la Argentina al poder norteamericano en América Central, pues, en realidad la política exterior del régimen militar durante la administración Reagan fue más bien impulsada por una racionalidad y una definición propias de la “seguridad nacional”.

La participación directa de la diplomacia militar en Centroamérica fue un proceso que se caracterizó por importantes disensos al interior del régimen militar en general y del Ejército en particular. Sobre este punto los autores señalan que existió en esa fuerza – fundamentalmente en la sub-jefatura II del Estado Mayor, que es donde se elaboró la represión a los grupos guerrilleros– un sector dispuesto a proyectarse internacionalmente

para transmitir sus conocimientos en la lucha antsubversiva a todas las naciones que así se lo solicitaran, con el objeto de defender la “civilización Occidental”. Se trataba de grupos globalistas dispuestos a postularse como verdaderos “cruzados occidentalistas” y que:

“...acostumbrados a operar en la clandestinidad, contaban con importantes recursos financieros y orgánicos, y dada la estructura del régimen militar, eran en esa época prácticamente incontrolables por el Poder Ejecutivo”. [Russell; Tokatlián. 1986: 9]

Uno de los máximos exponentes dentro de ese grupo era el General Leopoldo Fortunato Galtieri, quien desde su puesto de Jefe del Ejército realizó una intensa diplomacia paralela a la del entonces presidente general Viola (quién ocupó la Casa Rosada desde el 29 de marzo de 1982 hasta diciembre del mismo año) con el propósito de obstaculizar su gestión y reemplazarlo en la primera magistratura. [Camilión. 1999: 256]

Pero esta no era la única expresión del globalismo militar argentino, pues junto a estos cruzados occidentalistas estaban otros sectores del Ejército cuyo accionar confluía durante la presidencia de Galtieri, y a los que Russell y Tokatlián identifican como:

“...partidarios de una convergencia de acciones con los Estados Unidos, como parte de su adscripción a los valores de Occidente, pero también como forma de lograr el apoyo de este país para la resolución de algunos de los ‘intereses externos tradicionales’ de Argentina” [Russell; Tokatlián. 1986: 9].

Para los fines de este trabajo de investigación, tales grupos serán denominados simplemente como “globalistas pragmáticos”. Para este grupo la intervención de la diplomacia militar en la crisis centroamericana servía como una suerte de *trade off*¹⁰ con los Estados Unidos para concretar objetivos de política externa como la recuperación de las Islas Malvinas. Entre los miembros más destacados de este grupo podemos mencionar al almirante Jorge Isaac Anaya, quien desde su cargo de integrante de la tercera Junta Militar apoyó las políticas implementadas por el general Galtieri a cambio de que este ordenara la recuperación de las Islas Malvinas¹¹.

¹⁰ Traducción: intercambio

¹¹ Los detalles y pormenores del plan del almirante Anaya para recuperar las Islas Malvinas se exponen en Cardoso; Kirschbaum; Van der Koy (1983) *Malvinas: la trama secreta*, Buenos Aires. Sudamericana, Pag. 19-21. Ver también Cisneros y Escudé (Dir.) (2000) *Historia General de las Relaciones Exteriores de la República Argentina*, Parte III, Tomo XIV, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, Pag. 288, y Russell “Las relaciones Argentina - Estados Unidos: del ‘alineamiento heterodoxo’ a la ‘recomposición madura’”, en

II.4.d. ¿Civiles versus militares?

Distintos historiadores, politólogos y sociólogos suelen plantear diferencias entre los gobiernos civiles y las dictaduras militares. Y en efecto tales diferencias existen. Sin embargo, hay analistas internacionales, como es el caso de Puig y Russell, quienes entienden que, en lo que hace puntualmente a esta matriz de política exterior denominada globalismo periférico argentino, no existe una separación tan tajante entre los gobiernos civiles y los gobiernos militares:

“Porque los gobiernos militares han seguido bastante este patrón [globalista] y tenés un grado de exageración brutal y de salida que es con Galtieri, pero que es muy corto, y tiene más que ver que ver con la puja de poder interna.”
[Entrevista con Roberto Russell, 30/07/2012]

Siguiendo con esta tesis de la continuidad civil-militar se observa que la política exterior argentina desde 1946 hasta el gobierno de Raúl Alfonsín (1983-1989) ha seguido un patrón estructural bien definido, caracterizado por un globalismo periférico basado en el eje Norte-Sur. La novedad que trajo el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional es la adhesión a un globalismo claramente definido en el eje Este-Oeste, que llega al paroxismo con el breve interregno del general Galtieri entre el 22 de diciembre de 1981 y el 18 de junio de 1982. Durante ese período la política exterior argentina da un vuelco y, relegando aparentemente toda declaración de autonomía, se alinea de un modo estrecho con los Estados Unidos. Pero se trata en rigor de un coqueteo, una insinuación de adherir a un alineamiento de naturaleza automática y que, en algunos aspectos más formales que estructurales, rompe con la idea “alineamiento heterodoxo”, que se expondrá detalladamente en el apartado que sigue. La Guerra de Malvinas junto con el apoyo de Estados Unidos a Gran Bretaña desencadenó un nuevo giro abrupto, esta vez hacia el grupo de países No Alineados, pero también con el sello de la sobreactuación y la desmesura.

Hirst, Mónica (1988) *Continuidad y cambio en las relaciones América Latina/Estados Unidos*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano. De allí se desprenden dos datos relevantes: a) Anaya empezó obrando a instancias del almirante Emilio Eduardo Massera, pero adoptó la causa Malvinas como una obsesión personal, b) en un principio Galtieri si inclinaba por el Beagle como el escenario adecuado para hacer una demostración de dureza en política exterior, pero optó por Malvinas como una forma de devolver favores a Anaya.

A continuación se expone un esquema de las distintas subdivisiones que se han hecho del concepto de globalismo en este marco teórico. Parte desde la concepción más general del uso del término hasta llegar a la subcategoría particular que se estudiará a lo largo de toda esta investigación, a saber: los cruzados occidentalistas.

Globalismo	1- Globalismo norteamericano		
	2- Globalismo periférico	a- Globalismo clásico argentino (Eje Norte-Sur)	
		b- Globalismo militar argentino (Eje Este-Oeste)	Globalismo pragmático
			Cruzados Occidentalistas

Cuadro 1. **Fuente:** Elaboración propia

II.4.e. El alineamiento heterodoxo

El alineamiento heterodoxo es un modelo de política exterior conceptualizado por Roberto Russell e inspirado en la obra de Juan Carlos Puig. En su clásico trabajo *América Latina: políticas exteriores comparadas*, Puig habla de una autonomía heterodoxa y la define como un particular tipo de vinculación entre los países periféricos y las dos grandes superpotencias de la época.

Según el Puig, en el contexto de un mundo bipolar, aquellos Estados que se encuentran bajo la órbita de alguna de las dos grande superpotencias pueden acceder a crecientes cuotas de autonomía. Ello dependerá de factores tales como las épocas históricas, la disposición de recursos de poder y la existencia de élites que adviertan las posibilidades concretas que ofrecen el crecimiento del margen de autonomía y que posean la voluntad, las políticas y las estrategias tendientes a alcanzar ese fin. El autor entiende que el paso

desde la dependencia a la autonomía puede realizarse pasando por cuatro etapas, a saber:

- a- Dependencia para-colonial
- b- Dependencia nacional
- c- Autonomía heterodoxa
- d- Autonomía secesionista

De todas ellas la que interesa a esta investigación es la autonomía heterodoxa. Puig la define del siguiente modo:

“En este estadio, los supremos repartidores nacionales del Estado que forman parte integrante de un bloque siguen aceptando la conducción estratégica de la potencia dominante, pero discrepan abiertamente con ella por lo menos en tres cuestiones importantes: a) en el modelo de desarrollo interno, que puede no coincidir con las expectativas de la metrópoli; b) en las vinculaciones internacionales que no sean globalmente estratégica; c) en el deslinde entre el interés nacional de la potencia dominante y el interés estratégico del bloque. En otras palabras el autonomista heterodoxo no acepta que se impongan dogmáticamente, en nombre del “bloque”, apreciaciones políticas y estratégicas que solo consultan el interés propio de la potencia hegemónica; interés que, en la inmensa mayoría de los casos, refleja en realidad las aspiraciones de determinados grupos de presión o factores de poder internos.”
[Puig. 1984: 78]

Russell retoma este concepto de autonomía heterodoxa y “como un juego de palabras” lo reformula como alineamiento heterodoxo, como un particular tipo de vinculación de los países periféricos del bloque occidental con la superpotencia que lo lidera. Dicha vinculación consiste en una adhesión a las principales líneas de política exterior de los Estados Unidos, pero de un modo singular y con muchos matices, a veces hasta opuestos a dichos lineamientos. En el caso del régimen militar argentino la heterodoxia se reflejaba en un comportamiento autonomista que reflejaba la aspiración de los militares de alcanzar objetivos ‘nacionales’ propios de política exterior.

Desde un punto de vista metadiscursivo el alineamiento heterodoxo puede verbalizarse del siguiente modo: “Estamos alineados y coincidimos con los Estados Unidos en sus principales fines de la política internacional. En ese sentido no somos comunistas y adscribimos al sistema de valores occidental, **pero** tenemos visiones diferentes frente a situaciones puntuales como, por ejemplo, la interpretación del golpe de Estado en Bolivia

en julio de 1980: allí donde la Administración Carter ve un avance de la democracia nosotros vemos un avance del marxismo internacional y por lo tanto debemos intervenir”.¹²

La diplomacia militar argentina del período 1976-1983 se encuadra dentro del modelo de “alineamiento heterodoxo”. Ello quedó expresado en ejemplos tales como la negativa del gobierno argentino a sumarse al embargo cerealero de los Estados Unidos contra la Unión Soviética en enero de 1980 y en la intervención de la diplomacia militar argentina en apoyo al golpe de García Meza en Bolivia en julio de 1980, alcanzando su punto máximo con la ocupación militar de las Islas Malvinas el 2 de abril de 1982. En los tres ejemplos, la Argentina sin romper con su matriz de alineamiento occidentalista terminó haciendo exactamente lo contrario de lo que esperaban los Estados Unidos.

En lo que respecta específicamente a la injerencia en Bolivia, el alineamiento heterodoxo de la diplomacia militar se evidenció en las posteriores justificaciones de apoyo al golpe por parte del propio general Videla, quien luego de señalar la peligrosidad de una victoria de la izquierda en las elecciones bolivianas puntualizó:

“No queremos tener en Sudamérica lo que significa una Cuba para Centroamérica... No estamos ayudando a los militares bolivianos, estamos ayudando al pueblo boliviano para que no caiga en lo que nosotros estuvimos a punto de caer” [Russell. 1987: 25. Las declaraciones de Videla fueron tomadas del diario *Clarín*, del 6 de agosto de 1980.]

La heterodoxia aquí radica en el reconocimiento expreso de la Junta Militar Argentina de adhesión a los valores Occidentales, pero entendiendo que dentro del mundo occidental hay distintas formas y estilos, que conducen a situaciones en la que terminan oponiéndose “objetivamente los ‘intereses nacionales’ de Argentina y de Estados Unidos en una variedad de temas” [Russell. 1987: 31].

II.4.f. Diplomacia militar versus diplomacia económica

¹² Siguiendo con la tesis continuista entre gobiernos civiles y militares en lo que hace a la política exterior argentina se observa que el alineamiento heterodoxo con los Estado Unidos no es una novedad. El mismo se ha registrado tanto en el régimen de facto de Juan Carlos Onganía (1966-1970) como en el gobierno civil de María Estela Martínez de Perón (1974-1976).

En su obra *Generales y embajadores*, Fabián Bosoer analiza la diplomacia paralela que ejercen ciertos grupos de interés gubernamentales o extra-gubernamentales (por ejemplo, sectores de las fuerzas armadas argentinas) desde una óptica de “juego a dos niveles” en donde los jugadores deben desempeñarse tanto en el ámbito intra-estatal (predominantemente, económico e ideológico) como en el ámbito extra-estatal (predominantemente diplomático y militar). La complejidad de este esquema se incrementa por datos tales como la debilidad institucional y la inestabilidad política por las que atravesó nuestro país durante décadas, lo cual a su vez nos permite dividir los dos niveles aludidos en dos sub-niveles, a saber: el de las relaciones entre civiles y militares al interior del Estado, y el de las relaciones cívico-militares que se dan entre dos países tanto en la diplomacia inter-gubernamental como en los canales alternativos de vinculación. [Bosoer. 2005: 40]

Es en este terreno conformado por un doble canal de vinculación donde florece el fenómeno de las diplomacias paralelas que actúan en las esferas civil y militar, y permiten la posibilidad de que exista una conducción compartida o bicéfala de la política exterior. Al respecto Bosoer señala que:

“Mas precisamente se entenderá como doble canal de vinculación a dos clases de relaciones que se establecen de manera simultánea. Por un lado, aquella que mantienen aquellos actores gubernamentales de dos o más países tanto en el ámbito bilateral como multilateral. Por otro lado, las alianzas y contactos de carácter informal entre actores tanto gubernamentales como no gubernamentales de los dos o más países en cuestión. Este segundo canal comprende a miembros de agencias u organismos estatales y actores influyentes en el proceso de toma de decisiones, con o sin representación política o gubernamental.” [Bosoer. 2005: 41]

En lo que respecta específicamente a los años del último régimen militar (1976-1983) se percibe la existencia de una marcada separación entre dos clases de diplomacias: la militar y la económica. Tal separación se debía a que pese a que existía un anticomunismo militante en la toda autocracia militar, lo concreto fue que con el correr del tiempo los sectores nacionalistas de las Fuerzas Armadas argentinas empezaron a recelar del rumbo monetarista y neoliberal que le estaban impregnando a la economía nacional la dupla conformada por el presidente, general Jorge Rafael Videla (1976-1981), y su ministro de Economía, José Alfredo Martínez de Hoz. Esa tirantez entre los sectores

nacionalistas y liberales se entremezclará luego con otras dicotomías como las que se dieron entre “blandos” y “duros”, “aperturistas” y “continuistas”, dentro de un marco de fuertes disputas inter-fuerzas en intra-fuerzas, que marcaron a fuego la actuación internacional del régimen militar, pero que más allá de efervescencia no podrá abstraerse de un serie de marcos estructurales que atraviesan la historia de la política exterior argentina.

II.4.g. Lectura epidérmica versus lectura estructural

En su clásico trabajo sobre los modelos de política exterior, Juan Carlos Puig advierte que al momento de analizar el despeño internacional argentino se observa que detrás de las “incoherencias epidérmicas” se esconden verdaderas “coherencias estructurales”. Tal distinción resultará esencial al momento de depositar los datos y testimonios en el eje cronológico y al momento de situar ese eje dentro de la historia de la política exterior argentina. Ello se debe a que la aplicación de ese criterio resulta esclarecedor al momento de abordar el objeto de estudio. Porque que si se analiza superficialmente la política exterior argentina se llegará a la conclusión de que esta es cambiante. En cambio, si se la analiza desde un punto de vista estructural se observarán grandes líneas de continuidad. Sobre la base de este criterio, Puig propone varios modelos de política exterior. Entre ellos el de autonomía heterodoxa que luego toma Roberto Russell y lo denomina como alineamiento heterodoxo¹³.

II.4.h. El giro occidentalista

En su artículo *Las relaciones Argentina-Estados Unidos: del “alineamiento heterodoxo” a la “recomposición madura”* Russell aborda el drástico giro en la postura de los Estados Unidos hacia la Argentina que permitió un mayor entendimiento entre ambos gobiernos.¹⁴ El acercamiento de la autocracia militar argentina con el flamante gobierno republicano de los Estados Unidos se debió a la particular lectura del conflicto bipolar que esgrimía

¹³ El propio Dr. Russell confirmó en una entrevista fechada el 30/07/2012 que su concepto de autonomía heterodoxa era un “juego de palabras” inspirado en la obra de Juan Carlos Puig.

¹⁴ Los cambios y giros drásticos en las relaciones bilaterales entre los Estados Unidos y la Argentina durante las administraciones de James Carter y Ronald Reagan se analizan con mayor profundidad en el Capítulo II. apartado 3.

Ronald Reagan. A diferencia de la administración Carter, Reagan dejó de lado la solicitud de defensa de los Derechos Humanos y buscó asociarse con sus “aliados naturales” (los regímenes militares latinoamericanos) en un esfuerzo común contra el “marxismo internacional”.

Fue en este contexto internacional cuando se produjo en la Junta Militar la llegada a del General Leopoldo Fortunato Galtieri (1981-1982), a la primera magistratura, y junto con ello el ascenso de los sectores cruzados occidentalistas dentro del Ejército Argentino, quienes se embarcaron de lleno en la campaña extraterritorial anticomunista en América Central y cuyo origen, como se verá, se remonta a 1977.

Ahora bien, si se lo analiza desde un punto de vista “epidérmico”, se observa que el general Galtieri rompió con la lógica de alineamiento heterodoxo, y que aplicó una política de acoplamiento o alineamiento automático con los Estados Unidos. Pero la realidad es que la ruptura no fue completa: manifestó su deseo de “marchar junto a los Estados Unidos” en cualquier foro o campaña que se le presente, pero al momento de tomar las grandes decisiones volvió al paradigma de alineamiento heterodoxo. Ello se vio claramente en su inquebrantable decisión de recuperar el control de las Islas Malvinas a través de una operación militar. En tal oportunidad Galtieri terminó adoptando una posición diametralmente opuesta a los intereses de los Estados Unidos, pese a la advertencia explícita formulada por el propio Reagan a través de un diálogo telefónico una hora antes del desembarco argentino en Malvinas. Durante esa conversación y en un lenguaje diplomático Reagan advierte en tres oportunidades a Galtieri que frente a una acción militar argentina la respuesta bélica por parte de Gran Bretaña no se haría esperar. El general manifestó que la vocación dialoguista de la Argentina era inquebrantable y responsabilizó a los británicos por el agotamiento de todas las instancias negociadoras. Reagan comprendió que la decisión esta tomada, pero lanzó una última advertencia:

“Debo entender de sus palabras, Señor Presidente, que la Argentina mantiene su posición respecto del uso de la fuerza. No quiero dejar de puntualizar claramente, entonces, que la relación entre su país y el mío sufrirá gravemente. [...] Gran Bretaña, Señor Presidente, es un amigo muy estrecho de Estados Unidos y la nueva relación que hoy mantiene Washington con la Argentina –lograda después de un largo esfuerzo hecho ante la opinión pública norteamericana– se verá irremediabilmente perjudicada.” [Cardoso; Kirschbaum; Van Der Kooy. 1983: 99]

La intransigencia del general Galtieri viene a sembrar un manto de dudas sobre la tajante distinción entre globalistas pragmáticos y cruzados occidentalistas. ¿Hasta que punto la militancia occidentalista no era una sobreactuación para ganarse el apoyo norteamericano con fines de política doméstica? En ese caso no habría diferencias tajantes entre los pragmáticos y los cruzados occidentalistas. Es decir, ¿Hasta que punto la lucha intra-fuerza e inter-fuerzas no alineó a los militares en uno y otro bando? Este trabajo no pretende dar una respuesta a tales interrogantes, pero es consciente de que la dicotomía pragmático/cruzado occidentalista no es tajante. Por lo tanto, en esta investigación se adoptará deliberadamente este criterio de distinción, pero con el simple objeto de diferenciar a aquellos sectores del Ejército que, ostentando un alto grado de autonomía, se embarcaron en una cruzada continental contra el comunismo, frente a otros sectores que optaron por una actitud de mayor cautela y mayor apego a las inhibiciones que imponen el respeto por la soberanía y el Derecho Internacional.

III. CRONOLOGÍA DE LA CRUZADA ARGENTINA EN CENTROAMÉRICA ¿UN ACUERDO CON LOS ESTADOS UNIDOS?

“Está demostrado que no hay política interna sin proyección exterior”
(Brigadier Rubens Graffigna, en el atrio de la Iglesia Santo Domingo, el 24 de septiembre de 1979)

III.1. Algunas preguntas

Al momento de abordar la campaña anticomunista del Ejército Argentino en Nicaragua son muchas las preguntas que surgen: ¿Cómo es que surgió la idea? ¿Fue por iniciativa del Ejército Argentino o nace como un pedido de la CIA? ¿Si existió tal solicitud, la misma fue tácita o directa? ¿En qué fechas se concreta la intervención argentina? ¿En qué momento se añade la intervención directa de la CIA en el proyecto “Contra”? ¿Cómo impactó la guerra de Malvinas y el apoyo de la Casa Blanca a Gran Bretaña en la relación entre los norteamericanos y los argentinos? ¿En qué fecha finaliza la intervención del Ejército Argentino en la región?

Con el objeto de responder a estos interrogantes en este capítulo se efectuará una reconstrucción cronológica de la forma en que se desarrollaron los acontecimientos. Para tales efectos se recurrirá a bibliografía más de corte periodístico que académico, pues es en esas fuentes en donde se hayan algunos indicios de respuesta. Pero es también allí mismo donde aparecen las contradicciones y surgen nuevas dudas e incógnitas. El panorama se complica aún más cuando se contrasta al conjunto de las obras periodísticas con el conjunto de las obras académicas porque, como se verá, es a través de la lectura estructural que se arriba a explicaciones más satisfactorias.

III.2. La génesis de un proyecto *made in Argentina*

En su libro *Monjes, mercenarios y mercaderes: la red secreta de apoyo a los contras*, el periodista Roberto Bardini indica al año 1977 como fecha de inicio de la intervención militar argentina en Nicaragua. Ese año se produjo en Managua la reunión de los Ejércitos Americanos, oportunidad en la que Anastasio Somoza Debayle condecoró al General Roberto Viola y al almirante Emilio Eduardo Masera, comandantes en jefe del Ejército y de la Armada de Argentina, e integrantes de las cúpulas del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional que había asumido de facto el gobierno argentino el 24 de marzo del 1976. Como fruto de las buenas relaciones entre el Ejército Argentino y la Guardia Nacional de Nicaragua se firmó un acuerdo en el que la Argentina concedió “un préstamo de 10 millones de dólares, el envío de suministros militares y el adiestramiento de guardias nacionales en la escuela de suboficiales ‘Sargento Cabral’, en Campo de Mayo, a 40 kilómetros de la capital argentina.” [Bardini. 1988 103]. Según el autor, el intercambio incluyó además el desembarco en Nicaragua de “media docena de asesores en guerra psicológica y especialistas en interrogatorio” [Bardini. 1988: 104].

Es de destacar que este buen entendimiento entre el General Eduardo Viola y Anastasio Somoza se produjo al margen de los deseos e intenciones del gobierno de los Estados Unidos. Las relaciones entre las autocracias y dictaduras latinoamericanas con la Administración Carter no pasaban por su mejor momento debido a su política internacional estadounidense centrada en la defensa de los derechos humanos. El ex canciller argentino, Oscar Camilión, confirma esta versión y sostiene que el General Viola no tenía la intención de colaborar con los Estados Unidos en una operación militar en Centroamérica¹⁵.

Sin embargo, otro actor clave de esta historia brindó un panorama muy diferente en donde el general Viola aparece directamente comprometido con el proyecto “Contra”. En su artículo titulado “Los secretos de la guerra sucia continental de la dictadura”, la periodista María Seoane cita el testimonio del entonces embajador norteamericano, Raúl Castro, quien se reunió con Viola en vísperas del arribo a Buenos Aires de la CIDH. En un documento secreto de la embajada estadounidense en Buenos Aires fechado en Junio

¹⁵ El periodista Horacio Verbitski no coincide con esta versión de los hechos pues entiende que cuando Viola ya ocupaba el cargo de Presidente, la intervención en Centroamérica fue uno de los puntos de sus acuerdos con Reagan, durante la visita del entonces primer mandatario argentino a Washington entre los días 17 y 20 de marzo de 1981, oportunidad en la que también se entrevistó con el vicepresidente y experto en inteligencia, George Bush.

de 1979 y dirigido al secretario de Estado de ese país, Viron Vaky, Castro relata su encuentro con el general Viola:

“Durante toda la reunión Viola me repitió que su intención al querer verme era hablar de Nicaragua. De hecho, hablamos de Nicaragua. Me dijo que el gobierno argentino (GOA) compartía la opinión nuestra sobre Nicaragua, pero que temía que enviar una fuerza militar de paz no fuera aceptable para los países latinoamericanos. Su razonamiento se refería a que los países latinoamericanos tenían problemas internos y que cada país temía que se estableciera un precedente si se enviaban unidades militares para resolver problemas internos. Viola dijo que el problema nicaragüense no podía resolverse a través del diálogo y requería detener la infiltración de tropas y armas a través de la frontera de Panamá y Costa Rica. Viola dijo que esto se podría hacer sólo con una fuerza militar de paz [...]. Me pareció que tanteaba la posibilidad o esperaba que yo le diera alguna justificación para enviar una fuerza de paz a Nicaragua, que incluyera a la Argentina.” [Diario *Clarín*, 24/03/2006]

Según Seoane, Viola en realidad tanteaba sobre el envío de una fuerza militar. El general argentino no argumentaba ya en favor de una fuerza legal de paz, sino que sondeaba la disposición de los Estados Unidos para avalar una fuerza paramilitar y clandestina liderada por la Argentina.

Más allá de estos matices respecto del rol del general Viola, lo cierto es que la relación entre las fuerzas de seguridad argentina y nicaragüense era muy estrecha. En su libro *Con los contras* el periodista Christopher Dickey explica cuáles eran, según él, las motivaciones de los militares argentinos:

“Cazaban guerrilleros del ERP y de Montoneros que se habían unido a los sandinistas. Proveyeron archivos que mostraban las estructuras de las organizaciones subversivas que habían operado en Argentina, perfiles de personalidad de varios integrantes de los distintos grupos guerrilleros, los métodos operativos empelados por los terroristas que habían llegado a América Central.

Pero cuando los argentinos vieron que los Somoza habían ordenado a sus jets privados que fueran a Managua, concluyeron que era el momento de partir también pata ellos. Lo hicieron en uno de los últimos vuelos comerciales, bajo nombres supuestos.” [Dickey. 1987: 53]

Más adelante Dickey añade una motivación de carácter más estratégico:

“En 1980 [los militares] habían triunfado en la Argentina, pero los hombres que lidiaban esta guerra eran ambiciosos. Actuaban como si hubiesen descubierto una gran verdad, la solución final para el comunismo y querían aplicarla más allá de sus fronteras. Ya no era sólo una cuestión de cazar viejos enemigos. Se veían a sí mismos llenando una brecha estratégica dejada por Carter. Se veían a sí mismos obligando a retroceder a los soviéticos en la nueva guerra mundial que ya había empezado; una guerra sin fronteras.” [Dickey. 1987: 94].

Todo indica que la decisión de poner un pie en Nicaragua fue una idea concebida por los altos mandos del Ejército en virtud de sus buenos vínculos de solidaridad con el régimen de Somoza. Pero el dato fundamental a subrayar es el hecho de que los militares argentinos comenzaron a operar por su propia cuenta y auspicio en la región de América Central a partir de 1977. Y lo fue de ese modo durante tres años hasta que Ronald Reagan firmó la autorización oficial NSDD-17 del 16 de noviembre de 1981 para que la CIA interviniera de modo directo en el conflicto centroamericano. Hasta entonces, según Bardini:

“...los asesores militares argentinos en América Central habían actuado por iniciativa propia, en forma clandestina y solitaria. A partir de entonces lo hicieron en forma descubierta y sin disimular su satisfacción” [Bardini. 1988: 116].

III.3. Nicaragua bajo la mirada del Águila: de la cautela de Carter a la guerra de baja intensidad de Reagan

Ya desde antes del 19 de Julio de 1979 la política norteamericana hacia la Revolución Nicaragüense fue de cierta cautela. Luego de la caída de Somoza se consideró que la postura más adecuada frente al nuevo gobierno, autodenominado “Junta de Reconstrucción Nacional”, debía ser una política pragmática que, partiendo de un reconocimiento de la pluralidad de fuerzas que habían puesto final al régimen dinástico, contribuiría a “crear las condiciones para que los sectores empresariales y las fuerzas moderadas tuvieran una creciente capacidad de influencia doméstica” [Maira. 1982: 98]. Es a raíz de este razonamiento que el analista internacional Luis Maira entiende que a pesar de que en la etapa final del gobierno de Carter ya se había empezado a aplicar en el Caribe y en América Central una línea de endurecimiento y de encuadre de la crisis en un marco de guerra fría, Nicaragua constituyó una excepción. Teniendo como ejemplo

histórico la radicalización del régimen cubano acontecida a comienzo de los años '60, se consideró que para el caso de Nicaragua apoyar a los aliados moderados internos y evitar la repetición de una política de asedio evitaría una radicalización del proceso revolucionario nicaragüense.

El gobierno de Carter apostaba a que los sectores más moderados de la coalición antisomnista se fortalecieran y devinieran hegemónicos de modo tal que el proceso revolucionario derivara hacia un modelo al estilo mexicano (moderado) y no al estilo cubano (radical). Bajo esa premisa Carter solicitó al Congreso la autorización para desembolsar 75 millones de dólares en concepto de fondos de asistencia para estimular y fortalecer al sector privado no sandinista. La ayuda norteamericana continuó hasta que el acercamiento entre Nicaragua y el bloque soviético se hizo inevitable. Cuando ello ocurrió su respuesta fue autorizar a la CIA para que despliegue un programa de acciones encubiertas que consistió en el envío de “un millón de dólares a una serie de grupos sindicales, periodísticos, y políticos antisandinistas” [Armony. 1999: 78]

En realidad la administración Carter autorizó formalmente a la CIA para que haga algo que ya venía haciendo, y que iba mucho más allá de la asistencia económica a los grupos antisandinistas. En rigor la CIA, sin la probación de la Casa Blanca o el Congreso, facilitó la tarea y colaboró con los militares argentinos en las actividades de inteligencia que estos realizaban en los Estados Unidos y en Centroamérica. El testimonio que el agente argentino Leandro Sánchez Reisse brindó a una subcomisión del Senado de los Estados Unidos reveló que el gobierno militar argentino, en colaboración con la CIA, estableció una serie de empresas fantasma¹⁶ en el Estado de Florida [Andersen. 1993: 313], que actuaron como centro de operaciones para desplegar operaciones paramilitares en América Central y América del Sur desde 1978 hasta 1981. Reisse afirmó que la CIA colaboraba con la unidad de inteligencia argentina en Florida y que los argentinos realizaban operaciones en nombre de la Central de Inteligencia. [Armony. 1999: 86]. Esta unidad espacial se denominaba Grupo de Tareas Exterior (GTE) y no era otra cosa que la prolongación extraterritorial del Batallón de Inteligencia 601. “Al parecer, la naturaleza y extensión de las actividades del GTE en aquel país –tráfico de armas, transacciones

¹⁶ Según el testimonio del agente argentino Leandro Sánchez Reisse citado por Armony en su investigación, las empresas fantasma consistían en sociedades de testaferros que manejaban transacciones en dinero o transferencias cablegráfica en código. De este modo adquirieron armas Alemania Occidental, Gran Bretaña, Taiwán, Tailandia y Corea del Sur, que luego transferían a Centroamérica.

financieras ilegales y lavado de dinero- fueron posibles debido a la connivencia de la CIA [...]. Por lo común, esos fondos se transferían a América Central a través de Panamá” [Armony. 1999: 87]

La política cautelosa de los demócratas fue duramente criticada por Ronald Reagan ya desde la campaña electoral. Con el arribo de la nueva administración republicana a principios de 1981 la posición norteamericana frente a Nicaragua cambió drásticamente ya que Reagan y su equipo veían en ese país una pieza clave del accionar soviético en América Central. Para el nuevo gobierno norteamericano Nicaragua se había convertido en un peligro:

“[una] especie de ‘estación terminal’ de las acciones revolucionarias y subversivas que Moscú procura desarrollar en los países centroamericanos” [Maira. 1982: 98].

Pero el gran problema con el que se toparon los Estados Unidos era el de la forma y los modos en que debía llevarse adelante su política. El motivo de este dilema radicaba en que la estrecha y prolongada asociación entre los sucesivos gobiernos norteamericanos y la dinastía Somoza tuvo como corolario que cualquier intento de intervención por parte de una fuerza pro-norteamericana sería estructuralmente ilegítima frente a la opinión pública mundial. Además, el “síndrome Vietnam”¹⁷ y la seria posibilidad de un empantanamiento en Nicaragua era un dato que preocupaba a más de un experto del gobierno estadounidense.

Es en ese particular contexto que las fuerzas militares argentinas, que ya se encontraban operando en la región centroamericana desde 1977, devienen un instrumento útil para la política exterior norteamericana. En su viaje a los Estados Unidos en agosto de 1981 el entonces comandante en jefe del Ejército Argentino Leopoldo Fortunato Galtieri negocia con la futura administración Reagan un acuerdo de colaboración para realizar aquellas operaciones que los Estados Unidos no podrían efectuar sin antes pagar un alto costo político.

¹⁷ Se denomina como “síndrome Vietnam” al retraimiento de la política exterior norteamericana luego de la caída de Saigón el 29 de abril de 1975. La derrota militar en Vietnam condujo a una determinación por parte de los Estados Unidos de no participar directamente en intervenciones militares extraterritoriales. El síndrome Vietnam se analiza con mayor profundidad en el Capítulo IV, apartado 5.

III.4. El amigo americano y una oferta interesante para Mr. Reagan

Cuando Reagan asume la presidencia de los Estados Unidos en enero de 1981 transforma la política hacia América Latina en una cruzada antisoviética. Para entonces el primer mandatario estadounidense ya sabía que la Argentina se encontraba embarcada en una campaña encubierta del mismo signo. De hecho la Argentina había hecho grandes esfuerzos por evitar la caída del dictador Anastasio Somoza Debayle: antes del triunfo de la Revolución Sandinista el régimen militar argentino le vendió armas¹⁸ a Nicaragua, le concedió un crédito de diez millones de dólares y le envió asesores expertos en contrainsurgencia primero para contrarrestar la Ofensiva Final del FSLN y luego para organizar a la “Contra” tras del triunfo de la revolución.

“Este peculiar emprendimiento externo del poder militar fue concebido en 1979 por el Estado Mayor General del Ejército, partiendo de la hipótesis de que la Argentina podía ‘ocupar los espacios vacíos en la lucha continental contra el comunismo’ que, según el análisis militar, estaba dejando la administración Carter con su política de derechos humanos, enajenadora de aliados” [Cardoso, Kirschbaum, Van Der Kooy. 1984: 27]

El escalonamiento de la intervención argentina en la crisis centroamericana llega a su punto más álgido con Reagan en la Casa Blanca. Luis Maira señala que entre los círculos de la capital norteamericana no era ningún secreto que el general Galtieri, durante su gira por Estados Unidos en agosto de 1981, le planteó al entonces secretario de Estado Alexander Haig la disponibilidad de las fuerzas espaciales de su país para contribuir a la lucha contra el comunismo en América Central:

“Conforme con este razonamiento, Galtieri subrayó que el Ejército Argentino era el único que tenía una experiencia victoriosa reciente de ‘guerra contra la subversión’. Esta tuvo lugar, agregó el general, en un territorio argentino, Tucumán, que por factores climáticos y topográficos es ‘como un Salvador’ por lo que allí se capacitaron quince mil soldados a los que definió como ‘disponibles’ para los actos necesarios de solidaridad interamericana con las fuerzas democráticas amenazadas por el extremismo” [Maira. 1983a: 31]

¹⁸ Según Bardini las armas que Argentina le proveyó al régimen de Somoza fueron: granadas antipersonales, pistolas 9 mm., cañones militares, municiones para morteros 81, lanzacohetes, proyectiles de humo y bombas de aviación. *Monjes, mercenarios & mercaderes...* (Pág. 103).

La nutrida agenda del entonces Jefe del Ejército Argentino incluyó un viaje a San Francisco entre el 13 y 14 de agosto, oportunidad en la que se reunió con el general norteamericano Mayer, quien le solicitó el apoyo argentino para integrar una fuerza de paz en el Sinaí en Medio Oriente. Ante este ofrecimiento, la respuesta de Galtieri fue rápida y no exenta de cierta grandilocuencia:

“Darle una mano a EE.UU. sería una inversión estratégica de largo plazo, comparable en cierto modo a la de los brasileños en la segunda guerra” [Bosoer. 2007: 85. Las declaraciones de Galtieri fueron extraídas de de Revista *Somos*. 3/7/1981]

La retórica del entonces Jefe del Ejército Argentino revela el estado de opinión de los cruzados occidentalistas ya dispuestos a lanzarse de lleno a la arena de los grandes conflictos internacionales.

En una línea similar, el politólogo y analista internacional Fabián Bosoer analiza el enfrentamiento en el seno de la junta militar entre dos diplomacias: la oficial encarnada por el entonces canciller del gobierno de Viola, Oscar Camilión, y la militar (o paralela) encabezada por el entonces Jefe del Ejército, general Galtieri. Así mientras este último proseguía una nutrida agenda internacional, Camilión hacía esfuerzos por imponer la agenda diplomática oficial, con una gira que incluyó Nueva York y el Vaticano, además de entrevistas con el Papa Juan Pablo II, el canciller británico Lord Carrington y una conversación con el secretario de Estado Alexander Haig a quien le explicó que “Argentina no cooperará con los Estados Unidos desde el punto de vista militar” en Centroamérica. [Bosoer. 2007a: 88]¹⁹. Hay quienes afirman que esa definición terminaría sellando el destino del gobierno del general Viola. Entre ellos se encuentra el mismo ex Canciller Oscar Camilión quien sostiene que:

“No me cabe duda que el tema internacional fue decisivo en el proceso de transición Viola-Galtieri, es decir, en el golpe de Estado que finalmente llevó a la presidencia al general Galtieri. Primeramente porque un sector de las Fuerzas Armadas sobrestimó en absoluto la importancia de la cooperación que brindaba el Ejército Argentino a las operaciones en América Central, en cuanto al efecto que podía tener en las decisiones políticas de otra envergadura. En segundo lugar, porque la Armada estaba convencida de que era menester dejar el gobierno, pero en condiciones de negociación fuertes como para que no ocurriera lo mismo que en 1973, y para esto la operación

¹⁹ Las declaraciones de Camilión fueron extraídas de la Revista *Somos* de septiembre y octubre de 1981.

Malvinas era fundamental. Como la operación Malvinas no se podía hacer con Viola, la conclusión muy simple era sacarlo” [Camilión. 1999: 258]

De acuerdo con la versión de Camilón, uno de los factores que desencadenó la caída del gobierno del General Viola fue su negativa a colaborar militarmente con los Estados Unidos en Centroamérica. Ahora, del testimonio del ex Canciller se desprende el indicio de un dato revelador: si bien Viola ostentaba el cargo de Presidente de la Nación las operaciones militares en Centroamérica no dependían directamente del Poder Ejecutivo Nacional, sino que estaba bajo la órbita del Ejército Argentino, cuya diplomacia paralela era ejercida por generales como Galtieri y Carlos Guillermo Suárez Mason (Jefe del Ejército y comandante del Primer Cuerpo del Ejército, respectivamente). Ello parecería empezar a corroborar la tesis de autonomía de los cruzados occidentalistas aludida en el marco teórico de esta investigación.

Bosoer coincide con Camilión en el razonamiento de que fue durante el viaje de Galtieri a Estados Unidos cuando este recibe el ofrecimiento para integrar la fuerza militar en el Sinaí y para participar en una operación militar en Centroamérica. Según Bosoer, en tales negociaciones está el origen del acuerdo con los Estados Unidos y el comienzo del fin para el gobierno de Viola.

Resulta muy revelador un documento secreto fechado el 26 febrero de 1981 del embajador extraordinario para la guerra en Centroamérica, Vernon Walters, en donde este da cuenta al secretario de Estado Alexander Haig sobre las pugnas e internas dentro de la Junta Militar argentina y le relata su encuentro con el general Galtieri:

“Durante mi visita al comandante en jefe del ejército, Galtieri, me informó sobre la ayuda argentina a los gobiernos de El Salvador y Honduras. a) Argentina había proporcionado adiestramiento de inteligencia a 40 oficiales hondureños a través de 5 a 8 cursos (...) b) El ejército argentino tenía unos cincuenta oficiales operando en la zona del Caribe.; c) Diversos oficiales salvadoreños habían sido entrenados por especialistas argentinos antiguerrilla, d) Argentina estaba dispuesta a hacer más pero debemos tener una reunión para definir quién debe hacer qué cosa. e) Argentina había abierto dos oficinas de agregados militares en Centroamérica. Comentario: El ejército argentino claramente emprendió una importante actividad y haría más. Pidió intercambio regular de información sobre la zona y mantener reuniones para definir exactamente qué es lo que quisiéramos que haga. Todo lo que tenemos que hacer es decirle qué hacer.” [Seoane, María. Diario *Clarín*, 24/03/2006]

El general Galtieri estaba dispuesto a llevar su disputa interna con Viola hasta las últimas consecuencias, y como ya se vio durante su gira por los Estados Unidos desplegó una nutrida diplomacia paralela. Sus deseos de granjearse el apoyo norteamericano llegó a tal punto que en el marco de un almuerzo celebrado en la embajada argentina en Washington y al que fueron invitadas importantes figuras locales de la política y los negocios, el general Galtieri anunció que:

“La Argentina y los Estados Unidos marcharán unidos en la guerra ideológica que se está librando en el mundo. [...] la Argentina tiene un papel que preponderante que jugar en el mundo y no debe limitarse a un rol secundario”
[Cardoso, Kirschbaum, Van Der Kooy. 1984: 29]

Tales declaraciones eran equivalentes a una ratificación de la alianza con los Estados Unidos para intervenir en la crisis centroamericana. Este pacto significó una escalada del involucramiento argentino en la crisis centroamericana, porque una cosa era el proyecto original del Ejército Argentino cuyo origen se remonta a 1977 y otra muy distinta el acuerdo con EEUU de finales de 1981. Ya con el apoyo de los Estados Unidos el operativo “Contra” se convirtió en una empresa con capacidad de movilizar millones de dólares y conformar una fuerza militar contrarrevolucionaria que en su cenit llegó a los 17.000 combatientes.²⁰

Con el arribo del general Galtieri a la primera magistratura de la Nación la diplomacia paralela o militar de los cruzados occidentalistas adquirió una nueva dimensión. Sobre este punto, y de acuerdo con la investigación de Bardini, entre la Argentina, Honduras y los Estados Unidos se pactó una suerte de división del trabajo según la cual Argentina suministraba los asesores militares con amplia experiencia en la represión dentro de su propio país, Honduras proporcionaba el territorio para las bases de los “Contras”, mientras que Estados Unidos aportaba dinero y equipamiento. Es en el marco de este particular acuerdo tripartito que ante la eventual aplicación de la Operación *Charlie* las fuerzas militares argentinas ocuparían un papel central mientras que otras fuerzas como las de Paraguay, Chile, Uruguay, Colombia o Venezuela podrían intervenir con aportes complementarios o simbólicos.

²⁰ Ver: Herrera, René; Xochitl Lara (1996). *La pacificación de Nicaragua*. San José de Costa Rica, FLACSO. Morales, Abelardo (1995). *Oficios de Paz y Posguerra en Centroamérica*. San José de Costa Rica, FLACSO.

III.5. El capitán Francés García destapa la olla

Todos coinciden en que los ideólogos y ejecutores el operativo “Contra” actuaban bajo un riguroso secreto. No obstante, la intervención de los militares argentinos fue revelada a la opinión pública el 12 de agosto de 1980 cuando Miguel Paz, dirigente de la Federación de Estudiantes Universitarios de Honduras (FEUH), denunció en una conferencia de prensa que habían evidencias de “la participación de oficiales del ejército argentino en la formación de grupos paramilitares derechistas” [Bardini. 1988: 117]²¹ en territorio de Honduras. Desde entonces la injerencia argentina se tornó inocultable, y adquirió ribetes dramáticos el 30 de noviembre de 1982 cuando se hizo pública la confesión de un asesor militar argentino que se identificó como el capitán Héctor Francés García. Ese día en la Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP) situada en México se proyectó un videocasete de una hora de duración en donde el agente militar argentino narraba frente las cámaras los detalles y pormenores de sus actividades en América Central.

Según Bardini, Francés se había entregado a la Seguridad del Estado sandinista unos meses antes. Sin embargo, algunos ex guerrilleros del PRT-ERP señalan que el agente había sido apresado en Costa Rica por los servicios de inteligencia sandinistas en los que se desempeñaba Enrique Gorriarán Merlo. Sobre este punto Jorge “El Colo” Marcos, ex miembro del PRT-ERP, explica que:

“Gorriarán participaba en la inteligencia del nuevo gobierno [sandinista]. Integra el comando que ajusticia al Comandante Bravo, jefe de la fuerzas militares somosistas contrarrevolucionarias. Y además como parte de ese trabajo de inteligencia fue detenido un capitán argentino, Héctor Francés. Se pasó su interrogatorio por televisión, yo lo vi, y creo que el interrogador fue Gorriarán. Un argentino interrogando a otro argentino. Y allí Francés explicó la participación del Ejército Argentino en la represión de los movimientos revolucionarios en América Latina. Y decía que los jefes del Ejército cuando decidieron ocupar las Islas Malvinas creyeron que los servicios prestados por la Argentina al imperialismo norteamericano en Centroamérica, particularmente en Nicaragua, eran suficientes para que los Estados Unidos no intervinieran o se mantuviera neutral.” [Entrevista con Jorge “El Colo” Marcos, 09/10/2010].

²¹ Las declaraciones de Miguel Paz fueron tomadas de “Miembros del ejército argentino entrenan bandas paramilitares”, diario *Tiempo*, San Pedro Soula (Honduras), 13 de agosto de 1980, pág. 13.

El periodista norteamericano Christopher Dickey coincide con la versión del secuestro. Dickey cita el testimonio de un desertor nicaragüense llamado Miguel Bolaños Hunter, quien le relató que el agente argentino Héctor Francés había sido secuestrado por los servicios de inteligencia sandinistas en Costa Rica y luego trasladado a Managua en donde fue “psicológicamente torturado” por peritos en interrogatorios entrenados por los cubanos, y que luego fue forzado a hacer sus declaraciones. [Dickey. 1987: 192. Nota explicatoria de la página 170].

El testimonio del capitán Francés García tuvo una amplia repercusión en la prensa internacional. Sin embargo, el gobierno militar argentino no formuló ninguna declaración al respecto.

En determinados pasajes de la filmación Francés alude al sentimiento de frustración de los militares argentinos frente a lo que consideraron un “traición” de parte de los norteamericanos por su apoyo a los británicos en la guerra de Malvinas. Como se verá más adelante, luego de la conflagración del Atlántico Sur la cooperación entre norteamericanos y argentinos en Centroamérica continuó, aunque con muchas dificultades, hasta finales de 1984.

Son muchos los testimonios que coinciden en que la coordinación y el entendimiento entre ambas partes siempre fueron conflictivos. Bardini señala que tanto a los “Contras” como a los norteamericanos les molestaba particularmente cierta arrogancia de los asesores argentinos. Pero además de cuestiones de estilo había debates más de fondo respecto del operativo “Contra”. Según fuentes oficiales citadas el 8 de abril de 1983 por *The New York Times* el objetivo del entonces presidente Galtieri era convencer al ex comandante sandinista Edén Pastora para que encabezara la lucha contra el gobierno de Managua. [Bardini. 1988: 123. Verbitski. 2006: 97]. Además, de acuerdo con el testimonio de un desertor de las fuerzas contrarrevolucionarias nicaragüenses, José Efrén Martínez Mondragón²²:

²² José Efrén Martínez Mondragón, alias “Moisés”, ex integrante de la Guardia Nacional Nicaragüense se desempeñaba como segundo jefe del comando regional “José Dolores Estrada” de la FDN cuando el 12 de marzo de 1985 desertó de la “Contra” y se exilió en la embajada mexicana en Honduras. A partir de entonces denunció a la “Contra” en diferentes entrevistas periodísticas. El testimonio de Moisés analiza con mayor detenimiento en el capítulo VII que trata sobre los militares argentinos.

“la CIA afirmaba que la forma de ataque de los argentinos era mala porque estaba atrasando la guerra. Los norteamericanos pretendían una invasión a Nicaragua, acciones militares más contundentes. Los rioplatenses, en cambio, eran partidarios de la guerra de guerrillas” [Bardini. 1988: 125].

Finalmente, la CIA terminó prescindiendo de los asesores argentinos y ya para las postrimerías de 1984 todos ellos habían retornado a Buenos Aires. De ese modo, el proyecto “Contra” pasó a manos exclusivas de los norteamericanos.

Las indagaciones de Bardini acerca de la “arrogancia” con que actuaban los asesores militares argentinos están en sintonía con el testimonio concedido al Diario *Clarín* por el ex agente de la CIA Duane R. Clarridge, alias DaxLeBaron. En 2006 la periodista Ana Barón lo entrevistó en su residencia situada en el Estado de California. A principios de los '80, Clarridge era director de la División América Latina de la Central de Inteligencia y ofició como enviado de Reagan para organizar la intervención de esa agencia en Centroamérica. En un lenguaje muy crudo define sin vueltas a los argentinos como “ambiciosos, arrogantes y sin límites”.

Como parte de su misión el ex agente llegó a la Argentina en noviembre de 1981 y se entrevistó con el entonces comandante en jefe del Ejército, el general Galtieri y con dos paramilitares, uno argentino y el otro hondureño. Al respecto el Clarridge confirmó que:

“Los hondureños y los argentinos ya estaban trabajando juntos en América Central. Yo había ido a Buenos Aires a negociar con Galtieri la formación de una Tripartita. [...] La meta de la CIA era desarrollar una guerra de insurgencia y los que iban a actuar eran los paramilitares. [...] yo tenía órdenes directas del director de la CIA, Bill Casey, que había aceptado mi plan. Reagan también estaba de acuerdo.” [Diario *Clarín*, 24/03/2006]

Clarridge confirma también que los norteamericanos tenían un plan diferente del de los argentinos. Estos últimos querían derrocar a los sandinistas y “marchar triunfalmente sobre Managua”. Pero la CIA no estaba autorizada para ello ya que el Congreso controlado por los demócratas se oponía a esa acción. En cambio, el plan de los norteamericanos era llevar la guerra de los “Contras” a territorio nicaragüense y presionar para que los sandinistas llamaran a elecciones. Respecto de estas diferencias el ex agente enfatiza:

“Lo que encontré fascinante de los argentinos es la iniciativa que tuvieron. Ellos tenían una visión mesiánica. Querían llenar el vacío que había dejado EE.UU. durante la época de Carter. El objetivo era terminar con el comunismo en donde pudieran encontrarlo.” [Diario *Clarín*, 24/03/2006]

El testimonio de Clarridge también alude a los objetivos particulares de los militares argentinos y refuerza la tesis de la autonomía argentina respecto de los Estados Unidos.

“Cuando fui a ver a Galtieri ya tenían una base en Honduras. [...] Querían derrocar al régimen sandinista no sólo porque era comunista, sino también porque protegía a Montoneros” [Diario *Clarín*, 24/03/2006]

Luego de relatar las sustanciales diferencias de criterio y las grandes dificultades para encolumnar a los asesores militares argentinos detrás de las directivas de la CIA, Clarridge explicó porqué a pesar de que la coordinación era casi imposible aún así no idearon un plan que prescindiera de los argentinos:

“La idea inicial era que nosotros no íbamos a aparecer, nos íbamos a quedar detrás de la escena. No íbamos a poner las manos en la masa. Ellos eran los que iban a hacer el trabajo. Pero muy pronto nos dimos cuenta de que eso no iba a funcionar. ¿Por qué? Lo único que los argentinos querían es que nosotros les diéramos el dinero, las armas y los equipos, y que los dejáramos hacer. Pero eso era inaceptable. Nosotros no confiábamos en sus tácticas ni tampoco en lo que podrían hacer. Y es por eso que todo se fue al diablo. Entonces gradualmente tuvimos que empujar a los argentinos afuera. Y al final lo hicimos todo nosotros, tuvimos que hacerlo todo”. [Diario *Clarín*, 24/03/2006]

Finalmente, y desde una postura académica, Roberto Russell también destaca el importante grado de autonomía con el que se desempeñaban los asesores militares argentinos en las arenas del conflicto centroamericano:

“La impresión que yo tengo es que había un espacio de autonomía importante de parte de parte de un sector de los militares argentinos que estaba más lanzado a estas cosas. Todo lo que yo pude recavar en esa época es que la articulación con los Estados Unidos es algo que sucede más adelante ya en la época de Galtieri. Porque estos sectores tenían una actitud que es muy propia de la Argentina que es la de una autonomía heterodoxa, esto es, una actitud de actuar en nombre propio y que podía coincidir o no objetivamente con los intereses de los Estados Unidos.” [Entrevista con Roberto Russell, 30/07/2012].

La autonomía internacional de los cruzados occidentalistas se enmarca en lo que Russell denomina como Síndrome de la Desmesura, que constituye un factor psicológico y sociológico de la cultura nacional argentina, y que se materializa en la sobreactuación y en la hipérbole:

“Esto quizá tenga más que ver más con la forma en que la Argentina se percibe a sí misma, esta idea de la sobreactuación, esta idea de pasarse siempre. Acá sea quién sea, guerrillero o gobernante, tiende a sobreactuar en un nivel que no se ve en otros países. Es un nivel más psicológico y profundo. Es algo que se da en todas las esferas, una desmesura que también se traslada a esta acción armada.” [Entrevista con Roberto Russell, 30/07/2012].

Esta crónica de los hechos ya permite empezar a ordenar el rompecabezas. De aquí ya se pueden extraer algunos ítems para comprender las motivaciones de los cruzados occidentalistas:

- En primer lugar se impone la tesis de la autonomía. Los militares argentinos comenzaron a operar en Nicaragua en 1977 por decisión propia y como parte de su colaboración con la dinastía de Somoza.
- El acuerdo con los Estados Unidos data de finales de 1981. Con la llegada de Ronald Reagan a la casa Blanca el operativo “Contra” adquiere un nuevo impulso en materia de cuantiosas sumas de dinero, arsenal y equipamiento.
- La presencia de Montoneros y PRT-ERP en la Nicaragua Sandinista viene a sumarse como una motivación *ad hoc* al cuadro de motivaciones previas.
- El difícil entendimiento entre los asesores argentinos desplegados principalmente en Honduras (en la frontera con Nicaragua) y los agentes de la CIA confirma nuevamente la tesis de la autonomía de los cruzados occidentalistas del Ejército Argentino.

Sin embargo, todavía no se ha podido explicar cuáles son las causas profundas de esta desinhibición internacional de parte de los cruzados occidentales. La respuesta a esta incógnita podría rastrearse en el particular contexto internacional en el que ellos se desenvolvían. ¿Cómo era el mundo de finales de los '70 y principios de los '80? Eso es precisamente lo que se analiza en el siguiente capítulo.

IV. ADIOS A LAS “ZONAS GRISES”: EL CONTEXTO INTERNACIONAL DE FINALES DE LOS AÑOS '70 Y PRINCIPIOS DE LOS '80

*“Queríamos cambiar la Nación,
y en su lugar, cambiamos el mundo”*
(Ronald Reagan – Discurso de
despedida, 11/01/1989)

Para entender el involucramiento de la Argentina en la crisis centroamericana resulta imprescindible analizar el contexto histórico internacional en el que se desarrolla. En este capítulo se examinan los factores contextuales y coyunturales que confluyeron para que los sectores cruzados occidentalistas del Ejército Argentino se embarcaran en una cruzada anticomunista en la región de América Central. También se analiza el rol de nuestro país en el concierto mundial de la época, la relación bilateral con los Estados Unidos (con sus idas y venidas), la particular concepción del mundo por parte del gobierno republicano de Ronald Reagan y el denominado “síndrome Vietnam”.

IV.1. El mundo de la década del '70: crisis y redistribución del poder

El involucramiento de la Argentina en la crisis centroamericana resulta incomprendible si no se analiza también el contexto histórico internacional en que se enmarca. En ese sentido el mundo de fines de la década de los '70 era muy diferente del actual. Autores como Félix Peña entienden que el escenario mundial de esa época se caracterizaba por la proliferación de nuevos actores y nuevas fuentes de tensión, y por un declive del poder de las dos grandes potencias: los Estados Unidos y la Unión Soviética. Un síntoma de este estado de cosas era el debilitamiento tanto de los mecanismos formales de limitación de conflictos (ONU, OTAN, etc.) como de aquellos informales originados en el poder positivo de las grandes potencias. Las crisis de Centroamérica, del Caribe, de Polonia, de Afganistán, del Golfo Pérsico y de Medio Oriente parecen darle la razón.

En el plano económico, los años '70 fueron los de la crisis de los precios del petróleo y los de la crisis del precio del dinero. En ese sentido Félix Peña adhiere a la tesis de que la crisis global responde a una redistribución del poder mundial:

“Se origina en el hecho de que el mapa de poder que surge en los años 70 luego de la revalorización del petróleo, no coincide con el existente cuando Yalta, San Francisco y Bretton Woods. Los principios, normas y mecanismos que ordenaron las relaciones internacionales en las dos décadas de posguerra, se asentaron en una realidad de poder diferente de la actual. La descolonización, la relativa esterilización del poder nuclear, la recuperación económica de Europa y Japón y la emergencia de una intensa confrontación industrial y tecnológica entre las potencias del mundo Norte, aparecen como algunas de las causas principales de los cambios operados recientemente en la configuración del poder mundial.” [Peña. 1983: 142].

El autor señala que la dispersión del poder entre nuevos actores planteaba a las superpotencias y al mundo en su conjunto un problema de seguridad vital dado que a su parecer el mundo de esa época se encaminaba a la anarquía pues el poder se diluía y muchos actores empezaban a cuestionar los fundamentos mismos de la sociedad internacional.

En el plano regional de las Américas, los años '70 se caracterizaron por una disminución relativa del poder positivo de los Estados Unidos, hecho que se evidenció en cierta incapacidad por desactivar situaciones contrarias a sus intereses sin la colaboración de los principales actores estatales de la región. De ese modo los Estados Unidos debieron resignar su tradicional unilateralismo en pos de la acción acordada con las principales naciones del área. El manejo de la crisis Centroamérica constituye un buen ejemplo ya que incluso, y pese su retórica guerrerista, la administración Reagan se vio ante la necesidad de recurrir a las potencias regionales para encontrar soluciones más o menos acordes a sus intereses.

La América Latina de los '70 se estaba erigiendo como un subsistema de poder internacional “cada vez más activo y complejo, rebelde a ser interpretado por con conceptos y categorías de análisis propios de otras décadas, de otros estadios de desarrollo y de otras regiones en desarrollo.” [Peña. 1982: 143]. Se trataba de un subsistema atravesado tanto por el conflicto Norte-Sur como por el conflicto Este-Oeste, y

que se presentaba como uno de los principales campos de competencia del poder mundial en el que interactuaban fuertes actores regionales y cada vez más fuertes actores extra regionales.

Desde una perspectiva geopolítica Wayne Selcher –coincidiendo con Peña en su descripción del equilibrio de poder y la situación política del subsistema sudamericano– entiende que en su heterogeneidad los gobiernos latinoamericanos habían ya abandonado la tradicional conducción norteamericana en lo que respecta a la formulación de sus políticas de seguridad en pos del desarrollo de políticas propias, dando paso a una relación de seguridad continental más compleja que en épocas pasadas. Este dato no hace más que confirmar una cierta pérdida de influencia en la región por parte de los Estados Unidos, cuyo unilateralismo pasó gradualmente a convertirse en un factor perturbador para los formuladores de políticas internacionales de los diferentes gobiernos latinoamericanos. Sobre este punto Selcher reflexiona:

“La emergencia de una política internacional más autónoma en Sudamérica bien podría tener más, y no menos, probabilidades de poner en juego la relevancia de tensiones locales entre gobiernos de cualquier tipo, especialmente si tanto Washington como Moscú representan amenazas externas más o menos verosímiles o causas de unidad. Y la política de Washington tampoco es un freno, como solía ser, para la voluntad de entrar en conflicto.” [Selcher. 1984: 299]

Para el analista internacional Luis Maira basta una mirada sobre el escenario mundial de comienzos de los años 80' para visualizar las dificultades con las que se debía medir la diplomacia norteamericana como consecuencia de la declinación hegemónica que habían sufrido en la década anterior. Para argumentar su posición el autor realiza una enumeración combinando episodios domésticos y de política exterior entre los que se destacan: la gran recesión de los años 1973-1975; el escándalo Watergate que le costó el puesto a al ex presidente Richard Nixon; la derrota militar en Vietnam; la cuadruplicación de los precios del petróleo tras la guerra de Yom Kippur y el embargo impuesto por los países árabes de la OPEP, y la derrota militar de varios gobiernos aliados como el de Etiopía, Yemen del Sur, Irán y Nicaragua. Todos estos hechos “fueron llevando a la política exterior estadounidense a su máximo punto de debilidad” [Maira. 1984:25].

Esta pérdida de poder de disuasión por parte de los Estados Unidos será esencial para entender la combinación de factores que contribuyeron a que la Argentina adoptase en el período 1977-1982 una política exterior en varios aspectos autónoma, como fue el caso de sus relaciones y vínculos comerciales con países socialistas, pero especialmente en lo que respecta a decisión de recuperar las Islas Malvinas mediante una operación militar²³.

Ahora bien, según Maira es precisamente la pérdida o restricción objetiva de sus cuotas de poder una de las principales razones que impulsaron a los Estados Unidos a refinar su instrumental de política exterior e incluir nuevos aspectos o ámbitos en su delineación. Es en ese contexto el que, durante la Administración Reagan, se registró una marcada tendencia a recurrir más a esquemas globalistas (que apuntaban a una reestructuración de todo el sistema internacional) que a pautas o esquemas regionales²⁴. [Maira. 1984: 22].

IV.2. Buscando un lugar en el concierto de las naciones

Félix Peña entiende que para comprender el modo de inserción de la Argentina en el mundo de los años '70 hay que remontarse a la crisis del '30. Hasta entonces nuestro país se hallaba dentro del ámbito la "pax británica" y había desarrollado un modo de inserción externa exitoso en un marco de la complementariedad de intereses entre el centro y la periferia. Se trataba de un período al que el autor denomina como el de la "Argentina satisfecha" en el que se experimentó un notable desarrollo, que aunque subordinado a la metrópoli, traía gratificaciones a las élites locales por el lugar que nuestro país ocupaba en el mundo. Luego, con la crisis del '30 se ingresa a un período al que el autor denomina como el de la "Argentina perpleja":

“El país no logra desarrollar un modelo de inserción externa alternativo al agotado contra su voluntad, y por momentos parece errar en el sistema internacional sin papel a desempeñar y sin poder definir un perfil externo propio. [...] El carácter competitivo de la economía argentina con la americana, y una cierta dificultad recíproca para entenderse con los Estados

²³ El proceso de toma de decisión de parte del gobierno militar argentino para ocupar el territorio de las Islas Malvinas mediante una operación militar se desarrollará con mayor profundidad en el capítulo siguiente.

²⁴ Las características del marco de referencia globalista adoptado por la administración Reagan se analizan con más en profundidad en el apartado V.3 del siguiente capítulo.

Unidos, proveniente incluso del siglo XIX, explican en parte la situación”
[Peña. 1983: 144]

La Argentina de los años '70 aparece al margen del gran juego estratégico mundial. Ello se debe a su lejanía geográfica y política respecto de las grandes líneas de principal tensión. Su dimensión relativa en términos de población, producto bruto y comercio exterior explican esa sensación de prescindibilidad que respecto de nuestro país tenían los grandes centros de poder mundial de la época:

“A primera vista la seguridad de nadie parece estar demasiado afectada por lo que pudiera ocurrir en aquel lejano sur. Pocos hechos de la política exterior argentina de los años '70 parecen marcados por la crisis mundial” [Peña. 1983: 145].

A su vez, la agenda de temas de política exterior argentina parecía monopolizada por asuntos limítrofes con países vecinos (Chile), por asuntos comerciales tanto con países vecinos como con bloques extra regionales (Brasil y la Comunidad Europea, respectivamente), y por el reclamo de soberanía sobre las Islas Malvinas. Por otro lado, preocupaba la imagen exterior del país debido a las graves violaciones a los Derechos Humanos perpetradas a partir de 1976 y la búsqueda de una vinculación estrecha con los Estados Unidos, especialmente con el arribo del General Leopoldo Fortunato Galtieri a la primera magistratura en diciembre de 1981.

IV.3. Las relaciones bilaterales entre la Argentina y los Estados Unidos: muchos giros en pocos años

Para algunos analistas internacionales como Wolf Grabendorff las relaciones entre estos dos países han sido “tradicionalmente malas”. Factores de tipo económicos, históricos, geopolíticos, culturales y estratégicos han cimentado una relación de tipo asimétrica en la que, salvo algunos períodos excepcionales, la Argentina ve en los Estados Unidos a un rival más que a un aliado para la realización de objetivos e intereses comunes en política exterior [Grabendorff. 1983: 155]. Un ejemplo claro de esta rivalidad y asimetría se presenta justo en el período de tiempo abarcado por esta disertación. De hecho entre los años 1977 y 1984 nuestro país pasó de ser un país aislado durante la administración Carter a convertirse un socio preferido durante la administración Reagan, para

convertirse finalmente en una suerte de paria internacional luego de la guerra de Malvinas.

La política exterior basada en el respeto a los Derechos Humanos que encaró la administración demócrata de James Carter buscaba restaurar la confianza en el gobierno norteamericano tras la crisis moral producida tras el escándalo Watergate, la revelación de la participación de la comunidad de inteligencia norteamericana en el derrocamiento de gobiernos extranjeros (ejemplo, Chile en 1973) y en particular la derrota militar en Vietnam.

Esta nueva agenda política otorgó un lugar destacado a América Latina al considerarla como una “zona gris” del mapa geopolítico internacional. El nuevo vínculo tomó como eje el respeto por los Derechos Humanos, las condenas a los regímenes autoritarios y el estímulo a los procesos de democratización en la región. En ese marco las relaciones bilaterales con la Argentina pasaron por uno de sus peores momentos. A la ya tradicional desconfianza mutua se le sumó una serie de temas urticantes que hicieron aún más difícil esta relación:

- La política de Derechos Humanos de la Administración Carter, frente a los graves delitos de lesa humanidad perpetrados por régimen militar argentino.
- La relación comercial de Argentina con los países del bloque socialista en contraposición al boicot de exportación de cereales hacia la Unión Soviética dispuesto por los Estados Unidos.
- La política de no proliferación nuclear de los Estados Unidos frente a las aspiraciones nucleares argentinas.

Lo interesante del caso es que el desarrollo de esta política norteamericana hacia la Argentina tuvo una suerte de “efecto búmeran” que se convirtió en “un poderoso aglutinante de la élite política dominante de la Argentina” [Grabendorff. 1983: 158]. Así entre 1977 y 1978 el gobierno militar logró capitalizar la crítica a su política de Derechos Humanos para convertirla en una crítica a la Nación y no ya al gobierno de facto. El resultado fue que se despertó un fuerte sentimiento nacionalista de defensa y contrario a la intromisión extranjera.

Para fortuna del régimen militar argentino ninguno de los temas enumerados se resolvió a favor de los Estados Unidos. Luego, el arribo de una administración republicana como la de Ronald Reagan, con una visión del mundo muy diferente a la de James Carter, significó un cambio radical en los vínculos bilaterales.

Reagan cimentó la nueva relación situándose en ejes e indicadores muy distintos que los de su predecesor. Entre ellos se destacan:

- La clara tendencia anticomunista del gobierno militar argentino.
- La posición geopolítica de nuestro país frente un Brasil que estaba tomando un rumbo internacional independiente y que se empezaba a mostrar como un socio poco confiable para los intereses de los Estados Unidos en América Latina.
- La manifiesta disposición del gobierno argentino de apoyar ampliamente a los norteamericanos en cuestiones globales.
- El temor a que, debido a las necesidades económicas, la Argentina pudiera aproximarse demasiado al campo socialista, especialmente a la Unión Soviética [Grabendorff. 1983: 160].

En su obra *La última batalla de la tercera guerra mundial*, Horacio Verbitsky deja entrever la idea de que si bien la transición de Carter a Reagan constituyó un notable giro en lo que hace a la política hacia América Latina, lo cierto es que ya con Carter se habían dado señales hacia un cambio de rumbo que luego fue asumido plenamente con Reagan. El autor sostiene que luego del Golpe en Granada²⁵ y de la victoria sandinista en Nicaragua, James Carter optó por remilitarizar su estrategia. Se basa en los siguientes datos:

- la creación en Florida de una fuerza de acción conjunta para el Caribe y América Central, de 18.000 hombres con el pretexto de la existencia de una brigada soviética en La Habana. [Verbitsky. 2006: 77]
- La invitación de la US Navy a la Armada Argentina para que reanudara su participación en los operativos navales Unitas²⁶, que se había suspendido

²⁵ En marzo de 1979 un golpe de Estado removió al entonces presidente de Granada Eric Gairy y asumió el poder el líder del Movimiento New Jewel, Maurice Bishop, quién llevó a adelante políticas de corte socialista y estrechó relaciones con el bloque comunista, lo que provocó la intervención de los Estados Unidos que primero desestabilizó al gobierno y luego invadió militarmente la isla el 25 de octubre de 1983. La excusa de la invasión era que el aeropuerto que estaba construyendo el gobierno de Bishop era en realidad la plataforma para instalar una base militar soviética.

²⁶ Se denomina Unitas a los ejercicios navales que en el marco del TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca) realiza anualmente desde 1960 la Armada de los Estados Unidos en conjunto con las armadas de algunos países latinoamericanos. Hacia la década del '80 tales ejercicios tomaban como hipótesis de conflicto la defensa del hemisferio contra la agresión militar (comunista) externa.

como represalia argentina por el embargo de armas derivado de la enmienda Humphrey-Kennedy sobre los derechos humanos. [Verbitsky. 2006: 78]

- La transferencia de equipamiento bélico (repuestos para helicópteros Sea King 61 y dieciocho turbinas para aviones A 4Q) a muy bajo costo. Como gesto de buena voluntad a las diez turbinas solicitadas por los argentinos, la US Navy respondió con la venta de 18 a 35.000 dólares cada una, cuando su precio unitario real era de un millón de dólares. [Verbitsky. 2006: 79]

Tales negociaciones se llevaron a cabo con la mayor de las reservas y las cautelas. Paralelamente, en el discurso oficial de la Junta Militar ya no se negaban acusaciones por las violaciones a los Derechos Humanos, sino que en su lugar se ensayaban explicaciones y justificaciones basadas en la “guerra no convencional” librada contra la “subversión marxista”.

Verbitsky atribuye estos cambios, tanto en la actitud de la Administración Carter como en la retórica de la Junta Militar, (entre otros factores) a la conformación de nueva situación internacional:

“La espectacular reaparición de la guerra fría entre Washington y Moscú luego de la revolución de los ayatolás en Irán y el ingreso de tropas soviéticas en Afganistán coincidía con la doctrina de los militares argentinos. Todo lo que se hizo fue en defensa de Occidente, que ahora aprendía a distinguir a sus amigos de sus enemigos, dijeron Videla y otros portavoces castrenses, y así pareció confirmarlo el gobierno de Carter, por medio de su embajador Raúl Castro para quién el progreso de los derechos humanos en Argentina era ‘fenomenal’, y del secretario de Estado adjunto, William Bowdler que lo consideró ‘sustancial’. Estados Unidos impulsó la investigación de la CIDH pero, cuando se publicaron sus conclusiones, había perdido interés en hostigar a Buenos Aires por los derechos humanos y prefería cortejar a su gobierno para obtener su alineamiento contra el bloque comunista”. [Verbitsky. 2006: 117]

A pesar de este lapsus final, la Administración demócrata no pudo revertir su imagen frente a los regímenes autoritarios latinoamericanos quienes celebraron la victoria de los republicanos encabezados por Reagan. Luis Maira puntualiza que a partir de la llegada de éste a la Casa Blanca fueron cinco los ingredientes que caracterizaron la nueva política exterior de Washington para América Latina:

1. El manejo de la crisis centroamericana en términos de sostener política y militarmente a los aliados y privar de influencia y poder a las [naciones]

vinculadas directa o indirectamente, con los “intereses expansionistas de las Unión Soviética”.

2. Establecer un cerco sobre Cuba para interrumpir su abastecimiento y apoyo a los procesos revolucionarios de América Central y el Caribe.
3. La búsqueda de acuerdos especiales con los países más influyentes de la región sudamericana. (Brasil, México, Argentina y Venezuela).
4. Un cambio de orientación frente a los “aliados de los Estados Unidos” para suprimir los obstáculos creados por la política [de Derechos Humanos] del presidente Carter y restablecer una línea de identificación y apoyo mutuo.
5. Recomponer la imagen norteamericana frente regímenes democráticos liberales (Costa Rica, Perú, Colombia y Ecuador) que habían mantenido posiciones contrarias con Estados Unidos durante la crisis Nicaragüense en 1979. [Maira. 1982: 84].

De estos cinco componentes los que más nos interesan a los efectos de esta disertación son el primero y el cuarto. Ambos explican las bases sobre las que se cimentaron las relaciones argentino-norteamericanas bajo la nueva administración republicana.

No obstante, y más allá de los buenos propósitos y las intenciones de acercamiento tanto de parte de la administración republicana como de parte del gobierno militar argentino, este nuevo entendimiento estaba minado por una serie de datos contextuales que dificultaban seriamente su consecución. Entre esos datos el analista internacional Riordan Roett menciona los siguientes:

- Hacia 1980 la Argentina había firmado contratos a largo plazo con fabricantes de Alemania Occidental y Francia, por equipos que antes compraba en Estados Unidos.
- Aunque anticomunista en cuestiones internas, el gobierno militar argentino había establecido fuertes lazos comerciales con la Unión Soviética. (En 1980 la Argentina había vendido el 60% del total de sus exportaciones de granos a los soviéticos)
- Los soviéticos estaban interesados en vender armas a los argentinos y habían decidido cooperar con el programa de nuclear de nuestro país.
- Los soviéticos estaban involucrados en la financiación y construcción de plantas hidroeléctricas en la Argentina. [Roett. 1982: 158].

Se trataba de una empresa no exenta de obstáculos. Pero dada su fuerte vocación anticomunista la administración republicana no dudó en avanzar hacia un entendimiento con los gobiernos militares del cono sur, en especial con el de la Argentina.

En concreto la clave retórica que encontró la administración Reagan para justificar el giro de la actitud de los Estados Unidos hacia la Argentina fue la de diferenciar entre regímenes autoritarios y totalitarios en el tercer mundo, pero especialmente en América Latina. El argumento era que, según la óptica de los Estados Unidos, los países autoritarios (Argentina, Chile, Uruguay, etc.) eran susceptibles de transformarse en el largo plazo en regímenes democráticos, todo lo contrario de lo que ocurría con los regímenes totalitarios, rótulo bajo el cual fueron situados los países con régimen socialista como Cuba y Nicaragua.

La ocupación militar de las Islas Malvinas generó un nuevo golpe de timón en las relaciones bilaterales con los Estados Unidos. La decisión norteamericana de plegarse incondicionalmente su aliado de la OTAN fue vivida por los militares argentinos como una traición. Los argentinos confiaban en obtener apoyo o al menos tolerancia de parte de los norteamericanos frente a una solución armada del conflicto del Atlántico Sur. Según el analista internacional Wolf Grabendorff, estos errores de cálculo “son sólo explicables sobre la base de una súper-evaluación de la propia importancia con respecto a la realización de los intereses de la política de seguridad de los EE.UU.” [Grabendorff. 1983: 165], especialmente en lo que respecta a la crisis centroamericana.

Por su parte, otro analista internacional, Heraldo Muñoz, señala la existencia de un condicionante estructural que influyó directamente en las relaciones entre los Estados Unidos y la Argentina, a saber: el énfasis puesto por la administración Reagan y por gobiernos norteamericanos anteriores en el tema del anticomunismo. Dicho énfasis había llevado a Washington a priorizar “la dimensión estratégico-militar de las relaciones interamericanas, contribuyendo así a sustituir la diplomacia normal por vínculos militares, y a elevar el rol de los militares –a expensas de los diplomáticos de carrera– en el manejo de las relaciones exteriores en los países del Cono Sur.” [Muñoz. 1984: 196]. Esta preferencia de los norteamericanos por los vínculos castrenses erosionó a su vez la legitimidad de los ministros de relaciones exteriores en lo que hace a la conducción de las relaciones internacionales. Según Muñoz, dicha tendencia se manifestaba con más fuerza en los casos de Argentina y Chile en donde la política exterior se había convertido más en asuntos de militares de alto rango y de economistas-tecnócratas, que de diplomáticos de carrera. Para el autor el resultado de este proceso fue que las políticas exteriores de los países del Cono Sur adoptaron características menos profesionales y

conciliatorias, y cada vez más ideológicas e impredecibles. Como se verá en el capítulo que sigue, este fenómeno permite explicar en parte el fracaso de la misión norteamericana presidida por el entonces secretario de Estado Alexander Haig para evitar, a principios de 1982, la guerra entre Argentina y Gran Bretaña. La predilección por los vínculos castrenses terminó convirtiéndose en un búmeran en contra de los propios Estados Unidos:

“El colapso de la misión en Argentina del ex-secretario de Estado norteamericano Alexander Haig fue, al menos en parte, el resultado del hecho que el poder, en asunto de política exterior, estaba no en manos del Ministerio de Relaciones Exteriores, mayoritariamente civil, sino en las de un comando militar extremadamente intransigente” [Muñoz. 1984: 197]

IV.4. El mundo según Reagan

Ya desde antes de asumir el gobierno, en distintas foros el candidato a presidente de los Estados Unidos por el partido Republicano, Ronald Reagan, ofrecía una visión muy pesimista respecto del poder y la hegemonía de la potencia del norte. Sus principales geopolíticos consideraban que la década del '60 había sido un período de crisis, desconcierto y retroceso de la sociedad norteamericana, que había repercutido directamente en sus capacidades de ejercicio de política exterior. Tomando este diagnóstico como punto de partida reinterpretaban “los acuerdos que condujeron a la política de *detente* como una capitulación americana, una especie de desarme unilateral y voluntario que brindó a la Unión Soviética la oportunidad de alterar drásticamente su capacidad estratégica y convertirse en una potencia con capacidad operativa en diferentes conflictos internacionales, como lo probarían sus avances en África, el Sudeste Asiático y Medio Oriente, a costa, precisamente, del colapso de regímenes políticos que habían sido aliados y amigos de los Estados Unidos” [Maira. 1982: 82]. El corolario de este análisis fue una visión neoconservadora del mundo, que postulaba la configuración de una coyuntura internacional en la que las tendencias sobresalientes eran el ascenso soviético y la declinación norteamericana. En función de esta particular lectura del mundo se estimuló un fuerte espíritu ofensivo y de reconquista de las posiciones perdidas.

El esquema de pensamiento de la administración Reagan se nutría del documento de Santa Fe. Se trataba de un análisis de la situación internacional elaborado por cinco

destacados miembros de la Goergetown University, a saber: Gordon Sumner (h), Roger Fontaine, Francis Bouchey, David Jordan y Lewis Tambs.

“La premisa de este documento, tan importante para comprender la política exterior de Reagan, es que la norma en los asuntos internacionales es la guerra y no la paz, afirma que la Tercera Guerra Mundial ya ha comenzado y que contener a la URSS no es suficiente. A su juicio la distensión está muerta. Estados Unidos debe tomar la iniciativa o perecer” [Verbitski. 2006: 81]

El documento señala que América Latina había sido abandonada por los Estados Unidos, y que los líderes latinoamericanos habían sido traicionados por la Administración Carter dado que usó la crítica por las violaciones a los derechos humanos como un arma contra sus aliados (Argentina, Chile, El Salvador, la Nicaragua de Somoza, etc.) en lugar de usarlos contra los regímenes hostiles de la Cuba castrista o la Nicaragua sandinista. [Verbitski. 2006: 82-83]

La administración Reagan tenía una concepción del Tercer Mundo que respondía a un enfoque geopolítico de la guerra fría según el cual los conflictos regionales eran expresiones de una confrontación más general: el conflicto Este-Oeste entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. En ese contexto el descontento político y social, y los movimientos populares de masas eran resultado directo de las infiltraciones y los complots del comunismo internacional. Se trataba de un pensamiento maniqueo que ignoraba factores locales tales como los altos índices de pobreza estructural, la enorme brecha entre ricos y pobres en lo que respecta a la distribución de la riqueza, y los formidables aparatos represivos organizados desde el Estado. Dentro de ese marco de pensamiento la política exterior de Reagan apuntaba a contrarrestar los intentos de penetración soviética en América Latina, ya que entendían que si la región caía en manos del comunismo peligraría el acceso norteamericano a materias primas esenciales para su economía y peligraría su control sobre vitales vías de comunicación marítima en el Caribe, en especial la zona del Canal de Panamá.

Para el analista Riordan Roett, Ronald Reagan tenía una visión muy clara del mundo: “nosotros” ó “ellos”. De acuerdo con este maniqueísmo “nosotros” era el Occidente libreado por los Estados Unidos, pero que en ese entonces se hallaba trabado en una lucha por recuperar la supremacía perdida y enfrentado a un “ellos”, que eran los

enemigos de Occidente. Así según este autor: “La Unión Soviética y sus aliados y partidarios representan una amenaza que es y será siempre incompatible con los valores y la seguridad de Estados Unidos” [Roett. 1982: 149]

Frente a este diagnóstico, Roett entiende que la estrategia de Reagan era simple y clara: “una inmediata consolidación de la fuerza militar de EE.UU.”. Descuidando cuestiones relacionadas con el *soft power*²⁷, la administración republicana se inclinó por una estrategia guerrerista que acentuara el poder y la supremacía militar de los Estados Unidos, frente a la cual los soviéticos no tendrían más remedio que negociar y llegar a un entendimiento geopolítico con Reagan. [Roett. 1982: 150]. La pregunta era cómo hacerlo cuando el fantasma de Vietnam aún sobrevolaba por los pasillos de los centros de poder norteamericanos.

IV.5. El dilema de intervenir sin pagar los costos políticos: delegar a un tercer país

Cuando asume la administración Reagan entre sus funcionarios y colaboradores se desató un gran debate acerca de la forma que debía adoptar la intervención en el conflicto centroamericano. Mientras que el secretario de Estado Alexander Haig quería una acción militar directa (bloqueo naval incluido), el vicepresidente George Bush, el secretario de Defensa, Caspar Weinberger, y el círculo íntimo de Reagan en la Casa Blanca se inclinaban por una acción encubierta como una vía adecuada para reforzar el poderío norteamericano en la región sin confrontar directamente con la Unión Soviética y sus socios cubanos. Luego de inclinarse por esta segunda opción los republicanos evaluaron la posibilidad de obtener ayuda de terceros países (Argentina y Honduras) de quienes habían recibido una oferta tentativa. [Armony. 1999: 97-98]

La opción por las operaciones encubiertas y la decisión de que las mismas sean delegadas a terceros países respondía a tres restricciones que imposibilitaban la participación directa de los Estados Unidos:

²⁷ *Soft power* (poder blando) es un concepto acuñado por Joseph Nye en su libro *Poder e Interdependencia*, y que en el ámbito de las Relaciones Internacionales designa a la capacidad de un Estado de obtener la obediencia de otro a través de la cooptación o la atracción. Tal concepción se contrapone a la *hard power* (poder duro) que hace alusión de la coerción y el uso de la fuerza militar.

- 1- La restringida capacidad de la CIA para realizar acciones encubiertas (en la agencia había pocos especialistas en ellas)
- 2- Su vulnerabilidad al escrutinio parlamentario, y
- 3- la más significativa, la aversión del Congreso hacia cualquier tipo de accionar que pudiera invocar los fantasmas de Vietnam, esto es, una intervención progresiva de los Estados Unidos que forzara al país a participar directamente en una guerra en América Central. [Armony. 1999: 102].

La decisión de la CIA de financiar un ejército compuesto por ex guardias nacionales nicaragüenses entrenados por asesores militares argentinos se presentó como la solución más eficaz para afrontar estos tres problemas, en particular el tercero de ellos. La aversión norteamericana a empantanarse en un conflicto como el Vietnam era compartido tanto por demócratas como por republicanos. El recuerdo de “los muchachos” volviendo en ataúdes cubiertos por banderas norteamericanas estaba aún fresco en la memoria colectiva de la gran potencia del norte.

IV.6. El síndrome Vietnam

Se denomina con el nombre de “síndrome Vietnam” al retraimiento de la política exterior norteamericana a raíz de la derrota militar en Vietnam. La caída de Saigón el 29 de abril de 1975 tuvo un fuerte efecto inhibitorio sobre los Estados Unidos al punto de que condujo a la superpotencia a tomar la determinación de no participar directamente en intervenciones militares extraterritoriales.

El síndrome Vietnam es otro dato contextual que se debe tener en cuenta al momento analizar el involucramiento de la Argentina en la crisis centroamericana. Parte de las enseñanzas que extrajo Estados Unidos de la guerra de Vietnam implicaron una redefinición del *decision making-process* que pudiera llevar al gobierno norteamericano a una intervención militar extraterritorial directa. Sobre este punto Maira puntualiza:

“...una decisión política de desplazar tropas norteamericanas fuera de su territorio considera factores tan amplios como los siguientes: los compromisos políticos o de derecho internacional que imponen a los Estados Unidos la necesidad de actuar; la evaluación de las amenazas que afectan intereses vitales; la estimación de las posibilidades de éxito rápido y seguro de una operación; la existencia de un contexto internacional favorable; el

agotamiento de caminos alternativos que tuvieran la posibilidad de lograr un mejor resultado con un menor costo; la estimación del grado de apoyo interno que pueden movilizar las fuerzas como contrarias a los intereses norteamericanos, y finalmente el 'estado de ánimo' de la opinión pública nacional en relación con las acciones militares exteriores". [Maira. 1982: 95].

En un documento especial preparado para una ponencia en un congreso celebrado en Argentina durante 1983, el mismo autor agrega otra variable: la de "saturación":

"Luego de la guerra de Vietnam diversos ajustes fueron realizados para impedir en el futuro otras situaciones militares de carácter crítico. En términos muy genéricos, la posición norteamericana trata de evaluar si se dan las condiciones para una operación militar fundada en el principio de 'saturación' del territorio amagado y de una victoria rápida, segura, limpia y con un bajo costo de vidas humanas para las fuerzas invasoras" [Maira. 1983a: 38].

En efecto, a partir de la derrota en Vietnam los estrategas norteamericanos empezaron a contemplar otras múltiples variables al momento de decidir su intervención en campañas y operaciones militares extraterritoriales. Es en ese contexto que se abrió la posibilidad para que nuevos actores emprendieran las campañas que los Estados Unidos no podían afrontar. Por una combinación de factores que se intentaron describir en los apartados anteriores fue la Argentina del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional la que mejor se adecuó a las necesidades y requerimientos de la gran potencia del norte. A ello hay que agregarle un condimento esencial de la cultura nacional argentina: cierta frustrada vocación de desmesurada autonomía y un insatisfecho deseo de liderazgo regional²⁸. Tal condimento resulta imprescindible para superar el reduccionismo que implicaría afirmar que la Argentina pretendía simplemente ocupar un lugar que los Estados Unidos estaban "dejando vacante". ¿Si fuera así, por que no lo hizo el Chile del general Pinochet ni el Brasil de João Baptista Figueiredo? Sin la combinación de todos estos factores estructurales y coyunturales, tanto locales como internacionales, el abordaje y la comprensión de la guerra fría argentina en América Central resulta una empresa imposible.

A modo cierre de este capítulo se presenta un cuadro con los principales condicionantes estructurales y coyunturales que incidieron directa o indirectamente en la decisión de los militares para intervenir en América Central.

²⁸ Estas cuestiones ligadas de un modo general a la cultura nacional argentina pero más específicamente a su modo de actuación internacional se analizan con más profundidad en el capítulo siguiente.

Condicionantes de la política exterior argentina durante el la dictadura militar de 1976-1983

Estructurales	<ul style="list-style-type: none"> - El conflicto Este-Oeste entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. - Los efectos de la crisis del petróleo. - Los efectos de la crisis del monetaria a raíz de la salida del Patrón dólar. - Aparición de nuevos actores internacionales (Japón, Alemania, y otros nuevos actores en África y Medio Oriente) - El carácter competitivo (en oposición a la idea de complementariedad) de las relaciones comerciales entre la Argentina y los Estados Unidos. - La tendencia por parte de los gobiernos norteamericanos de privilegiar la dimensión estratégico-militar y los vínculos castrenses en las relaciones interamericanas como resultado de su política anticomunista.
Coyunturales	<ul style="list-style-type: none"> - El efecto bumerang: consolidación del régimen militar argentino como respuesta del sentimiento nacionalista argentino a la política de Derechos Humanos de James Carter. - Los fuertes lazos comerciales con países del bloque socialista, especialmente con la Unión Soviética - Coincidencias ideológicas entre el giro globalista de los Estados Unidos durante la Administración Regan y la política externa de algunos sectores del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional. - El síndrome Vietnam. - Las crisis de Centroamérica, del Caribe, de Polonia, de Afganistán, del Golfo Pérsico y de Medio como síntoma de la pérdida de vigencia del <i>corset</i> bipolar. - Pérdida de hegemonía por parte de los Estados Unidos en la región de América Latina.

Cuadro 2. **Fuente:** elaboración propia

V. EL EFECTO MALVINAS. REPERCUSSIONES DE LA GUERRA DEL ATLÁNTICO SUR EN LA CRISIS CENTROAMERICANA

Periodista: *“¿Quién va ganado esta guerra, señor canciller?”*

Costa Méndez: *“Yo creo que la Argentina”*

Periodista: *“¿Cómo se siente usted al comando de la política exterior de un país en guerra?”*

Costa Méndez: *“No me doy cuenta todavía de que estamos en guerra”*

(Fragmento de una entrevista con el entonces canciller argentino, Nicanor Costa Méndez, Revista *Gente*, 27 de mayo de 1982)

En este capítulo se analiza el particular esquema de toma de decisiones del gobierno militar argentino, la sorpresiva ocupación del archipiélago en disputa mediante una operación armada y las repercusiones que en el escenario centroamericano tuvo la Guerra de Malvinas.

V.1. Características del esquema de relaciones exteriores argentino durante el gobierno militar

Algunos analistas internacionales como Joseph Tulchin señalan que durante muchos años la Argentina se había ganado una fama de conducir sus relaciones exteriores de una manera no profesional. Sin embargo, este autor entiende que el problema del régimen militar que gobernó el país entre 1976 y 1983 no era la falta de profesionalismo ni la falta de información adecuada para una mejor toma de decisiones. Es más, en entrevistas realizadas entre los años 1980 y 1982 con altos diplomáticos que ocuparon cargos en las embajadas argentinas de Washington, Brasilia y Londres, Tulchin llegó a la siguiente conclusión:

“La jefatura del Palacio San Martín poseía una amplia información sobre los sucesos que ocurrían en otros países y agudos informes sobre las actitudes de esos países frente [...] a las políticas del gobierno argentino. El problema residía en la falta de canales para que dicha información llegara a conocimiento de quienes toman las decisiones en el gabinete o en la junta” [Tulchin. 1984: 368].

Es decir que la información estaba, pero se adolecía de los medios adecuados para que dicha información pudiera ser procesada por los jefes militares con el fin de prever qué consecuencias tendrían los actos de política exterior del régimen.

A este cuadro de situación hay que añadirle otro factor, a saber: la desconfianza de parte de los militares hacia los expertos civiles en quienes debían apoyarse para obtener información y asesoría. “Este problema era especialmente agudo en el Ministerio de Relaciones Exteriores, donde el personal de carrera a menudo no concordaba con sus superiores militares” [Tulchin. 1984: 367]. Otros autores como Heraldo Muñoz entienden que este era un problema común en todo el Cono Sur, y que se exacerbó con el deseo de la administración Reagan de buscar aliados en su política de contención del comunismo en Centroamérica:

“Esta preferencia de Estados Unidos por la vinculación militar ha tendido a erosionar aún más la legitimidad de los ministerios de Relaciones Exteriores en el manejo de las relaciones externas, las que se han convertido crecientemente, especialmente en Chile y Argentina, en una tarea de altos oficiales militares o de economistas-tecnócratas. El resultado de este proceso es que las políticas exteriores de los países del Cono Sur se han vuelto menos profesionales, moderadas y conciliadoras, y más irredentistas, ideológicas e impredecibles” [Muñoz, Heraldo. “Reflections on the Malvinas conflict”, trabajo presentado en el Woodrow Wilson Center, junio 10, 1982. Citado a su vez en: Tulchin. 1984: 368]

Para el caso específico de la Argentina, Carlos Moneta señala que entre los años 1976 y 1982 el régimen militar presentaba tres ejercicios diplomáticos muchas veces autónomos y contradictorios correspondientes a los distintos centros generadores de su política exterior. Tales centros, a su vez, presentaban una especie de división de competencias que el autor describe del siguiente modo:

“Así, el manejo de los asuntos de rutina de la política externa se mantuvo en las manos del personal estable de la Cancillería. La cúpula militar y los estados mayores no solo determinaron sino que también pusieron

directamente en práctica la política de estrecha colaboración estratégica y militar con los Estados Unidos (ej.: América Central), reservándose la conducción de todos los aspectos que consideraron correspondiente al orden estratégico (ej.: conflictos territoriales y de límites; la lucha contra los intentos de penetración 'de la subversión marxista internacional', [y las] relaciones con países gobernados por regímenes de izquierda). El ministro de Economía concentró –si bien no formalmente, pero sí en los hechos) la capacidad de fijar, y en muchas instancias, de poner en práctica los aspectos sustantivos de las relaciones económicas externas” [Moneta. 1984b: 16].

Todo este cuadro de situación unido a la ausencia de actividad política normal y de canales de expresión de la disidencia terminó conformando en el gobierno militar argentino una actitud de virtual prescindencia de cualquier rendimiento de cuentas a la sociedad, llevando adelante sus objetivos geopolíticos sin los controles y vigilancias a los que están sometidos los gobiernos democráticos. En ese sentido, parecía como si la Junta Militar obrara sin la necesidad de rendirle explicaciones a nadie. Para Tulchin, ese estado de situación “se evidenció penosamente durante la guerra de Malvinas” [Tulchin. 1984: 373].

Ahora, si bien la Junta Militar no estaba obligada a rendir cuentas, lo cierto es que necesitaba un mínimo de consentimiento y aceptación por parte de la sociedad civil y de los grupos empresarios de apoyo. En ese sentido, una lectura muy común es aquella que ve en el descontento y en las crecientes movilizaciones sindicales uno de los motivos para emprender la recuperación de las Malvinas. Sobre este aspecto Andrés Fontana revela que más allá del desgaste del régimen militar frente a la sociedad civil y más allá del descontento y creciente movilización social, la ocupación militar de las Malvinas se explica también por factores que aluden la estructura del régimen militar. En ese sentido Fontana señala que:

“...la decisión de ocupar militarmente las Islas Malvinas en ese momento *no resultó directamente de las tensiones* que se habían generado entre el gobierno y la sociedad civil. Tal decisión estuvo también determinada por la *lógica interna del régimen militar* que, ante las tensiones entre el gobierno y la sociedad civil, presagiaba una mayor fragmentación de las Fuerzas Armadas y una pronta desestabilización de las autoridades gubernamentales, provocada una vez más *'desde adentro' de la corporación militar*” [Fontana. 1984: 30]

Para Fontana la crisis del Atlántico sur no debe leerse simplemente en clave de la intención de las Fuerzas Armadas de crear una “causa nacional” que sirviera para nuclear

al gobierno y a la sociedad civil en pos de un objetivo común, sino que además pretendía brindar una cohesión interna a un régimen signado por duras tensiones intrafuerza e interfuerzas.

A continuación y con puros fines analíticos se efectuará un ejercicio de traspolación: el mismo consiste en tomar este particular esquema de toma de decisiones, que Tulchin aplica al caso Malvinas, y utilizarlo para tratar de explicar la campaña en Centroamérica. En este caso el Ejército Argentino optó por una incursión militar fuera del territorio argentino sin someter tal medida a las revisiones, los canales y los controles de la diplomacia formal ni mucho menos de la sociedad civil. Es más, la operación se condujo bajo un riguroso secreto y a través de lo que algunos autores (como es el caso del politólogo Fabián Bosoer) denominan como “diplomacia paralela” o “paradiplomacia”. Tal concepto hace referencia a una diplomacia ejercida por actores sub-nacionales y que tiene la particularidad de escapar al control o el conocimiento de los centros formales que administran los asuntos exteriores de un Estado-nación. La “paradiplomacia” o “diplomacia paralela” puede ser coordinada, complementaria o diametralmente opuesta a la diplomacia ejercida por los ministerios de Relaciones Exteriores. Aquí lo que se pretende es subrayar el grado de autonomía con el que contaban ciertos estamentos sub-nacionales para ejercer una diplomacia propia. La opción por el uso del término “paradiplomacia” o “diplomacia paralela” conlleva una toma de posición teórica. Discusión en la que no se detendrá este trabajo. Simplemente –y con la idea de utilizar herramientas conceptuales propias– en esta disertación se utiliza el concepto descriptivo de “diplomacia militar secreta”, para aludir con ello a una política que tenía las siguientes características:

- se manejó con riguroso secreto,
- principalmente a través de altos oficiales pertenecientes al Batallón 611 de infantería del Ejército,
- y por canales distintos de los formales (Ministerio de Relaciones Exteriores, embajadas, misiones diplomáticas, etc.)

V.2. La guerra de Malvinas. Una lectura errónea del escenario internacional

La intervención de los militares argentinos en la región de América Central tuvo un peso decisivo en el proceso de toma de decisiones del gobierno militar para pasar a la acción armada directa con el fin de recuperar el control efectivo de las Islas Malvinas. Este era un anhelo y una demanda compartida tanto por militares como por civiles, y que a lo largo de la historia argentina había adquirido el rango de “causa nacional”. La reivindicación de Malvinas estaba tan presente en el imaginario colectivo de la época que incluso la Multipartidaria²⁹ en un libro publicado en febrero de 1982 titulado *La propuesta de la Multipartidaria* –en donde especifica su proyecto basado en un acuerdo sobre objetivos y políticas nacionales– exigía además “la inmediata devolución de las Malvinas”. [Multipartidaria. 1982: 155-157].

En lo que respecta específicamente a los planes del gobierno militar, Carlos Juan Moneta sostiene que la decisión de tomar el archipiélago por la vía armada se gestó entre diciembre de 1981 y enero de 1982, y que el plan original fechaba la posible operación bélica entre agosto y octubre de 1982. No obstante, muchos historiadores coinciden en que la huelga y movilización del 30 de marzo de ese mismo año –en un contexto de grave crisis económica y de pérdida de espacios políticos por parte de la dictadura– precipitó a la cúpula militar a adelantar la recuperación del archipiélago para el 2 de abril. Pero sea cual fuere la fecha, lo cierto es que la idea que tenían los estrategas militares argentinos era que una acción heroica en las Malvinas tendría efectos legitimadores en el régimen militar purificándolo de los actos de corrupción, de su política represiva, del deterioro de la economía y de sus violaciones a los Derechos Humanos. Además, siguiendo a Fontana, una operación militar exitosa serviría para lograr la cohesión de las Fuerzas Armadas tanto a nivel intra como interfuerzas.

Ahora, ¿qué rol específico y puntual jugó la campaña extraterritorial del Ejército en Centroamérica en la proceso de toma de decisiones del gobierno militar argentino para recuperar por vía de las armas el archipiélago de las Islas Malvinas? La respuesta parece estar en un doble fenómeno. En primer lugar, en una sobreestimación del rol internacional de la Argentina y, en segundo término, en una subestimación tanto de la

²⁹ La Multipartidaria, fue un mecanismo coordinador de acción conjunta de los partidos políticos creada en 1981 en Argentina. Estaba integrada por los partidos Unión Cívica Radical, Partido Justicialista (peronista), Intransigente, Demócrata Cristiano y Movimiento de Integración y Desarrollo, y tenía como objetivo presionar a la dictadura militar para que abandonara el poder y se estableciera un régimen democrático. La multipartidaria se disolvió el 10 de diciembre de 1983, una vez asumido el gobierno democrático del Doctor Raúl Alfonsín.

reacción de Inglaterra como del apoyo de su principal aliado de la OTAN, los Estados Unidos.

Para Moneta la intervención militar en Centroamérica es el dato clave a la hora de entender la errada autopercepción de los estrategas militares argentinos:

“Se busca obtener un papel destacado y la inserción de Argentina en el sistema estratégico occidental mediante una activa participación en el esquema norteamericano de seguridad para América Latina, contando con Centroamérica como área privilegiada. A ello debía sumarse, según esta óptica, el rol que naturalmente le correspondía a la Argentina en la defensa del Atlántico Sur. Esto incluía el propósito –largamente anhelado por la Marina de Guerra y algunos jefes del Ejército– de establecer un acuerdo con la República Sudafricana y con los países del Atlántico Sur Sudamericano –la Organización del Atlántico Sur (OTAS)– para la seguridad del área oceánica comprendida entre los conos de África y América Latina, ante lo que se percibe como un proceso de continua expansión comunista” [Moneta. 1984a: 129].

A esta particular lectura del escenario internacional hay que añadir un factor adicional, a saber: el temor compartido por parte de los oficiales argentinos de alta graduación de que la OTAN pretendiera expandir su jurisdicción hacia el Atlántico Sur. En ese cuadro, las Malvinas en manos de los ingleses podía ser una pieza fundamental ya que este país estaba en condiciones de ceder el territorio isleño para tales propósitos. Como respuesta a esa hipótesis, la Argentina respondía con su anhelo de crear la OTAS, previa recuperación del archipiélago.

En el marco de este complejo contexto internacional los militares argentinos sobredimensionaron sus relaciones estrechas y el buen entendimiento ideológico con el gobierno de Ronald Reagan. Las razones de este sobredimensionamiento hay que buscarlas según Moneta en cierta rigidez de los conceptos ideológicos prevalecientes “resultado de una internalización de la tesis del ‘enemigo interno’ y del sentido trascendente inculcado por la doctrina de las fuerzas armadas norteamericanas a la cruzada contra la URSS”. Tal sobredimensionamiento se une además a “una visión provincial de los hechos mundiales y una notablemente distorsionada percepción de la propia capacidad” [Moneta. 1984a: 131]. El autor encuentra la raíz de esta particular configuración ideológica en la lejanía y marginalidad relativa de la Argentina respecto de

los grandes centros de poder y, en un grado importante, a la deficiente formación cultural y política de la mayor parte de los cuadros de oficiales de las fuerzas armadas.

A esta altura del análisis se puede afirmar ya con toda seguridad que la decisión argentina de ocupar militarmente las Malvinas fue un proceso complejo en el que jugó un papel importante la intervención en la crisis centroamericana. Pero resulta necesario subrayar que tal intervención nunca fue concebida en sus orígenes como un instrumento de negociación o intercambio para conseguir la neutralidad de los Estados Unidos en caso de un eventual conflicto armado con Gran Bretaña. En rigor de verdad el operativo "Contra" fue el resultado del gradual expansionismo militar argentino en toda la región. Sin embargo, a medida que la Argentina se involucraba cada vez más en la empresa antisandinista tanto los globalistas pragmáticos como los cruzados occidentalistas del Ejército coincidieron en que su campaña extraterritorial en América Central podía constituir "una carta de peso" para conseguir el apoyo de los Estados Unidos. Los hechos terminaron por demostrar lo erróneo de este cálculo: los Estados Unidos privilegiaron su alianza histórica y estratégica con su principal socio de la OTAN, en lugar de la más ocasional y coyuntural alianza con la Argentina.

Al respecto de la subestimación de la reacción inglesa y del apoyo norteamericano para con su aliado de la OTAN cabe señalar que el propio presidente Galtieri reconoció públicamente que su gobierno esperaba una actitud pasiva de parte de los ingleses y que, en todo caso, si reaccionaban, lo harían de una forma moderada. Pero la mayor sorpresa vino de parte de los norteamericanos cuando definieron su apoyo casi unánime a sus socios de la OTAN. Sobre este punto resultan esclarecedoras las palabras del propio general Galtieri:

"Debo decir que guardo un gran rencor porque los norteamericanos saben muy bien que siendo comandante del Ejército, es decir, antes de ser presidente, siempre traté de acercarme a ellos y a su administración, desanudar un mutuo entendimiento que se había debilitado durante la administración anterior... Fue muy decepcionante cuando (Alexander Haig) se puso de parte de los ingleses..., lo peor es que Reagan y su plana mayor hicieron lo mismo. A decir verdad, los argentinos comparten mi opinión de que esto es una traición" [Moneta, 1984a: 137. Las declaraciones de Galtieri fueron tomadas del diario *El Nacional* de Caracas, 16 de junio de 1982, p A-8]

Esta decepción revela un notable desconocimiento respecto del peso relativo que para el esquema estratégico mundial de los Estados Unidos tenía (y aun tiene) Gran Bretaña, frente al carácter coyuntural y volátil del entendimiento experimentado durante la presidencia del general Galtieri entre la administración Reagan y el gobierno militar argentino. Para Moneta son dos los factores que han contribuido a este error de apreciación, a saber:

- el carácter de “amigos privilegiados” de los Estados Unidos que según el régimen militar había adquirido nuestro país, y
- los sondeos previos que el régimen había realizado sobre el tema Malvinas con algunos funcionarios de la Administración Reagan.

La primera interpretación se apoya en que los militares argentinos consideraban su campaña en América Central como un gran aporte de la Argentina a la estrategia de contención del comunismo elaborada por los Estados Unidos en torno al conflicto en dicha región.

En segundo término, la “sorpresa” del gobierno militar ante lo que ellos consideraban una “traición” de parte de los Estados Unidos parece fundamentarse en contactos y conversaciones previas que “pudieran haber hecho referencia a estos temas de manera indirecta, y que fueron mantenidas con destacados militares y personalidades civiles de los niveles superiores de la administración Reagan. Entre ellos encuentra la embajadora Kirckpatrick y el subsecretario para Asuntos Latinoamericanos, T. Enders.” [Moneta. 1984a: 138]. Sin embargo, el propio general Galtieri reconoció en una entrevista que concedió a los periodistas Eduardo Aliverti y Néstor Montenegro que su gobierno actuó autónomamente y sin hacer demasiadas consultas a los Estados Unidos:

“Queda claro entonces que no teníamos el guiño de los norteamericanos. De lo contrario, las cosas no hubieran terminado como terminaron. Por lo demás no vimos la necesidad de hacerlo ya que, reconozco, suponíamos que los Estados Unidos como integrante de la OEA, como suscriptor del TIAR, como país americano, en definitiva, no nos darían la espalda. Creíamos que iban a adquirir más relevancia sus lazos con Latinoamérica que aquellos que los unen con un aliado extracontinental. Evidentemente, nos equivocamos” [Montenegro y Aliverti. 1982: 24-25].

V.3. Efectos inmediatos de la Guerra de Malvinas en la crisis centroamericana: de la sorpresa a la superación del síndrome Vietnam

Resulta interesante aquí analizar el efecto que ha tenido el conflicto del Atlántico Sur en el planteo original de los Estados Unidos de cara a la crisis en América Central. Antes de la ocupación argentina del archipiélago, los Estados Unidos analizaban la crisis del istmo centroamericano desde una perspectiva globalista y diseñaban sus planes desde un condicionante muy inhibitorio: el síndrome Vietnam. Con respecto al globalismo el analista internacional Luis Maira señala en un artículo fechado en noviembre de 1983 que:

“...todo el enfoque de la política norteamericana hacia América Latina se ha basado durante el gobierno republicano en un globalismo de raíz estratégica. Esto significa que a juicio de los especialistas que definieron el actual esquema de política exterior norteamericana, la región se ha convertido en un espacio de confrontación Este-Oeste debido tanto a las expectativas de la expansión soviética como al comportamiento crecientemente defensivo asumido por el campo capitalista” [Maira. 1983a: 5].

Es precisamente este esquema de análisis el que se reveló como frágil e inadecuado luego de Malvinas. Según Maira, el planteo globalista original para hacer frente a la crisis centroamericana que habían ideado los republicanos antes de su llegada a la Casa Blanca incluía dos aspectos fundamentales:

- a) impulsar una línea política desde los Estados Unidos para promover la instalación de un “cinturón” de países democráticos, cuyos gobiernos, producto de elecciones deberían contribuir activamente a la derrota del movimiento revolucionario de El Salvador [...] y, paralelamente, al aislamiento del gobierno sandinista de Nicaragua.
- b) La definición de una línea militar que permita al presidente Reagan el escalonamiento y combinación de las siguientes opciones militares:
 - 1- El apoyo militar sustantivo al gobierno salvadoreño para respaldar la lucha contrainsurgente y, paralelamente, el impulso a las acciones políticas y militares de las fuerzas antisandinistas, ya que se atribuía al gobierno nicaragüense una creciente proclividad a los intereses soviéticos
 - 2- La integración de otros actores del área centroamericana en la escena de los conflictos, reforzando militarmente los a los gobiernos aliados y suscribiendo compromisos activos que apoyaran el plan de “regionalización restringida”.

- 3- El involucramiento militar de otros países latinoamericanos a través de los mecanismos idóneos ya establecidos para el caso de una “regionalización amplia”.
- 4- El acondicionamiento y desarrollo de una intervención militar directa – fijación de oficialidad y tropa norteamericana en bases navales, terrestres, logísticas, de inteligencia, comunicaciones, etc.– que sin pasar a la fase de combate directo de los norteamericanos, respaldara la aplicación escalonada o combinada de las tres opciones anteriores.
- 5- La intervención directa de con combate de tropas norteamericanas, ya sea en la perspectiva de una invasión a El Salvador o en la “defensa” de Honduras y/o Costa Rica frente a Nicaragua. [Maira. 1983a: 7]

Una vez expuesto el plan inicial se observa que luego de la llegada de Ronald Reagan a la Casa Blanca este se comenzó a implementar y de un modo decidido, a tal punto que para el año 1982 el esquema del “cinturón democrático” ya estaba completo. La idea era aislar a los movimientos revolucionarios tanto de Nicaragua como de El Salvador de modo tal que pareciera que la crisis centroamericana era producto del conflicto “entre la Comunidad Democrática del área y los esfuerzos expansionistas del Este a través del FMLN salvadoreños y del gobierno sandinista de Nicaragua”. [Maira. 1983a: 25]. Pero, como ya se señaló, todo este diseño original se vio fuertemente desarticulado a partir de la irrupción de un hecho casi sorpresivo en el escenario internacional: la Guerra de Malvinas. El conflicto del Atlántico sur vino a revelar la fragilidad general de las alianzas militares políticas que Estados Unidos tejió con América Latina a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta, época en la que llegaron a su pico de mayor poderío exterior. Sobre este punto para Maira:

“El conflicto del Atlántico Sur probó que cuando dos aliados de Estados Unidos tienen un interés nacional en juego, en las condiciones actuales ya no se subordinan a los dictados de la política norteamericana. Y lo que es más grave es que esta regla se cumple aún más rigurosamente, mientras más importantes sean los socios cuyos intereses entran en pugna.” [Maira. 1983a: 26].

Además la guerra de Malvinas vino a comprobar la desmesura del enfoque globalista de la administración republicana: ¿Cómo dar una respuesta adecuada a una confrontación entre dos aliados de peso como Gran Bretaña y Argentina cuando todos los acontecimientos de América Latina eran interpretados en la racionalidad de la contención al comunismo? ¿Cómo entraba la crisis del Atlántico Sur en el esquema de confrontación Este-Oeste entre Estados Unidos y la URSS?

En rigor, el conflicto de Malvinas obligó a los Estados Unidos a optar entre dos tratados: o la OTAN o el TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca). La opción por su aliado de la OTAN le trajo a los Estados Unidos un alto costo político en la región latinoamericana cuyos gobiernos empezaron a percibir que el Sistema Interamericano carecía de reciprocidad. Es decir que los países latinoamericanos observaron que los Estados Unidos concebían al TIAR como una herramienta para nuclear en torno de sí la capacidad militar latinoamericana frente a un eventual conflicto bélico con la URSS, pero que en rigor se trataba de un compromiso que no era recíproco, ya que no implicaba el mismo grado de obligación cuando el conflicto bélico era entre un país de la región (que no sea Estados Unidos) y otro poder occidental.

Además del descrédito norteamericano entre los gobiernos latinoamericanos, otra consecuencia inmediata y de efectos todavía más concretos generadas por el conflicto de las Malvinas y el apoyo de Reagan a Gran Bretaña, fue la pérdida por parte de los norteamericanos del “instrumento más importante para la intervención en Centroamérica en base a fuerzas latinoamericanas: los contingentes militares argentinos”. [Maira. 1983a: 30].

De acuerdo con este último dato se puede postular que quizá la principal repercusión de la guerra en el Atlántico Sur en el conflicto centroamericano sea que los Estados Unidos se vieron ante la necesidad de superar su síndrome Vietnam, y como resultado de ello terminaron involucrándose más abiertamente en la guerra de baja intensidad que desde Honduras libraban los contingentes de la ex Guardia Nacional somosista y que desde Costa Rica lideraba el ex comandante sandinista Edén Pastora. Con ello la “Contra” dejó de ser una creación con impronta argentina para pasar a tener el estilo y sello norteamericano. Una vez asumido el control total del proyecto “Contra” para la CIA no fue una tarea fácil hacer confluir en una misma dirección a grupos políticos e ideológicos tan disímiles. Sin embargo, la empresa norteamericana de amalgamar una “Resistencia Nicaragüense” con mando unificado se concretó por fin en 1987, pero en un contexto internacional diferente.

Por el lado de los militares argentinos, distintas fuentes señalan que los asesores de esa nacionalidad siguieron operando en América Central hasta finales de 1984. Como se

explicó más arriba, las relaciones entre argentinos y norteamericanos nunca resultó fácil y menos aún después de la Guerra de Malvinas. El hecho de que la participación argentina en el istmo se haya prolongado hasta los dos primeros años del gobierno democrático de Raúl Alfonsín es un indicador que viene a confirmar el la hipótesis de que los militares argentinos perseguían objetivos propios en su campaña centroamericana y que, por lo tanto, no obraban bajo el auspicio o las órdenes de los Estados Unidos. Nuevamente la tesis de la autonomía se impone como explicación.

La Guerra de Malvinas es un acontecimiento que generó (y todavía genera) un arduo e interminable debate en el ámbito de la política y las relaciones internacionales. En el contexto de la presente investigación, la crisis del Atlántico Sur y su vinculación con la crisis centroamericana se impone como un dato insoslayable que alerta sobre de las formas de actuación de la Argentina en las arenas de los conflictos internacionales de finales de los '70 y principios de los '80. Una actuación que más allá de los ribetes a veces tragicómicos de los personajes involucrados revela una larga y ansiada aspiración tanto de los civiles como de los militares argentinos: el deseo y la búsqueda de mayores cuotas de autonomía en el escenario internacional.

VI. LA DIVISIÓN DEL PRT-ERP Y UN PASAJE A NICARAGUA

*“Pobladores, obreros y estudiantes
ya no basta con levantar la voz.
Hay que poner en alto el estandarte
y fusil en mano hacer la revolución.*

*Cando la hora de disparar asome,
hermano, no vaciles y acuérdate que es
el comienzo de un fuerte redoble
y que es el pueblo el que tomará el poder.”*

(Fragmento de la canción “Canto al Che”)

Hacia 1979 el la cúpula del PRT-ERP, además de un numeroso grupo de sus militantes, se hallaba en el exilio. Se habían instalado en España, Francia e Italia para sobrevivir a la fuerte represión que el régimen militar había desplegado en todo el territorio argentino. Varios ex guerrilleros coinciden en que la caída en combate de su máximo líder, Mario Roberto Santucho, junto a otros miembros del Comité Central, y el asesinato o desaparición de un número muy amplio de sus cuadros políticos y militares significó una muy dura derrota militar. Asume la dirección del Partido Luis Mattini y ya en el exilio se produce la fractura de esta organización político militar.

En este capítulo se abordan las motivaciones de los guerrilleros argentinos para participar en Centroamérica. Se analiza su estrategia continental, sus planes de retorno a la Argentina, su poder de fuego y su percepción respecto de la colaboración entre las dictaduras de Argentina y Nicaragua. Para ello se cuenta con el testimonio de tres ex guerrilleros: Daniel De Santis, ex miembro del Comité Central al momento de producirse la ruptura del partido; Ana María Sívorí, combatiente del PRT-ERP y ex esposa de Enrique Gorriarán Merlo (alto dirigente del Partido y fundador del Movimiento Todos Por La Patria-MTP); Jorge “El Colo” Marcos, ex combatiente del PRT-ERP. Los tres entrevistados estuvieron en Nicaragua durante los años en que se organizaba el nuevo Estado sandinista.

VI.1. La división del PRT-ERP y el dilema de volver o no a la Argentina

Existen varias interpretaciones acerca de los determinantes de la división del PRT-ERP. Para este trabajo se tomará la interpretación ofrecida por el grupo liderado por Enrique Gorriarán Merlo, esto a razón de que ese fue el grupo que colaboró directamente con la Revolución Sandinista. Los miembros de esta facción enfatizan que el elemento clave para entender la ruptura del partido y su opción por Nicaragua era una fuerte vocación internacionalista y de colaboración con la lucha revolucionaria en cualquier país del mundo en que esta se desarrollara. Se pondera el ejemplo de otros movimientos guerrilleros como el Vietcom, el Movimiento 16 de Julio de Cuba, y se exalta la figura de líderes internacionalistas como Ernesto “Che” Guevara. Sobre estos aspectos los entrevistados afirman que la opción por intervenir en Nicaragua se les presentaba como un compromiso ineludible:

“Lo que pesó en la decisión fue la visión internacionalista que teníamos, la colaboración con otras revoluciones. Estuvimos en la IV Internacional y luego nos fuimos para conformar una Internacional Revolucionaria con el MIR, los Tupamaros y el ENL boliviano. Entonces, había una revolución en marcha, nosotros teníamos la posibilidad de colaborar de modo que era bastante obvio lo que un revolucionario iba a hacer... No se discutió: se presentó la situación y se decidió como algo natural. Además desde el punto de vista particular nuestro nos permitía reorganizarnos en el marco de una lucha revolucionaria. Era obvio. No haber hecho eso solamente se podía justificar si uno había abandonado la lucha revolucionaria. Se caía de maduro. No había posibilidad de no participar.” [Entrevista con Daniel De Santis, 14/09/2010]

En un mismo registro Sívori sostiene:

“A nosotros nos guiaba el pensamiento del Che Guevara, de Marx, de Lenin y de los vietnamitas. Sería el ir a luchar a donde más se necesite dentro de un pensamiento revolucionario. Nosotros estábamos imbuidos dentro de todo ese pensamiento y toda esa práctica. [...] Todos nos incorporábamos al partido pensando que podíamos luchar, caer o no en cualquier parte. [...] recibimos la información de que estaban haciendo un pedido de carácter internacional para apoyar a la Revolución Nicaragüense a través de compañeros que tuvieran organizaciones que tuvieran experiencia exactamente en la toma de guarniciones militares.” [Entrevista con Ana María Sívori, 16/10/2010]

Asimismo, los tres entrevistados coinciden en que además de la visión internacionalista otro elemento pesó en la opción por Nicaragua, a saber: participar en la Ofensiva Final del FSLN como un paso previo para organizar el retorno a la Argentina.

“Finalmente, el PRT queda dividido en dos grupos: los que queríamos volver y los que se querían quedar. [...] ¿Cómo terminó todo esto? En que nosotros estábamos débiles materialmente: en documentación y en dinero. [...] Entonces con este pedido [del Frente Sandinista] Enrique [Gorriarán Merlo] piensa que es conveniente que si había que morir se podía morir en cualquier parte. Pero además, luchar en Nicaragua podía ser más conveniente en un momento de tanta debilidad nuestra. *Él lo planteó prácticamente así: ‘Optemos por Nicaragua, vayamos a luchar allí, demos todo lo que podamos dar a la Revolución Sandinista, y después según lo que pase podremos volver. Podemos morir, así como puede la revolución triunfar y podremos volver en otras condiciones.’*” [Entrevista con Ana María Sívori, 16/10/2010]. [Cursiva nuestra]

Continuando con esta línea argumental, De Santis afirma:

“Hay que aclarar que nuestra participación en Nicaragua fue producto de una decisión internacionalista natural, pero que además nos permitía la posibilidad de reorganizarnos. No es que fuimos a Nicaragua a reorganizarnos. Dicho de esa forma suena muy utilitario. Es que además no fue así. Surgió de nuestra concepción política internacionalista y especialmente latinoamericanista. No se discutió, no hubo necesidad de discutirlo. Cuando se propuso el paso siguiente fue empezar a organizarnos para ir. No hubo una discusión si íbamos o no íbamos. Y como complemento de ello es que nos permitía reorganizarnos pero no en ya Europa, sino el Latinoamérica y en el marco de una revolución triunfante.” [Entrevista con Daniel De Santis, 14/09/2010]

Con más matices Jorge “El Colo” Marcos concuerda con los demás entrevistados:

“...yo no sé si fue a Tomás Borge o Daniel Ortega quién se encontró con El “Flaco” Santiago Irurzún en Cuba y allí le propone participar en la insurrección porque necesitaban compañeros. Y como ellos sabían en la situación en que estábamos... que teníamos problemas con la división del partido, y allí se decide a ir a Nicaragua. La división ya estaba hecha, no había más conversa, no había más que discutir, y tomaron la decisión de volver al país. *Porque, en realidad, la polémica era volver al país.*” [Entrevista con Jorge “El Colo” Marcos, 09/10/2010]. [Cursiva nuestra]

De los anteriores testimonios podemos deducir que la polémica de fondo era “volver al país” en el marco de una lucha latinoamericanista que incluía el paso por Nicaragua. Por lo tanto los testimonios plantean una relación directa entre ir a Nicaragua con el retorno a la Argentina. Es decir que ya en la concepción misma de la colaboración con el FSLN

está planteada la idea de retorno a la Argentina. La decisión tomada por los liderados por Gorriarán Merlo adoptó la forma de una apuesta fuerte –casi desesperada– al triunfo de un tercero para lograr en una segunda instancia la reanudación de la “lucha revolucionaria” en el propio país.

Respecto de la decisión de quedarse en Europa o retornar a la Argentina previo paso por Nicaragua, los ex guerrilleros que se encuadraban detrás de esta última opción recalcan los esfuerzos por parte de Luis Mattini de evitar que el resto de los integrantes del PRT-ERP se enteraran del pedido expreso que les había formulado el FSLN. El posterior conocimiento de este pedido fue otro de los condimentos de la ruptura. Los esfuerzos por evitar un involucramiento con Nicaragua de parte del sector liderado por Mattini llegaron al extremo de que este se negó a darles fondos y a devolverle los pasaportes que tenía en su poder para que el grupo liderado por Gorriarán Merlo pudiese llevar adelante la operación.

Todo esto revela una conflictiva dinámica intra-partidaria. Es allí en donde hay que buscar las principales motivaciones del sector guerrillero que intervino directamente en la guerra civil nicaragüense. La colaboración entre las dictaduras de Argentina y Nicaragua no tuvo ninguna incidencia en la toma de decisiones. Incluso era algo que si bien se sospechaba, no se conocía en profundidad. Tales vínculos salieron a la luz después del triunfo sandinista: luego de que Anastasio Somoza Debayle huyera a los Estados Unidos los sandinistas tomaron el búnker del ex dictador y allí encontraron una serie de documentos entre los que se destacan algunas fotos de Somoza con el Almirante Emilio Eduardo Massera y documentos con la caracterización de Montoneros y del PRT-ERP. Pero al momento de optar por Nicaragua tales vínculos militares no tuvieron ninguna incidencia en el proceso de toma de decisiones de los guerrilleros. Sobre este punto el testimonio más elocuente es el de Ana María Sívorí quien ante la pregunta de si la colaboración entre ambas dictaduras influyó la decisión de su sector la respuesta fue categórica:

“No, porque la relación de los milicos argentinos con Nicaragua no la conocíamos a fondo. No, para nada. Nosotros dijimos ‘vamos a luchar a donde sea pero acá en Europa no nos quedamos’. Estaba re-claro que Europa era la tumba nuestra en cuanto a la recuperación de la lucha revolucionaria. [...] En Argentina el fracaso nuestro había llevado a una pacificación muy cruenta, entonces ahí, en una de esas ofrecieron sus servicios a otros países. Tenían mucha relación a través de la Escuela de Las Américas. [...] Allí se reunían ellos, también hubo nicaragüenses que vinieron

a las academias argentinas, pero el hilo conductor fue la Escuela de Las Américas allí se reunían todos, así como nosotros nos reuníamos en Cuba o Nicaragua.” [Entrevista con Ana María Sívori, 16/10/2010]

Luego de fuertes debates en el seno del partido y ya producida la escisión, el contingente argentino liderado por Gorriarán ingresó a Nicaragua desde la frontera con Costa Rica el 5 de julio de 1979 (44 días antes del triunfo de la revolución) y se integró a Frente Sur del sandinismo que estaba liderado por Edén Pastora, el Comandante Cero, quién había cobrado celebridad tras la toma del Palacio Legislativo en Managua durante 1978. [Salinas; Vilallonga. 1993: 45].

VI.2. Internacionalismo revolucionario versus exportación del “método argentino”

El 19 de Julio de 1979 las fuerzas militares sandinistas divididas en cuatro frentes se reagrupan en Managua. La derrota de la Guardia Nacional deviene en desbandada y los que no se han rendido huyen hacia países limítrofes. Se instala un Gobierno de Reconstrucción Nacional. Ya desde los primeros días Gorriarán Merlo participará activamente en la organización de la seguridad del nuevo Estado. Su ámbito de desempeño será el Ministerio del Interior encabezado por el Comandante Tomás Borge. Paralelamente, en Honduras comienzan a reagruparse los remanentes de la ex Guardia Nacional, embrión de lo que más tarde pasará a llamarse “la Contra”. A ese grupo se sumarán algunos miembros de las MILPAS (Milicias Populares Antisomosistas) pequeños ejércitos de campesinos que participaron de la insurrección y que desencantados rápidamente por el rumbo del nuevo gobierno se pasan a “la Contra”. Rebautizadas ahora como Milicias Populares Antisandinistas, constituirán la base campesina del movimiento contrarrevolucionario. Ese será el terreno en el que operaban los asesores militares argentinos luego de la derrota de la dictadura Somocista.

Respecto del entrenamiento de “la Contra” en manos de militares argentinos, los partidarios de Gorriarán Merlo coinciden en que ese dato se conoció rápidamente debido a la participación activa de su líder en la organización de la seguridad del Estado sandinista.

“Sí, había un amplio conocimiento porque Gorriarán participa en la inteligencia del nuevo gobierno. Integra el comando que ajusticia al

Comandante Bravo, jefe de las fuerzas militares somocistas contrarrevolucionarias. Y además como parte de ese trabajo de inteligencia fue detenido un capitán argentino, Héctor Francés. Se pasó su interrogatorio por televisión, yo lo vi, y creo que el interrogador fue Gorriarán. Un argentino interrogando a otro argentino. Y allí Francés explicó la participación del Ejército Argentino en la represión de los movimientos revolucionarios en América Latina. Y decía que los jefes del Ejército cuando decidieron ocupar las Islas Malvinas creyeron que los servicios prestados por la Argentina al imperialismo norteamericano en Centroamérica, particularmente en Nicaragua, eran suficientes para que los Estados Unidos no intervinieran o se mantuviera neutral.” [Entrevista con Daniel De Santis, 14/09/2010]

Respecto de la participación de Gorriarán Merlo en los servicios de inteligencia sandinistas, los ex guerrilleros enfatizan el alto grado de responsabilidad de su líder y la ejecución de delicadas misiones tendientes a neutralizar a “la Contra”:

“La Contra tardó en organizarse porque fue una desbandada eso. Además el grupo del Pelado [Gorriarán Merlo] eliminó a Bravo que era el jefe de la Contra en Honduras, y a Somoza en Paraguay. Posteriormente eliminó a Bermúdez que era jefe de la Contra También³⁰.” [Entrevista con Jorge “El Colo” Marcos, 09/10/2010].

A la hora de interpretar la colaboración del Ejército Argentino con “la Contra” los ex guerrilleros coinciden en que este perseguía objetivos propios que nada tenían que ver con la presencia del PRT-ERP y Montoneros actuando en la misma región. Respecto de este punto se planteó textualmente la siguiente pregunta: “¿Usted cree que los militares argentinos hubieran intervenido tan activamente en la región centroamericana si no fuera que el PRT-ERP también operaba en la zona?”. En este caso todas las respuestas fueron tajantemente negativas, y nos permiten asomar a una conclusión provisoria: los militares argentinos tenían motivos para intervenir en América Central que eran independientes al hecho de que en ese mismo teatro de operaciones había guerrilleros del PRT y Montoneros. El argumento de los ex guerrilleros es que el Ejército Argentino envió asesores militares no sólo a Nicaragua, sino también a Guatemala, Honduras y El Salvador, esto es, países en los que el PRT-ERP no operaba. Además, enfatizan el hecho de que los vínculos entre la dictadura argentina y la nicaragüense son previos que el PRT-ERP entrara en escena. Sobre este punto Daniel De Santis llama la atención

³⁰ Se refiere al coronel Enrique Bermúdez Varela, conocido como Comandante 3-80. Militar nicaragüense durante los años de Somoza y fundador del principal grupo que integró la “Contra”, Fuerza Democrática Nicaragüense (FDN). Murió asesinado por desconocidos en Managua el 16 de febrero de 1991 en la playa de estacionamientos del Hotel Internacional de Managua. Algunas versiones indican que el asesinato se produjo como resultado de disputas entre las facciones “Contras” vinculadas con el narcotráfico. Otros sostienen que lo mataron agentes leales del FSLN.

respecto del contexto histórico y las dificultades que tenían los Estados Unidos para intervenir directamente en América Central, situación que se presentaba como ideal para los sectores del Ejército Argentino que se sentían inclinados a exportar el “método argentino” de lucha contra la subversión.

“Eso [la intervención de Ejército Argentino] es independiente de nuestra participación en Nicaragua. Ellos no fueron porque estábamos nosotros. Ellos ya estaban desde antes. Estaban ahí colaborando con la contrarrevolución. Era un servicio del Ejército Argentino al Ejército Norteamericano haciendo la tarea sucia que los norteamericanos no podían hacer. ¿De qué años estamos hablando? 1976 ó 1978. Todavía estaba fresca la derrota estadounidense en Vietnam. De modo que no podían intervenir. Y menos aún en Centroamérica. Se habrían desprestigiado mucho más que en Vietnam”. [Entrevista con Daniel De Santis, 14/09/2010]

Los tres entrevistados minimizan el impacto personal que les causó en su momento enterarse de que el Ejército Argentino estaba adiestrando a “la Contra”. Para ellos el “ser argentino” nunca fue condición de nada. Veían como algo “natural” la intervención militar argentina, pues, a su modo de ver, así como había argentinos “revolucionarios” había también argentinos “contrarrevolucionarios”.

VI.3. El poder de fuego y la estrategia “continental”

¿Hacia 1979 era el PRT-ERP una organización capaz de ensayar un retorno exitoso a la Argentina? ¿Constituía un peligro real para los planes de la dictadura argentina? ¿Cuál era el verdadero poder de fuego de esta organización político-militar?

Este resultó ser un punto algo urticante ya que al formularse esta pregunta sobrevinieron algunas discrepancias entre los entrevistados que hasta el momento venían teniendo un discurso homogéneo. Por ejemplo, De Santis enfatizó que la cuestión fundamental para la lucha revolucionaria es la decisión: “Nunca basamos nuestras decisiones político-militares de acuerdo a la cantidad de armas que teníamos.” Para De Santis las armas eran una “circunstancia”, las podían conseguir sacándoselas al enemigo o comprándolas en el mercado negro. En cambio, Jorge “El Colo” Marcos reconoce que para esas épocas se trataba de un grupo muy reducido de alrededor de 15 militantes con experiencia militar: “No eran compañeros del frente de masas, eran combatientes. Participaron en Colombia, Guatemala y participaron en la ejecución de Bravo y Somoza”. Finalmente, Ana

María Sívori brinda un panorama mucho menos alentador: “el poder de fuego cuando volvimos era nulo. Teníamos que empezar a desarrollarlo”. Sívori aclara que al escaparse del país el grueso de militantes y combatientes debió desprenderse de las armas. Sin embargo, el grupo liderado por Gorriarán Merlo aún creía en la factibilidad de reiniciar una lucha armada contra la dictadura militar, y en esa dirección obraron cuando emprendieron su vuelta a la Argentina inmediatamente después de llevar a adelante el atentado contra Somoza en Paraguay (1980). Para ese entonces tenían en mente la conformación de una nueva organización cuyas características no estaban aún definidas del todo.

Las discrepancias entre los entrevistados revela tres matices que se pueden dividir analíticamente en tres jerarquías: en primer lugar, con De Santis tenemos una vertiente política en donde las armas quedan en un segundo plano y se pondera la “decisión de lucha”; en segundo lugar, con Jorge Marcos tenemos una visión estratégica de corte realista en la que el reducido poder de fuego es un indicio que marca a las claras las verdaderas posibilidades de acción político-militar del grupo liderado por Gorriarán Merlo; mientras que, en tercer lugar con Sívori nos encontramos ante una estrategia más de corte pragmático en donde se describe un poder de fuego nulo que debía ser reconstruido en el largo plazo. Sobre este punto resulta interesante la descripción que realiza Sívori respecto de la estrategia político militar con vistas a su retorno a la Argentina:

“El plan que llevó adelante el PRT-ERP era tener dos zonas estratégicas: el noroeste, que era campesino y rural, y el resto del país, que era más bien urbano. En el noroeste pensamos que, en plena época de la dictadura y antes de 1983... [Había que] desarrollar una guerrilla rural. Estábamos luchando contra la dictadura. Y muy cuidadosamente, en las ciudades, porque teníamos conciencia de la masacre que habíamos sufrido. Y si nosotros repetíamos la misma política de antes nos íbamos a encontrar con muchas puertas cerradas y además con un trabajo de infiltración de los servicios de inteligencia que había dejado sembrado a su gente. Entonces volvíamos con un nuevo plan de no ir a lo viejo, sino comenzar con lo nuevo, que iba a ser muy dificultoso, por eso nos dimos un plazo largo. [...] Cuando elaboramos la táctica para la guerrilla rural lo primero que íbamos a hacer era reconocer el terreno y subimos al monte un grupo pequeñito: casi quince compañeros con experiencia militar. Yo estuve allí y estuvimos alrededor de ocho meses. [...] Pero se dio la guerra de las Malvinas y luego de la derrota “el Pelado” [Gorriarán Merlo] subió para decirnos que debíamos bajar.” [Entrevista con Ana María Sívori, 16/10/2010]

Con la derrota militar de Malvinas el panorama político nacional se modificó notablemente ya que a la salida de la conflagración las fuerzas armadas quedaron fuertemente desprestigiadas a la vez que se abría una situación política distinta que modificó la estrategia de los guerrilleros y les impuso la necesidad de poner todos los esfuerzos en la lucha civil relegando la lucha militar a un muy segundo plano. La dictadura se desmoronaba e iba dejando su paso a una liberación del juego político que se materializó con el llamado a elecciones generales para el 30 de octubre de 1983, de las que saldría ungido como presidente el Doctor Raúl Ricardo Alfonsín del partido Unión Cívica Radical.

Ya sea a través de la lucha armada o la lucha electoral, ya sea a través de la formación de un partido de cuadros, un ejército guerrillero popular o un movimiento político, el PRT-ERP siempre tuvo una clara vocación internacionalista. En el contexto de ese internacionalismo sus dirigentes hacían alusión a la emancipación latinoamericana. Todo ello nos plantea la necesidad interrogar acerca de cuál era en definitiva la estrategia continental de esta organización político-militar:

“En teoría, en nuestros artículos en *El Combatiente*³¹, la estrategia era continental. Pero eso, en teoría. En concreto, nosotros llegamos a la JCR: La Junta de Coordinación Revolucionaria que sólo tomaba países de América del Sur y limítrofes. Porque tampoco nosotros no éramos “la” organización. Llegamos a tener creo que 4500 compañeros. Pero el hacer dentro de tu país no te permite en la práctica decir: ‘sí, vamos acá o allá’. Sí, en nuestra estrategia continental teníamos primero lo político: el afianzamiento de relaciones políticas con otras organizaciones revolucionarias, a tal punto que antes de la caída del *Robi* [Santucho] el partido había mandado una compañera a Estados Unidos y otro compañero a Europa, pero con asentamiento en Portugal cuando se produjo la Revolución de los Claveles, para también extender las relaciones al África que estaba en plena lucha anticolonialista. Y en Cuba había, a través de largas charlas con los cubanos, relaciones con la Unión Soviética. Todo eso ya se veía a fines del año 1974 y comienzos de 1975.” [Entrevista con Ana María Sívori, 16/10/2010]

Este testimonio pone el acento en las dificultades de llevar a lo concreto el internacionalismo pregonado en sus discursos y documentos. En rigor el PRT-ERP actuó internacionalmente pero siempre dentro del contexto de sus limitadas posibilidades materiales. Se trataba de una organización político-militar con escasas posibilidades de gravitar en la escena internacional, especialmente después de la derrota militar que habían sufrido a manos de la represión argentina y más aún luego de la división del

³¹ Periódico oficial de prensa y difusión del PRT-ERP fundado en febrero de 1968.

partido en el exilio. Se destaca sin embargo un alto grado de voluntad política para hacer de la adversidad una oportunidad. La opción casi desesperada por Nicaragua pudo asimilarse a una decisión de vida o muerte. Ello se sintetiza en la opinión de otra militante del PRT-ERP también consultada para esta investigación: al reflexionar sobre su colaboración con la Revolución Nicaragüense la doctora María Felisa Lemos concluyó:

“Yo estaba en París cuando me llega la noticia de que nos íbamos todos para Nicaragua. Cosa que a mí me puso muy contenta porque desde que llegué al exilio decía: ‘Yo no quiero morir acá, yo no quiero morir acá’. Y no sólo que no quería morir en exilio, sino que no quería morir en París, en Europa. Yo ya me estaba por ir a Mozambique como brigadista en donde todavía estaba Samora Machel³². Y fue allí cuando se empezó a mover lo de Nicaragua y allí fui.” [Entrevista con María Felisa Lemos, 09/10/2010]

VI.4. El plan de Gorriarán Merlo y la paciente impaciencia

Se ha dejado para el final el testimonio de una persona clave de esta historia: Enrique Gorriarán Merlo. Sus declaraciones no se contradicen con la del resto de los militantes del PRT-ERP que lo siguió hasta Nicaragua y permiten terminar la reconstrucción de las motivaciones del bando guerrillero. Gorriarán Merlo falleció el 22 de septiembre de 2006, pero dejó su testimonio en su libro *Memorias* y en una serie de entrevistas que un grupo de investigadores del Instituto “Gino Germani” de la Universidad Nacional de Buenos Aires le realizaron entre agosto y octubre de 2005 para el proyecto “Archivo de Historia Oral”. En uno esos encuentros, fechado el 5 de septiembre de 2005, Gorriarán Merlo brinda una serie de datos que amplían y complementan los testimonios de sus compañeros entrevistados para este trabajo. Dichos datos son:

- a- Los vínculos entre el PRT-ERP y el FSLN se remontan a 1972, luego de la fuga del Penal de Rawson. En tal oportunidad los dirigentes Roberto Santucho, Domingo Menna y Enrique Gorriarán Merlo conocen a Carlos Fonseca Amador, máximo líder y fundador del Frente Sandinista.

³² Presidente de Mozambique entre 1975 y 1986. Fue uno de los máximos líderes del Frente Para La Liberación de Mozambique (FRELIMO), movimiento político armado de orientación comunista.

- b- Las discusiones que en el exilio condujeron a la división del PRT-ERP se resumen a la decisión de retornar o no retornar a la Argentina:

“El eje de esa división aunque parezca simplista es que había un grupo de compañeros que decíamos que había que volver a la Argentina cuando terminara el recaudo y otro que no. Ellos pensaban que dada la virulencia de la dictadura y lo difícil de la situación era más conveniente la solidaridad y la denuncia [desde] afuera que fuera debilitando a la dictadura. Nosotros sentíamos que nuestra responsabilidad era distinta. Estábamos en el marco de esa discusión cuando me encuentro con Jacinto Suárez, responsable de relaciones internacionales del Frente Sandinista, [...] en Cuba en 1978 y allí me dicen del proyecto insurreccional que tenían y si nosotros podíamos participar en determinadas actividades específicas. En realidad nosotros no teníamos tantos especialistas como él presuponía así que sólo nos dispusimos a ir como combatientes. Cuando estábamos en el medio de la discusión de volver al país o quedarnos se produce eso y nos vamos a Nicaragua, porque no íbamos a esperar al año que viene. O era ahí o era nunca. [Enrique Gorriarán Merlo, 05-09-2005]

- c- Desde su concepción el proyecto de participación del PRT-ERP en la Ofensiva Final del FSLN en Nicaragua tenía como fin último retornar a la Argentina.
- d- Por razones de seguridad, el plan original de retorno a la Argentina tendría las siguientes características: “[...] desarrollar una actividad en el campo sin presencia política ostentosa... eso a partir de que habíamos comprendido la situación de masas con respecto a la dictadura a la espera de que se produzca un cambio. Mientras tanto ir tendiendo redes políticas muy delicadamente.” [Enrique Gorriarán Merlo, 05-09-2005]
- e- Además de la idea de retornar a la Argentina, otro elemento de peso en la decisión de la facción del PRT-ERP liderada por Gorriarán Merlo para intervenir en Nicaragua fue su “vocación internacionalista y latinoamericanista”. La idea es que todos los movimientos de liberación latinoamericanos se hallaban en el marco de la lucha contra la Doctrina de Seguridad Nacional. Y, por tal motivo, creían que cualquier país de la región que hiciera su revolución “era lo mismo que la liberación nuestra.” [Enrique Gorriarán Merlo, 05-09-2005].

- f- El número de combatientes del PRT-ERP que participaron de la Ofensiva Final fue de seis. Inmediatamente después del triunfo de la Revolución el 19 de julio ingresaron a Nicaragua alrededor 70 militantes más, hasta llegar a un número superior a 200.
- g- Las actividades en las que estos militantes se desarrollaron en distintos organismos del Estado y en la lucha contra la incipiente Contrarrevolución que se gestaba al norte del país en la frontera con Honduras.
- h- La dirigencia del FSLN estaba al tanto de los planes de retorno al país de la facción liderada por Gorriarán Merlo y “brindaron apoyo en cuestiones de documentación y en cuestiones necesarias para poder ingresar clandestinamente [a la Argentina].” [Enrique Gorriarán Merlo, 05-09-2005].

Finalmente, Gorriarán Merlo explica cómo se produjo el tan ansiado retorno:

“En Nicaragua se fueron sumando más compañeros y llegamos a ser más de 200 compañeros en distintas actividades. Pero los que estábamos conversando el proyecto [de retorno a la Argentina] era un grupo más reducido: unos 50 compañeros. En principio vino un grupo de 12 compañeros. Eso fue a principios de 1981 y estuvieron allí hasta la derrota de Malvinas. La idea era hacer un reconocimiento del terreno y cuando estuviéramos en condiciones recomenzar una resistencia de carácter armado hasta tanto la situación popular cambiara... la oposición a la dictadura se hiciera más abierta y se pudiera hacer un trabajo político también más abierto. [...] Entonces lo que habíamos pensado era volver a la resistencia armada contra la dictadura, de manera muy secreta, sin ver contactos que teníamos antes por probables controles de las fuerzas armadas. Y habíamos decidido comenzar por un reconocimiento del terreno en el noroeste de la Argentina, más concretamente en la zona de Jujuy frente al Ingenio Ledesma. [Enrique Gorriarán Merlo, 05-09-2005]

Sin embargo, los acontecimientos se desarrollaron de manera vertiginosa y los planes de reiniciar la “resistencia armada” se vieron drásticamente trastocados por la coyuntura política local:

“Nosotros pensábamos que con el tiempo eso se iba a revertir. No preveíamos que iba a ser por las Malvinas, preveíamos que iba a ser por otro tipo de evoluciones, pero pensábamos que se iba a revertir, y mientras tanto creíamos que era importante que existiera un punto de referencia en

el sentido de que alguien resistía todavía a las imposiciones de la dictadura. Lógicamente se corre el riesgo de que eso se pueda demorar un año – como duró en este caso– o 20, eso no lo sabíamos. Considerábamos que el deber nuestro era enfrentar a la dictadura y continuar la resistencia.” [Enrique Gorriarán Merlo, 05-09-2005]

Para concluir, nada mejor que recurrir al pensamiento de otro guerrillero con el objeto de comprender las razones y motivaciones que se ponen en juego al momento de tomar las armas en aras un proyecto que podría demandar hasta décadas de esfuerzo. Tomás Borge, miembro fundador del Frente Sandinista de Liberación Nacional y luego ministro del Interior durante los años de la Revolución Nicaragüense, narra sus experiencias y repasa aquellos años frenéticos en un libro que lleva como sugestivo título *La paciente impaciencia*, sintética metáfora que ilustra un contexto histórico que llevó a muchas personas a creer que el cielo podría tomarse por asalto.

En este capítulo se analizaron las motivaciones que impulsaron al bando guerrillero a intervenir en Nicaragua durante los años de la Revolución Sandinista. Se puso énfasis en los procesos decisivos luego de la ruptura del PRT-ERP y en la concepción de colaboración con Nicaragua como previo paso para intentar un retorno a la Argentina. Sobre este punto se puso hincapié en el concepto de internacionalismo revolucionario. Por último, se indagó acerca del poder de fuego de la organización político-armada y la estrategia continental del grupo liderado por Enrique Gorriarán Merlo. En el capítulo que sigue se abordan de lleno los objetivos y las motivaciones correspondientes al bando militar, situándolas en un eje cronológico en el que se combinan tanto el contexto internacional como el contexto interno particular de la Argentina de finales de los '70 y principios de los '80.

VII. LOS MILITARES

*“Son campesinos guerreros
esos valientes soldados,
son muchachos decididos
a destruir a los traidores
y a todos los comunistas
que vendieron nuestra patria la invasor”*

*“Comandos de la libertad,
Dios, Patria y democracia nos inspiran
a aniquilar al totalitarismo opresor
que quiere encadenar nuestra nación”*

(Fragmento de la marcha de la Resistencia Nicaragüense titulada
“Comandos de la libertad” – Mediados de los años '80)

Para entender las motivaciones que condujeron a los sectores cruzados occidentalistas del Ejército Argentino a emprender una campaña anticomunista extraterritorial se analizó el particular contexto internacional en el que esta se desarrolló. Bajo esa premisa se trabajaron los capítulos IV y parte del V, en donde también se analizaron los efectos de la guerra de Malvinas en la crisis centroamericana. Pero esa mirada será miope si no se analiza también su articulación con el contexto interno en el que se encontraba la Argentina durante esos mismos años. En concreto es necesario puntualizar las distintas etapas por las que atravesó la proyección internacional del Ejército Argentino. A los fines de esta investigación se tomarán los siguientes cinco períodos:

- La etapa previa a la toma del poder por parte de la Junta Militar el 24 de marzo de 1976.
- La etapa que va desde el 24 de marzo de 1976 hasta mediados de 1977.
- La etapa que va desde mediados de 1977 hasta noviembre de 1981.
- La etapa que va desde noviembre 1981 hasta el 2 abril de 1982.
- La etapa que va desde el 2 abril de 1982 hasta finales de 1984.

Nuevamente el criterio cronológico es el más apto para abordar la evolución de las motivaciones de los cruzados occidentalistas. Es en ese eje en donde las contradicciones

y las complejidades de esta problemática comienzan a ordenarse para dar lugar a una coherencia y racionalidad más definidas.

VII.1. Una respuesta global para una amenaza global (antes del 24 de marzo de 1976)

Hacia 1975 un documento secreto de circulación interna dentro del Ejército titulado “Síntesis de los orígenes, evolución y doctrina del PRT-ERP y la JCR”³³, ya alertaba sobre conformación de lazos y redes de solidaridad y coordinación entre los “grupos subversivos latinoamericanos”. El texto advierte sobre el peligro potencial que implicaba la internacionalización de la lucha revolucionaria.

El documento señala como un primer hito fundamental del “desarrollo de la agresión subversiva internacional” la celebración de la Conferencia Tricontinental en la Habana (Cuba) que se llevó a cabo entre el 6 y el 13 de agosto de 1966, con la asistencia de representantes de América, Asia y África. Al año siguiente, dentro del marco de la Tricontinental, el 31 de julio de 1967 se forma la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad):

“[...] quien determina que al aparato político marxista debe unírsele un aparato militar y es así que organiza la creación del Ejército de Liberación Nacional en cada uno de los países que habían conformado la Tricontinental. Como respuesta a esta determinación de la OLAS, en Bolivia se desarrolla la guerrilla rural del Che Guevara a partir de mayo de 1967” [EMGE. Secreta 404/1975]

El documento indica que en el año 1968 el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) liderado por Roberto Santucho se une al ELN boliviano. Otros grupos argentinos como el PCR (Partido Comunista Revolucionario), de extracción maoísta, y las FAP (Fuerzas Armadas Peronistas) se suman también a esa unidad. El objetivo era la creación de un frente guerrillero en el noroeste de argentino cuya finalidad era apoyar logísticamente a la guerrilla boliviana. Con la muerte en combate del líder guerrillero “Inti”

³³ Se trata del documento militar: Comando General del Ejército, EMGE, Jefatura II de Inteligencia, Anexo 1 (inteligencia) a la secreta Nro. 404/75 del Comandante en Jefe del Ejército, “Síntesis de los orígenes, evolución y doctrina del PRT-ERP y la JCR”, firmada por el coronel Carlos Alberto Martínez, Subjefe de Inteligencia del Ejército, Buenos Aires, 28 de octubre de 1975. Todas las frases textuales de este apartado corresponden a dicho documento que en adelante se citará como: EMGE. Secreta 404/1975.

Peredo en 1969 finaliza la guerrilla en Bolivia y se disuelve la unidad de los grupos revolucionarios argentinos.

También en 1969 se produce otro hecho trascendente. A instancias de su líder Santucho, el PRT rompe con la IV Internacional de orientación trotskista y se adhiere a la corriente de organizaciones revolucionarias latinoamericanas lideradas por Fidel Castro. Es en ese marco en que, inspirados por el pensamiento de Ernesto "Che" Guevara, se empieza a organizar un foco guerrillero en la provincia argentina de Tucumán. Hasta que el 29 de julio de 1970 se lleva a cabo el V Congreso del PRT en el que se decide la creación del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) como un brazo armado del Partido.

Todas estas acciones de la izquierda revolucionaria eran vigiladas con preocupación por parte de los militares argentinos. En ese sentido el citado documento de inteligencia militar hace un fuerte hincapié particularmente en la amenaza que implicaba la conformación de un organismo coordinador de las guerrillas sudamericanas. Los servicios de inteligencia indican al máximo líder del PRT, Mario Roberto Santucho como el propulsor de un organismo cuya simple existencia constituía un verdadero motivo de alarma para las fuerzas militares de la región. Se denominaba Junta Coordinadora Revolucionaria (JCR), y era un órgano supranacional cuya función era organizar y combinar la lucha revolucionaria de los movimientos guerrilleros latinoamericanos en pos de lograr la revolución continental. En un comienzo la JCR estuvo conformada por el PRT-ERP argentino, el MIR chileno y el MLN-Tupamaros de Uruguay. Luego se le unió el ELN boliviano. Si bien los contactos entre estas organizaciones políticas armadas se remontaban a 1968, la JCR nació en 1973, pero recién se dio a conocer al mundo en febrero de 1974. Al igual que sus pares de la región, los militares argentinos tomaron seriamente la potencial amenaza que significaba una coordinación internacional entre las guerrillas sudamericanas:

"La Unidad Internacionalista de esta vanguardia subversiva marxista latinoamericana pasa a ser entonces la razón de ser de la JCR y es un elemento estratégico en la lucha por la toma del poder en nuestro continente que, con la utilización del proceso subversivo, intenta cobrar cada vez más importancia, de tal manera que diversas organizaciones extremistas de las naciones hermanas de PERÚ, VENEZUELA, BRASIL, GUATEMALA, PARAGUAY, MÉJICO, COLOMBIA, NICARAGUA, SANTO DOMINGO, EL SALVADOR, e incluso EEUU han buscado tomar contacto con esta organización revolucionaria continental" [EMGE. Secreta 404/1975]

Conforme a su pensamiento internacionalista, la idea de Santucho era darle una continuidad al despertar revolucionario de la década del '60" y convertir a la JCR en la vanguardia del movimiento revolucionario latinoamericano. Los objetivos de la Coordinadora eran claros y preocupaban al Ejército:

“Las distintas OPM [Organizaciones Político-Militares] están unidas dentro de una estrategia global para América Latina, que es la estrategia de Guerra Revolucionaria Marxista, calificando a esta Guerra como un complejo proceso de lucha de masas, armado y no armado, pacífico y violento en donde todas las formas de lucha se desarrollan armoniosamente convergiendo en torno del eje de la lucha armada” [EMGE. Secreta 404/1975]

Así, ante lo que los militares argentinos concebían como una amenaza marxista global que desconocía las fronteras de los Estados-nación, la réplica de occidente no podía apoyarse sobre formas de lucha convencionales ni desde el paradigma del respeto a la soberanía de terceros Estados. Se configuraba una forma de lucha “no convencional” que en el caso argentino habría de derivar en una metodología de guerra sucia clandestina. Es esa metodología la que luego el Ejército Argentino exportará a América Central.

VII.2. La hora de la espada (desde el 24 de marzo de 1976 hasta mediados de 1977)

Como su nombre lo indica, el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional buscó redefinir la matriz política, social y económica de la Argentina. Y para ello recurrió al terrorismo de Estado con el objeto de acallar toda forma de disidencia.

Para comprender el complejo mecanismo de toma decisiones de los militares argentinos resulta necesario puntualizar algunas características del fenomenal aparato represivo instalado en marzo de 1976 ya que ellas constituirán el marco estructural del pensamiento y la acción de los cruzados occidentalistas. Entre las principales características se pueden mencionar:

1. La Junta Militar que derrocó al gobierno constitucional de Isabel Martínez de Perón estaba compuesta por los comandantes de las tres fuerzas (Ejército, Armada y Aviación) quienes dividieron el poder, los ministerios, las

secretarías y los todos restantes cargos y puestos en 1/3 para cada fuerza³⁴. Esta particular distribución dio lugar a una pugna inter-fuerzas que marcó a fuego el accionar del aparato represivo.

2. La filosofía del régimen era la Doctrina de Seguridad Nacional de influencia norteamericana y francesa. Se trataba de una redefinición criolla de la metodología generalizada de contrainsurgencia modelada por la idiosincrasia nativa y por un contexto de fuertes pugnas intra y inter fuerzas.
3. La represión se llevó a cabo a través de un aparato de inteligencia clandestino que rápidamente se conformó como un núcleo autónomo y muy poderoso dentro de la estructura del estado autoritario.
4. Los distintos servicios de inteligencia además de ser autónomos estaban descentralizados y libraban una verdadera competencia entre sí. La inexistencia de un paraguas o sistema nacional que los nucleara es un factor que podría explicar la rivalidad y competencia que había entre ellos.

En este contexto los sectores occidentalistas del Ejército aparecen nucleados en torno al Batallón de Inteligencia 601 que tenía un lugar medular dentro del aparato represivo del Ejército. Estaba bajo la dirección del general Carlos Guillermo Suárez Mason a quien se indica como uno de los principales propulsores de la cruzada comunista extraterritorial y de quien se afirma tenía vínculos con operaciones transnacionales ilegales tales como el narcotráfico. Por todo ello se presume que Suárez Mason tenía, además de razones ideológicas, importantes estímulos económicos para que el Ejército exportara su modelo represivo fuera de las fronteras del país.³⁵

VII.3. La exportación del “método argentino” (desde mediados de 1977 hasta noviembre de 1981)

³⁴ Un análisis minucioso sobre esta estructura de repartición de puestos y cargos las consecuentes pugnas por el poder se encuentra en Verbitsky, Horacio (2006). *La última batalla de la Tercera Guerra Mundial*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana. Pág. 37-44

³⁵ Más información sobre los negocios ilegales del general Suárez Mason en Armony, Ariel C. (1999). *La Argentina, los Estados Unidos y la Cruzada Anticomunista en América Central, 1977-1984*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes. (Pág. 52, 238-239) Verbitsky, Horacio (2006). *La última batalla de la Tercera Guerra Mundial*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana. (Pág. 84-85).

Entre los historiadores existe un debate acerca de si las guerrillas estaban ya derrotadas o no antes de la asunción de la Junta Militar el 24 de marzo de 1976.³⁶ Quienes se inclinan por la tesis de la derrota afirman que las menguantes operaciones armadas del PRT-ERP y Montoneros funcionaron como la excusa perfecta para que los militares se hicieran con el poder y llevaran adelante su plan económico de la mano del todopoderoso ministro de Economía, José Alfredo Martínez de Hoz. Sea como fuere, un hecho irrefutable es que el descomunal aparato represivo desplegado luego de que los militares tomaran del poder tuvo efectos devastadores en las filas de los grupos guerrilleros, que para ya 1977 se hallaban con escasas posibilidades de operar dentro del país.

Sobre este punto, otro documento de inteligencia militar firmado por el general Viola y con fecha de abril de 1977³⁷ indica que la “Banda de Delincuentes Subversivos Marxistas” Montoneros estaba seriamente limitada en su accionar gracias a los golpes asestados por las Fuerzas Armadas en el poder desde el 24 de marzo de 1976. No obstante, reconoce que, pese al desgaste sufrido, Montoneros continuaba siendo una organización de suma peligrosidad por el grado de desarrollo y organización que aún poseía, y porque todavía no había sido quebrada su voluntad de lucha. Asimismo, advertía que si bien las denuncias de parte de Montoneros respecto de las violaciones a los Derechos Humanos todavía no habían logrado una repercusión internacional constituían una importante arma “pudiéndose esperar amplia repercusión ante hechos de tal naturaleza”.

Respecto del PRT-ERP el documento define la situación de esta organización como de colapso y enumera sus principales fracasos: el frustrado intento de tomar el Regimiento Viejo Bueno de Monte Chingolo en la provincia de Buenos Aires el 23 de diciembre de 1975, el fracaso de crear un nuevo frente del ERP en el Cadillal (Provincia de Tucumán) en febrero de 1976, la reducción de la Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez a dos pelotones que terminaron atomizándose en dúos o tríos hacia mayo del mismo año, y quizá el golpe más duro: la caída en combate de su máximo líder, Mario Roberto Santucho, junto con otros importantes cuadros dirigentes del Comité Central el 19 de julio de 1976. Como resultado de estos traspiés, la dirección nacional del PRT-ERP ordenó un proceso de repliegue o retracción para evitar el aniquilamiento y de ese modo esperar

³⁶ Al respecto ver Andersen, Martín (1993) *Dossier secreto: el mito de la guerra sucia*. Buenos Aires, Planeta. pp. 26 y Frontalini, Daniel; Caitani, María Cristina (1984). *El mito de la guerra sucia*. Buenos Aires, CELS.

³⁷ Se trata del documento: Comando General del Ejército, EMGE, Jefatura II de Inteligencia, Anexo 1 (inteligencia) a la secreta Nro. 504/77 del Comandante en Jefe del Ejército, “Continuación de la ofensiva contra la subversión durante el período 1977/1978”, firmada por el general Roberto Eduardo Viola, Buenos Aires, 20 de abril de 1977. En adelante será citado como: EMGE. Secreta 504/1977.

condiciones más favorables para reiniciar sus acciones. El documento señala que dentro de este cuadro de situación la organización estaba utilizando los aparatos de JCR para afianzar lo que los militares denominan como el “cuarto pilar”, esto es, la solidaridad internacional. Para ello el PRT inició una intensa campaña internacional de denuncia contra la dictadura militar argentina, pero que no logrará grandes repercusiones, por lo menos hasta el año 1978.

Pero si bien para 1977 tanto Montoneros como PRT-ERP no habían logrado todavía una gran repercusión respecto a sus denuncias sobre las violaciones a los Derechos Humanos cometidas por las Fuerzas Armada argentinas, lo cierto es que los servicios de inteligencia del Ejército reconocían casi premonitoriamente que el ámbito internacional era susceptible de convertirse en:

“...un elemento favorable para la delincuencia subversiva, que ha demostrado una no despreciable capacidad en ese ámbito. El respeto a los derechos humanos constituye el argumento principal del accionar en ese campo y la propaganda aprovechará para magnificar o destacar cualquier tipo de supuestas violaciones de los mismos, buscando solidaridad internacional y tratando de obtener apoyo de organizaciones o gobiernos para lograr el objetivo de aislamiento del Gobierno [militar argentino]” [EMGE. Secreta 504/1977]

Este análisis realizado por la cúpula del Ejército respecto de la situación nacional e internacional confirma que si bien la acción de los grupos armados estaba casi neutralizada, aún constituían una preocupación para las fuerzas de seguridad, por su capacidad de despliegue internacional y por las intensas campañas de denuncia de violación a los Derechos Humanos que poco a poco empezaban a hacer eco en los odios de la administración Carter y en los gobiernos de Europa Occidental.

Es innegable que el aparato represivo dispuesto por los militares argentinos en todo el territorio nacional tuvo un notable éxito en el plano interno, y un muy amplio reconocimiento por parte de las fuerzas de seguridad de todo el continente. Esa será la tarjeta de presentación de los cruzados occidentalistas para exportar del “método argentino”:

“...un elemento central de la empresa extraterritorial argentina fue la transferencia de *know-how* antisubversivo. Se les suministraban herramientas

a las fuerzas militares y paramilitares embarcadas en guerras contrarrevolucionarias en otros lugares” [Armony. 1999: 26]

El prestigio logrado por las fuerzas de seguridad argentinas entre sus pares de los círculos castrenses del subcontinente se basaba precisamente en la eficacia del método contrainsurgente argentino y venía a demostrar que, en definitiva y más allá de los altos costos que implicaba a nivel político interno y externo, el terrorismo de Estado era un método efectivo para exterminar a los movimientos guerrilleros. Así seguramente lo entendió Somoza cuando en 1977 acordó con el Ejército Argentino el desembarco de media docena de asesores militares para adiestrar a la Guardia Nacional en Nicaragua.

Durante la Conferencia de Ejércitos Americanos (CEA) celebrada en Managua en 1977, el general Roberto Viola y el Almirante Emilio Eduardo Massera pactaron secretamente con el gobierno de Somoza un plan de asistencia militar y entrenamiento de la Guardia Nacional con el objeto de colaborar en su campaña antiguerrillera. El dictador nicaragüense pensaba que con una reorganización y reequipamiento de la Guardia podría derrotar a las guerrillas sandinistas. [Duhalde. 1983: 118. Bardini. 1988: 103-105]. Luego de que Carter suspendiera la asistencia militar a Nicaragua a principios de 1979 la Argentina buscó ocupar el lugar que los Estados Unidos estaban dejando vacante e intentó evitar la caída de Somoza proporcionándole asistencia militar encubierta hasta pocos días antes del triunfo de la Revolución Sandinista.

Para el cientista político Ariel Armony son dos los motivos centrales del interés de la conducción militar argentina en llevar adelante las operaciones extraterritoriales en la región de América Central:

- “la creencia de que la Argentina podía aumentar su influencia en Bolivia y América Central aprovechando la experiencia contrainsurgente adquirida en la guerra sucia;
- el deseo de incrementar la venta de armas argentinas a esos países y a las fuerzas antisandinistas.” [Armony. 1999: 116].

Tales motivaciones se vieron estimuladas y reforzadas por el notable éxito de las Fuerzas Armadas en su “lucha contra subversión”, que ya para mediados de 1978 era incuestionable. Así lo confirmaba otro documento de inteligencia militar³⁸ firmado por el

³⁸ Se trata del documento: Comando General del Ejército, EMGE, Jefatura II de Inteligencia, Apéndice 8 “Actualización de la situación subversiva. Anexo 1 (inteligencia) a la directiva del comandante en jefe del

general Alberto Valín que señala que el accionar de los grupos guerrilleros había “sufrido un deterioro significativo” y que sus capacidades se habían reducido considerablemente debido a la crisis logística y de cuadros, obligándolos a priorizar la acción política por sobre la acción armada. Asimismo, señala el documento, los grupos guerrilleros se habían visto obligados a concentrar sus energías en campañas de difusión política desde el exterior de la Argentina:

“La delincuencia subversiva, acorde con el progresivo grado de desgaste ocasionado, ha implementado especialmente desde el exterior sutiles procedimientos de AS [Acción Sicológica], contando con el apoyo directo o indirecto de medios de comunicación social y organizaciones políticas, constituyendo EUROPA un centro neurálgico de su actividad disolvente” [EMGE. Secreta 504/1977. Anexo 1]

Frente a esta nueva situación el mencionado informe de inteligencia militar indica que el MLN-Montoneros había optado por una estrategia “indirecta”, que consistía en una maniobra tendiente a afectar los factores de poder del gobierno militar apelando a métodos políticos apoyados por su accionar armado. Por otro lado, subraya que se le había dado un lugar destacado a las acciones internacionales en virtud de la instalación de su Dirección Nacional en el exilio, y aprovechando el apoyo que habían recibido de parte de dirigentes políticos, organizaciones de solidaridad y medios de comunicación social. Según los servicios de inteligencia del Ejército, tales acciones constituían verdaderas “campañas de acción sicológica” centradas en torno a “supuestas violaciones a los derechos humanos”.

Resulta interesante destacar que el citado documento, el Ejército Argentino reconoce expresamente la importancia político-propagandística del Mundial de Fútbol de Argentina '78 que escapaba de ser un simple evento deportivo para constituirse en un “elemento importante de maniobra política” del gobierno militar. Por tal motivo la celebración deportiva era susceptible de convertirse en blanco de la acción internacional de los Montoneros. Y más interesante aún resulta comprobar que los servicios de inteligencia del Ejército ya tenían informaciones respecto de la contraofensiva que desde el exilio planeaba la Dirección Nacional del MLN-Montoneros:

Ejército Nro. 504/77, “Continuación de la ofensiva contra la subversión durante el período 1977/78”, firmada por el general Alberto Alfredo Valín, Jefe II de Inteligencia del Ejército, Buenos Aires, mayo de 1978. En adelante será citado como: EMGE. Secreta 504/1977. Anexo 1.

“En particular, Montoneros procura que el lapso de ejecución del torneo [de fútbol] pueda servirle además para la preparación de personal y medios para la etapa que ellos denominan ‘contraofensiva’, que comenzaría el segundo semestre del año en curso.” [EMGE. Secreta 504/1977. Anexo 1]

Fiablemente, la Contraofensiva de Montoneros se llevó a cabo, pero no a mediados de 1978, sino durante 1979, y con efectos desastrosos para esa organización político-armada.

Con respecto al otro grupo guerrillero, el documento de inteligencia militar expone detalladamente la situación del PRT-ERP, que hacia mediados de 1978 ya se podía definir como catastrófica:

“La intensificación de la LCS [Lucha Contra la Subversión] ocasionó a la banda un grave deterioro, obligándola a una significativa inactividad, que permite juzgarla como representada por elementos dispersos o cuando más constituyendo ‘tríos’, organización mínima celular. Además, la mayoría de sus cuadros están fugados al extranjero, pero sin coordinación ni capacidad para manifestarse al resto de la banda como elementos de conducción en lo político-militar” [EMGE. Secreta 504/1977. Anexo 1]

Sin embargo, el documento reconoce que en plano nacional y pese a su situación de “virtual aniquilamiento”, el PRT-ERP aún mantenía su capacidad de efectuar “atentados terroristas y sabotajes”.

Con respecto las disputas intra-partidarias en el seno del PRT en el exilio, los servicios de inteligencia del Ejército estaban al corriente de que la Dirección Nacional había pasado a manos del Buró Político (controlado por Luis Mattini) y que había reemplazado en esas funciones a las anteriores estructuras superiores (Comité Central) en donde gravitaba la figura de Enrique Gorriarán Merlo.³⁹

En vísperas de la Revolución Sandinista la participación de guerrilleros argentinos tanto del PRT-ERP como de Montoneros peleando en las filas del FSLN ya no era ningún secreto para los militares argentinos. Frente a este dato, los asesores militares de esa misma nacionalidad que colaboraban con las fuerzas de seguridad de Somoza

³⁹ Para una mejor comprensión de las disputas internas dentro del PRT-ERP entre Comité Central controlado por Gorriarán Merlo y sus seguidores quienes ostentaban la mayoría, y el Buró Político manejado Mattini ver De Santis, Daniel (2010) *La historia del PRT-ERP y sus protagonistas*. Temperley, Edición Finlandia, pp 647-666.

procuraron detectar y capturar a esos cuadros guerrilleros. Sobre esta tarea, uno de esos asesores explicó que:

“En Nicaragua cumplí las mismas tareas que en Argentina [...] tareas de inteligencia [...] la lucha contra el comunismo a través de medios no convencionales. Eran trabajos duros, desapariciones, actividades que no podían realizarse por las vías legales”⁴⁰

Como ya se explicó, luego del cimbronazo político generado tras el triunfo de la Revolución Sandinista, los remanentes de la diezmada Guardia Nacional comenzaron a reorganizarse en el exilio tanto en Guatemala como en Honduras. Es en este último país en donde se instalaron las principales bases de operaciones de la “Contra” y fueron asesores militares argentinos quienes asumieron la empresa de organizarlas. Entre esos cuadros militares argentinos se encontraba Raúl Enrique Martínez cuyo verdadero nombre es Rafael Félix López Fader. Tanto su nombre como su alias y su historia hubiesen permanecido ignotos si no fuese porque tuvo que dar testimonio en el marco de la causa judicial “Sivak, Osvaldo Fabio, víctima de secuestro extorsivo”.

El 20 de agosto de 1996 Rafael Félix López Fader compareció ante el Juzgado Nacional en lo Criminal y Correccional Federal Nro. 5, a cargo del Juez Federal de la Nación Doctor Norberto M. Oyarbide, para dar una declaración indagatoria en la que expuso su participación en el operativo extraterritorial que el Ejército Argentino había desplegado en la región de América Central:

“En mediados de 1979 fui comisionado por la Jefatura II de Inteligencia del Estado Mayor General del Ejército, como instructor de tropas espaciales en el país centroamericano de Honduras. [...] Quiero dejar aclarado que en todos los países que recorrí de Centroamérica en cumplimiento de la misión asignada por la Superioridad Argentina, lo hice siempre con el nombre y apellido de Raúl Enrique Martínez, digo esto porque las personas que pueden dar fe de mi estadía entre los años de mediados de 1979 y noviembre de 1983, siempre me conocieron con el mencionado nombre y apellido.”
[Declaración indagatoria de Rafael Félix López Fader, 20/08/1996]

Luego de dar precisiones sobre personas, cargos, lugares y fechas, y tras ofrecer pruebas como un estado de cuenta bancaria de un banco de Tegucigalpa, fotografías, y

⁴⁰

Entrevista con Carlos Alberto Lobo tomado de la revista *Siete Días* del 13 de marzo de 1983.

un documento de identidad que lo presenta como personal civil de inteligencia del Ejército Argentino, López Fader puntualizó algunos detalles sobre sus honorarios:

“El dinero por estar en misión fuera del país me era abonado por el entonces Coronel de Infantería Osvaldo Ribeiro, el importe era de tres mil dólares estadounidenses mensuales. [...] Ribeiro era un veedor de operaciones y enlace entre el Gobierno Argentino y Norteamericano”. [Declaración indagatoria de Rafael Félix López Fader, 20/08/1996]

Los testimonios del titular del Comisionado Nacional de los Derechos Humanos de Honduras, Leo José Rodrigo Valladares Lanza, confirmaron luego la veracidad de las declaraciones de López Fader. El diplomático hondureño compareció ante el juzgado de Norberto Oyarbide tres días después que el ex asesor militar argentino hiciera lo propio. El texto de la declaración de Valladares Lanza señala que:

“A preguntas de Su Señoría refiere que no le consta directamente, pero según la información que ha recabado, sí había militares argentinos en Honduras para mediados de 1979, aunque aclara que la presencia se hace más aparente a partir de 1980” [Declaración testimonial de Leo José Rodrigo Valladares Lanza, 23/08/1996]

El diplomático hondureño afirmó no conocer a López Fader, pero señaló que los datos brindados por este sólo pueden ser suministrados por una persona que conoce bien la ciudad de Tegucigalpa. Respeto de las fotos que López Fader ofreció como prueba, el diplomático señaló que no reconoce a nadie, pero que la vegetación es la típica del monte de Honduras, que el uniforme de uno de los retratados es del ejército hondureño y que los uniformes de otras personas eran los que usaban los “Contras” nicaragüenses.

Valladares Lanza investigó las desapariciones y represión ilegal ejercida por las fuerzas de seguridad de su país en el período que va desde 1979 hasta 1993. El resultado de su trabajo es un informe preliminar titulado “Los hechos hablan por sí solos”, publicado en diciembre de 1993. El informe reporta 184 casos de desaparición forzada de persona a manos de las fuerzas de seguridad locales, y contiene un capítulo dedicado al “Contexto internacional” en donde se consigna la presencia de fuerzas militares argentinas y de elementos militares y de inteligencia de los Estados Unidos que tenían como objeto el adiestramiento de las fuerzas del Ejército Hondureño y de la “Contra” nicaragüense asentada en la frontera de ese país con la vecina Nicaragua. El informe señala que dentro del período que va desde 1980 a 1984 la presencia de los asesores militares

argentinos era innegable dada la cantidad de testimonios de personas que los identificaba fácilmente por su acento particular.

La declaración de López Fader es una pieza importante para reconstruir el contexto en que el Ejército promovió la exportación del método argentino desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos. Siguiendo esa máxima, y ya con un pié en América Central, el entonces jefe del Ejército, general Roberto Viola, ofreció un encendido discurso en el marco de la Decimotercera Conferencia de Ejércitos Americanos (CEA) –celebrada en Bogotá en noviembre de 1979– en el que postuló el “derecho de las fuerzas armadas argentinas” de intervenir en los demás países latinoamericanos para defenderlos de la “agresión interna” [Duhalde. 1983: 114-115]. Viola explicó a su auditorio que el mundo se había transformado en un teatro único de operaciones dentro del contexto de una guerra ideológica enmarcada en una estrategia total que abarcaba todos los campos. El corolario de tal esquema de pensamiento, según lo expresó el propio Viola, era que en ese particular contexto de agresión por parte del marxismo internacional “la legalidad basada en las leyes internacionales parece haber perdido actualidad.” [Verbitski. 2006: 78]

Para los círculos militares de la región quedó claro que no se trataba ni de una advertencia ni de una declaración de intenciones, sino de un efectivo ofrecimiento de servicios para los ejércitos latinoamericanos. El prestigio argentino unido a la política de sanciones propulsada por la administración demócrata fue la combinación de factores que indujo a las fuerzas militares del continente a ver en la Argentina un sucedáneo de los Estados Unidos:

“A raíz de la política de apoyo a los derechos humanos del presidente Carter, cantidades crecientes de oficiales latinoamericanos (de Nicaragua, Guatemala, El Salvador, Venezuela, Ecuador, Bolivia, Chile, Paraguay y Uruguay) acudieron a la Argentina en busca de adiestramiento contrainsurgente” [Armony. 1999: 125]

Tales servicios, que ya se brindaban a la Guardia Nacional nicaragüense desde 1977, le permitieron a los cruzados occidentalistas forjar un vínculo tan estrecho que perduró aún después del triunfo de la Revolución Sandinista de Julio de 1979. A partir de entonces los asesores militares argentinos asumieron la difícil tarea de reorganizar a los remantes de

la Guardia que se habían desbandado a raíz de su derrota militar en manos de los sandinistas.

La tarea consistió en dar apoyo económico y logístico a los ex guardias tanto en Honduras como en Buenos Aires. Así lo reveló el testimonio de un ex comandante desertor de la “Contra”, José Efrén Martínez Mondragón, alias “Moisés”, quién denunció la participación argentina a través de cursos que el Ejército impartió en Buenos Aires a 23 ex guardias nacionales nicaragüenses⁴¹. Según Moisés, los cursos de instrucción en la Argentina duraron seis semanas y se dictaron entre junio y julio de 1981.

Al momento de desertar de la “Contra”, Moisés era uno de los líderes del Comando Regional José Dolores Estrada que operaba por la zona de Matagalpa al norte de Nicaragua. El ex “Contra” brindó algunos detalles sobre la instrucción que brindaban los asesores argentinos y sus indicaciones acerca del uso de técnicas no convencionales tales como el secuestro:

“Ellos decían que secuestrar una persona no era para la eliminación física de la persona, sino para obtener un canje o para una negociación. [...] ellos dicen cómo interrogar, cómo secuestrarla, cómo debe ser la negociación, en qué lugares hay que tenerla. En el entrenamiento que nos estaban dando, ellos tenían un manual de los Montoneros, de la guerrilla argentina, y estaban muy interesados de que nos metiéramos ese manual en la cabeza. La guerrilla urbana, la guerrilla rural, sistemas de operaciones” [Reinmann. 1986: 29].

Asimismo, detalló algunos de los módulos o temas sobre los que versaban los cursos⁴² de instrucción militar:

“La instrucción la hicieron comenzando con sicología de la guerra, después filosofía, la guerra revolucionaria, la guerra clásica, o guerra termonuclear; y después guerra de guerrillas, sabotaje, clandestinaje, maquillaje, disfraz, y cerrajería, o sea abrir cerraduras. Después inteligencia, contrainteligencia y también guerra psicológica. En ese curso se daban círculos de estudio, que teníamos que tener claro lo qué era el anarquismo y fascismo; también se

⁴¹ Según el testimonio de Moisés algunos de los 23 nicaragüenses adiestrados en la Argentina ocuparon luego cargos importantes dentro de las filas de la “Contra”. Entre ellos menciona al ex sub teniente de la Guardia Nacional Denis Pineda que luego se desempeñó como comandante ejecutivo del Comando Regional Diriangén. También menciona a dos cuadros importantes: Carlos García, conocido como el Chino 85 y a Marlon Blandón, cuyo nombre de guerra era Gorrión.

⁴² Sobre los cursos de los asesores argentinos ver también Reinmann, Elisabeth (1986). *Confesiones de un contra. Historia de “Moisés” en Nicaragua*, Buenos Aires, Editorial Lagasa. pp. 81-82. Moisés fue quién comandó el operativo en el que la “Contra” que con asesoramiento argentino voló el puente del Río Negro (Nicaragua), el 14 de marzo de 1982.

hablaba de Somoza, de Fidel Castro, del Che Guevara...” [Reinmann. 1986: 29]

Como se vio anteriormente (capítulo II, apartado 1.c. “Testimonios de los ‘Contras’”) la empresa antisandinista argentina se caracterizó por su fuerte contenido ideológico. Los asesores militares de esa nacionalidad trataron de darle un carácter anticomunista al proyecto “Contra” ubicando al conflicto nicaragüense dentro del eje Este-Oeste de guerra fría. Su objetivo era nuclear a las distintas corrientes antisandinistas bajo un paraguas ideológico fuertemente anticubano y antisoviético. Con ello, los cruzados occidentalistas del Ejército Argentino querían imprimir un sesgo internacionalista a la lucha de la incipiente “Contra”. Esta matriz ideológica del adoctrinamiento argentino disminuyó cuando los Estados Unidos reemplazaron a los argentinos en la conducción del operativo “Contra”.⁴³

Los sectores cruzados occidentalistas del Ejército Argentino entendían que con la Administración Carter los Estados Unidos habían abdicado en su lucha contra la expansión comunista en América Latina por lo que idearon un programa de expansión continental con la aspiración de ocupar el vacío de poder dejado por los norteamericanos y convertir a la Argentina en un *global player*⁴⁴ de las primeras líneas de la política mundial.

Así lo entendieron cuando en agosto de 1981 sellaron junto con Honduras y la CIA un acuerdo secreto para emprender una operación militar clandestina con el objeto de desalojar a los sandinistas del poder en Nicaragua. Por esas fechas representantes de la inteligencia militar argentina, agentes de la CIA, y altos miembros de las fuerzas militares hondureñas se reunieron en Tegucigalpa para establecer un acuerdo al que denominaron como “la tripartita”. En el pacto se estipuló el papel que cada uno de los socios habría de ocupar en el programa contrarrevolucionario: los argentinos proporcionaron la organización y la instrucción militar de las fuerzas antisandinistas, la CIA suministró ayuda económica clandestina y el gobierno hondureño brindó su territorio para el asentamiento de las bases operacionales en su frontera sur con Nicaragua. Así nació el

⁴³ El pragmatismo norteamericano logró conformar un ejército irregular de 20.000 combatientes pero con poca capacidad de difundir su causa entre la población. Luego de los acuerdos de paz de 1989 y de la victoria de Violeta Chamorro en las elecciones presidenciales los “Contras” pasaron a ocupar un lugar marginal en la nueva política nicaragüense.

⁴⁴ Traducción: actor o jugador global.

plan cuyo nombre secreto era Operación *Charlie*.⁴⁵ [Gutman: 1988: 57] y que debía culminar con el derrocamiento de los sandinistas en Managua. Según la periodista María Seoane, el Operativo o Plan *Charlie* nunca llegó a concretarse porque el general Viola pretendía que los Estados Unidos avalaran explícitamente el plan con armas y dinero, o en su defecto que “apoyaran abiertamente las operaciones clandestinas de los argentinos”.

El siguiente cuadro es un organigrama que grafica la línea de mandos de los actores involucrados en el operativo “Contra”:

Diagrama de actores involucrados en el operativo “Contra”				
Argentina		EE.UU.	Honduras	Exiliados Nicaragüenses
Comandante en Jefe del Ejército (General Leopoldo Fortunato Galtieri)		Presidente (Ronald Reagan)		Fuerza Democrática Nicaragüense – FDN (ex coronel Enrique Bermúdez, alias Comandante 380. Y el empresario Adolfo Calero dirigente del Partido Conservador)
Jefatura II de Inteligencia del Estado Mayor General del Ejército (EMGE) (general Alberto Alfredo Valín ⁴⁷)	Primer Cuerpo del Ejército (Buenos Aires) (General Carlos Guillermo Suárez Mason)	Secretario de Estado (Alexander Haig) ⁴⁶	Presidente de la Nación (Policarpo Paz)	
Batallón de Inteligencia 601 Nota: Si bien este Batallón estaba subordinado formalmente a la Jefatura II de Inteligencia, existía de hecho una cadena de mando paralela con el Primer Cuerpo del Ejército.		Consejo Nacional de Seguridad (Oliver North)	Fuerza de Seguridad Pública – FUSEP (Coronel Gustavo Álvarez Martínez)	
Grupo de Tareas Exterior (Florida, Estados Unidos) Raúl Guglielminetti		Director de la CIA (Bill Casey)	Dirección Nacional de Investigaciones – DIN	Alianza Revolucionaria Democrática – ARDE (Edén Pastora, alias Comandante Cero, y Alfonso Robelo)
		Dirección América Latina de la CIA (Duane R. Clarridge)		

⁴⁵ Según Gutman los delegados del cónclave fueron: el coronel Mario Davico, subjefe de inteligencia del Ejército Argentino, Duane Clarridge, jefe de la División Latinoamericana de la Dirección de Operaciones de la CIA, el coronel Gustavo Álvarez Martínez, jefe de la Fuerza de Seguridad Pública de Honduras (FUSEP), el coronel Leónidas Torres Arias, jefe de la inteligencia militar hondureña y el entonces presidente de Honduras, Policarpo Paz.

⁴⁶ Si bien el secretario de Estado norteamericano, Alexander Haig apoyaba el proyecto “Contra” su postura era que las operaciones encubiertas debían ser auxiliares de la política exterior pero nunca reemplazarla.

⁴⁷ Según la investigación de Armony el control total de las actividades contrarrevolucionarias argentinas en América Central estaba a cargo del general Alberto Valín quien manejó el programa antisandinista desde Buenos Aires a lo largo de todo 1981. A principios de 1982 lo designaron embajador de Panamá con la misión de coordinar la operación sin intermediarios. (Pag. 198)

Estado Mayor del Grupo de Tareas exterior en Honduras José Osvaldo Ribeiro y Santiago Hoya (Villegas)			
--	--	--	--

Cuadro 4. **Fuentes:** Armony, Ariel (1999). *La Argentina, los Estados Unidos y la Cruzada Anticomunista en América Central, 1977-1984*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes. Bardini, Bardini, Roberto (1988). *Monjes, mercenarios y mercaderes*, México, Editorial Mex-Sur. Reinmann, Elisabeth (1986). *Confesiones de un contra. Historia de “Moisés” en Nicaragua*, Buenos Aires, Editorial Lagasa. Castillo Rivas, Donald (1993). *Gringos, contras y sandinistas. Testimonio de la guerra civil en Nicaragua*. Bogotá, Tercer Mundo Editores. Seoane, María (2006). Dickey, Christopher (1987) *Con los contras*, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta. “Las operaciones clandestinas en Latinoamérica: Bolivia, Nicaragua, Honduras, Guatemala, El Salvador. Los secretos de la guerra sucia continental de la dictadura”, *Clarín*, 24 de marzo de 2006.

Deliberadamente el cuadro no se ajusta a estrictos criterios cronológicos ya que muchas de las personas allí nombradas se alternaron en sus cargos y cambiaron de funciones. Sin embargo, se alude más bien al período 1981-1982 que es cuando el gobierno de los Estados Unidos decide apoyar más abiertamente la operación. Teniendo en cuenta esas aclaraciones se puede decir que el operativo “Contra” funcionaba más o menos de ese modo.

VII.4. “Las fronteras se besan y se ponen ardientes” (desde noviembre de 1981 hasta el 2 abril de 1982)

Como ya se vio en el Capítulo III inciso 4 (“El amigo americano y una oferta interesante para Mr. Reagan”) luego de desplegar una intensa diplomacia paralela durante su gira por los Estados Unidos en noviembre de 1981, el general Galtieri vuelve a Buenos Aires y un mes después promueve un golpe de Estado interno que destituye al entonces presidente Viola. Ya en su discurso inaugural denostó las posiciones tercermundistas y anunció el fin de las “zonas grises”. Finalmente, prometió que, agotadas ya las palabras, “hablarían los hechos”. En virtud de las coincidencias y acuerdos con los Estado Unidos, ese período será el de mayor participación de la Argentina en la crisis centroamericana. El involucramiento argentino llega así a su cenit.

Ya desde principios de 1981, bajo la dirección de los argentinos el ex coronel de la Guardia Nacional nicaragüense Enrique Bermúdez había trasladado su base de operaciones de la Legión 15 de Septiembre desde la ciudad capital de Guatemala hasta

Tegucigalpa, con el objeto de acercarse al escenario de lucha contra los sandinistas. No obstante, rápidamente surgió un inconveniente: los líderes de la “Contra” al igual que los asesores argentinos, maestros en guerra urbana, eran anticomunistas manifiestos y habían “jurado hacer cualquier cosa que fuese necesaria para recuperar el país, excepción hecha de dejar la ciudad”. [Dickey. 1987: 128]

Desde un comienzo la tarea de organizar a la “Contra” no fue una empresa sencilla pues había muy pocos efectivos para comandar y muy pocas armas para iniciar la lucha. Con el objeto de engrosar las filas tuvieron que reclutar, “cuatreritos, criminales fugitivos y ex guardias en el borde de la supervivencia.” Pero las armas no llegaban y durante meses los reclutas fueron entrenándose en cursos de superación de obstáculos simulados, hasta llegar a un número de doscientos efectivos listos para lanzarse a la acción. [Dickey. 1987: 129]

Ahora, si bien los asesores argentinos asumieron la difícil tarea de organizar a las fuerzas “Contras”, lo hicieron pero condicionando desde un principio su ayuda. La condición impuesta a los distintos grupos contrarrevolucionarios era que estos se unieran bajo un mando común. La idea era básicamente unir a la Legión 15 de Septiembre y a la Unión Democrática Nicaragüense (UDN) bajo el paraguas de una nueva organización: la Fuerza Democrática Nicaragüense (FDN). [Dickey. 1987: 130]

El trabajo de los agentes argentinos fue dando sus frutos y ya para febrero de 1982, la CIA informó que tenía a listo un ejército de 1000 soldados, y otros 1000 indígenas miskitos, además de 1000 combatientes entrenados por asesores militares argentinos. Hacia diciembre de 1982 ese ejército ya sumaba un total de 4.000 hombres. [Kruijt. 2011: 70] Luego, en menos de un año, hacia diciembre de 1983, la “Contra” aumentó sus filas hasta llegar 15.000 combatientes. Para 1984 las tropas apostadas en Honduras habrían de sumar por sí solas 16.000. [Kruijt. 2011: 71]

En su investigación sobre la colaboración del Ejército Argentino con las fuerzas represivas de América Central, Armony recurre a múltiples fuentes para dilucidar en qué consistía específicamente su tarea de adiestramiento:

“Los cursos argentinos de inteligencia militar consistían en una instrucción política e ideológica (el nacimiento de las ideologías, los partidos políticos y

movimientos subversivos, la coordinación de las organizaciones subversivas en América Latina, la transferencia de experiencia antiguerrillera entre los diferentes países) y técnica (el manejo y organización de la sección de inteligencia; el papel del jefe de inteligencia). El entrenamiento incluía visitas a los cuarteles de inteligencia del Ejército en Buenos Aires, la base del Tercer Cuerpo del Ejército en Córdoba y el ‘teatro de operaciones’ de la campaña tucumana.” [Armony. 1999: 126].

La enumeración de temas no concluye allí, la lista de instrucciones incluía también las siguientes destrezas militares:

La instrucción suministrada por los argentinos incluía tácticas y estrategias guerrilleras y contraguerrilleras (ataques relámpago, operaciones móviles y guerra de emboscadas), sabotaje, algunos tipos de operativos ofensivos, guerra psicológica, el uso de armas livianas (como rifles y ametralladoras de pequeño calibre) y otras más pesadas (ametralladoras de mayor calibre, morteros de 81 y 82 mm y artillería liviana), el empleo de explosivos, demolición, técnicas de rastreo direccional, navegación de ríos, cartografía, técnicas de supervivencia, los atributos del mando, movimiento de tropas, conducción administrativa y militar e inteligencia militar. [...] Los dictaban equipos de hasta diez oficiales argentinos. [...] Se realizaban en campamentos de entrenamientos instalados en Honduras”. [Armony. 1999: 211]

La instrucción realizada por los asesores argentinos fue esencial para la creación y organización del movimiento contrarrevolucionario nicaragüense. El trabajo realizado por los argentinos le imprimió a la “Contra” un sello *made in argentina* que primero fue “comprado” por la CIA y luego “expropiado” la Administración Reagan tras la Guerra de Malvinas. Pero la huella dejada por los argentinos ya formaba parte del ADN contrarrevolucionario:

“Los asesores militares argentinos fueron directamente responsables de la instrucción de más de dos mil combatientes ‘Contras’ y también entrenaron a muchos de los principales instructores y comandantes de campo nicaragüenses, así como a las fuerzas especiales hondureñas”. [Armony. 1999:212].

Ya para el año 1981 la presencia de guerrilleros argentinos operando en América Central era inocultable. Los servicios de inteligencia militar argentinos tenían pruebas de que el gobierno sandinista daba apoyo a guerrilleros del MLN-Montoneros en Nicaragua para que realizaran operaciones terroristas en la Argentina. Es muy probable que esa amenaza aumentara el compromiso argentino con la empresa antisandinista, y que atraparlos se haya convertido en una motivación adicional a las que ya tenían para actuar

tan activamente en la región. Sobre este punto el ex “Contra” Moisés revela que en sus cursos de instrucción realizados en la Argentina los asesores militares le explicaron que los Montoneros eran auspiciados por Fidel Castro y que utilizaban Nicaragua como una plataforma para agredir a la Argentina:

“[los militares argentinos] dijeron que quienes actualmente están en Nicaragua son los cubanos. Y que Fidel Castro les había tratado de meter una guerrilla a ellos [en Argentina], a través de los Montoneros, y que el dirigente era Firmenich, y nos dijeron que Firmenich en ese momento se encontraba en Nicaragua –era en el '81– no sé si era cierto... y que quería volver a la Argentina a organizar un movimiento. Y que Fidel les daba a los combatientes una pastilla de cianuro, para que cuando a los Montoneros los capturaran, se tomaran la pastilla de cianuro y no relataran que habían estado en La Habana, para que no comprometieran a Fidel Castro.” [Reimann. 1986: 30]

VII.5. Argentina *go home* (desde el 2 abril de 1982 hasta finales de 1984)

Hacia marzo de 1982 casi la totalidad de las de las tareas organizativas del principal grupo de la “Contra”, la Fuerza Democrática Nicaragüense (FDN), estaban supervisadas por los argentinos, y dirigidas por su hombre fuerte en el terreno, un agente de apellido Villegas, cuyo nombre verdadero era Santiago Hoyas, quien tenía a su cargo la tarea de distribuir las ayudas y los pertrechos de guerra. [Dickey. 1987: 153-154]. En Tegucigalpa Villegas era una persona muy respetada y querida entre las filas de la “Contra”, porque visitaba frecuentemente los campamentos a lo largo de la frontera y porque “ponía en orden las cosas”. [Dickey. 1987: 161]. Pero Villegas tenía menor rango que Osvaldo Ribeiro, quien había llegado desde Miami con todo su equipo en donde se destacaba el ex guardia nicaragüense Emilio Echaverry quien, al parecer, en un principio no tenía mucha aceptación dentro de las filas de la FDN.

Pero un imprevisible acontecimiento iba a modificar radicalmente las estructuras del operativo “Contra”: cinco meses después de la gira de Galtieri por Estados Unidos y sólo dos semanas después de la voladura del puente de Río Negro (Nicaragua) a manos de una operación de la FDN dirigida por los argentinos, el 2 de abril la Junta Militar en Buenos Aires anunciaba la ocupación de las Islas Malvinas a través de una acción militar.

“No se ha probado *quid pro quo* explícito alguno. Ninguno de los funcionarios que habían entablado las relaciones con los argentinos fue certificado como

habiendo dado una brillante luz verde a los generales. Mas parece que los argentinos incurrieron en un colosal error de cálculo. Los generales parecieron creer que los británicos no pelarían, pero lo hicieron. Creyeron que Washington tenía con ellos una deuda enorme, pero, por supuesto, cuando Washington debió escoger bando lo hizo por Londres.” [Dickey. 1987: 162]

En las fuerzas armadas argentinas desde los más altos generales hasta el más raso de los soldados tomaron la inclinación de los Estados Unidos por su aliado de la OTAN, Gran Bretaña, como una traición lisa y llana. La organización del proyecto “Contra” comenzó a desintegrarse. “Los celos eran notorios. Los resentimientos habían degenerado al punto de la ira entre los argentinos y los norteamericanos” [Dickey. 1987: 167].

El apoyo de los Estados Unidos a Gran Bretaña durante el conflicto del Atlántico Sur en abril de 1982 resintió el compromiso de los cruzados occidentalistas en la empresa antisandinista al punto de que se redujo sensiblemente el número de asesores militares en la región. Sin embargo, y no sin grandes dificultades, la colaboración con la CIA perduró y los asesores argentinos siguieron controlando el operativo “Contra” durante todo 1982. Algunos autores coinciden en que un grupo de estos asesores continuó adiestrando a las fuerzas antisandinistas hasta finales de 1984 “presumiblemente bajo la supervisión de la CIA y sin estar sujetos al mando de las autoridades de Buenos Aires” [Armony. 1999: 119]. Este dato también refuerza la tesis de la autonomía, esto es, la idea de que los cruzados occidentalistas actuaban en el terreno bajo su propio auspicio y con escasos controles por parte de la Junta Militar hasta el 10 de diciembre de 1983, y más aún luego de esa fecha ya con el gobierno constitucional del Dr. Raúl Alfonsín.

La alianza con los Estados Unidos se estaba desmoronando. En ese contexto hizo su aparición un personaje controvertido que vino a empeorar las cosas: Edén Pastora, el mítico Comandante Cero. Para las filas de la FDN, Pastora seguía siendo un sandinista, un espía, o un doble agente. Además estaba rodeado de marxistas. Entre su equipo se encontraban Carlos Coronel, estratega sandinista, y Alfonso Robelo, ex miembro de la Junta de Reconstrucción Nacional que había asumido el gobierno nicaragüense tras la caída de Somoza. Lo secundaba también Arturo Cruz, ex embajador sandinista en Washington y marxista declarado. El asunto Pastora era un tema que dividía las aguas entre argentinos que querían que este se pusiera al frente de la lucha contrarrevolucionaria, los norteamericanos y la FDN que todavía sospechaban que el

Comandante Cero era en realidad un doble agente enviado por los sandinistas a dividir a los “Contras”.

Lo concreto es que el entendimiento entre la CIA y los asesores militares argentinos estaba minado por distintas percepciones políticas y estratégicas. Sobre este punto el testimonio del desertor de la “Contra” Moisés es revelador de la disputa de fondo:

“El problema se daba porque decían que la guerra la querían los gringos de un modo; los argentinos la querían de otro; que el estado mayor [de la FDN] la quería de otro modo; y que los comandantes de la fuerza la querían de otro modo. La llevaban como querían.” [Reinmann. 1986: 100]

Según Moisés los hondureños también participaban de esta disputa y criticaban a los argentinos porque decían que su estrategia era mala y estaba “atrasando la guerra”. Mientras que los norteamericanos pretendían acciones militares fuertes, los argentinos promovían una guerra de guerrillas. Tales disputas se extendían al Estado Mayor de la FDN que estaba dividido en dos facciones: la de Bermúdez que estaba con los norteamericanos y la de Echaverry que estaba con los argentinos. [Reinmann. 1986: 100]. Respecto de esta disputa Moisés señala:

“Y entonces los gringos dicen que son ellos los que están poniendo el dinero. Y que los argentinos no hacían lo que les mandaba la CIA; entonces, había contradicciones” [Reinmann. 1986: 100]

Finalmente terminó imponiéndose el criterio de la CIA: Bermúdez queda como líder máximo de la “Contra” y a Echaverry lo envían a la Argentina. [Reinmann. 1986: 101]

En septiembre de 1982 la CIA designa a un nuevo jefe para su estación en Tegucigalpa. El periodista Christopher Dickey lo describe como alto, rubio, musculoso y muy parecido al actor norteamericano Robert Shaw quien interpretó al agente James Bond en la película *De Rusia con amor*. Este representante de la CIA –al que Dickey nombra como Shaw– tenía la difícil misión de reorganizar a la “Contra” sacando a los argentinos del medio y recuperando el control de la guerra. Hasta ese entonces el organigrama era una pirámide en cuyo vértice estaban Shaw y un oficial norteamericano que dirigía las operaciones paramilitares; Ribeiro y Villegas que representaban a los argentinos; el general Álvarez y otro oficial de rango representando a los hondureños, y Bermúdez y Echaverry que representaban a la FDN. Hacia fines de septiembre se realizaron una serie

de reuniones en Washington y en Buenos Aires para establecer una nueva relación, o al menos para terminar la antigua. [Dickey. 1987: 169-197]. El resultado de esos encuentros selló el destino de los argentinos. La operación recayó bajo el control exclusivo de la CIA, pero así y todo, los asesores argentinos aún se quedaron:

“Según algunos testimonios, el gobierno argentino se encontraba en tal caos después de Malvinas que no deseaba que sus hombres volvieran por miedo a que complicaran más las cosas. Hubo algunos informes de que su status oficial había cesado y que eran ahora empleados estrictamente ‘privados’. La agencia dejó en claro que deseaba borrarlos de la operación. Pero aún dejó a Ribeiro en Tegucigalpa, manteniendo reuniones en su cuarto del hotel Maya. Y Villegas era todavía el hombre más visto por los combatientes en el terreno.” [Dickey. 1987. 173]

El cambio de manos en el control de la “Contra” se tradujo en una ampliación del margen de acción para los hombres de la FDN:

“Los argentinos habían mantenido riendas cortas sobre todos y cada uno en Tegucigalpa y querían aprobar cada movimiento. Los norteamericanos dejaron, en cambio, que los nicaragüenses asumieran la mayor cantidad de decisiones que pudiesen. Y esto era particularmente cierto en lo que se refería a la comunicación con la prensa.” [Dickey. 1987: 199]

Es muy probable que uno de los posibles motivos por los que la CIA aún a pesar de asumir el control completo del operativo “Contra” permitió que los argentinos se quedaran en el terreno realizando operaciones de instrucción y entrenamiento se deba a que estos aún gozaban de prestigio dentro de las filas de FDN, de modo tal que no se podía “desargentinar” tan rápida y completamente la operación sin contar con cierta presencia argentina en su estructura.

Para concluir este capítulo a continuación se expone un cuadro con los hitos fundamentales que marcaron la evolución de las motivaciones de los cruzados occidentalistas. Ellas se destacan con un sombreado color amarillo. Nótese que de entre todas las motivaciones, aquella que atañe a la presencia de los guerrilleros argentinos recién aparece como una motivación *ad hoc* dos años después de que los primeros asesores militares pusieran pié en Nicaragua. El cuadro se completa con datos acerca de los principales acontecimientos políticos que en ese mismo entonces ocurrían en los Estados Unidos y en Nicaragua.

	1977	1979	1981
Argentina	Luego del acuerdo entre Somoza y Viola, media docena de asesores argentinos llegan a Nicaragua.	Tras una invitación del FSLN una facción del PRT-ERP empieza a colaborar en la Ofensiva Final.	Los militares argentinos acuerdan un plan tripartito con Estados Unidos y Honduras para intervenir en la crisis el conflicto armado nicaragüense
Motivaciones de los sectores cruzados occidentalistas del Ejército Argentino	Motivaciones geopolíticas : - Contener la avanzada comunista América Latina - Ocupar los lugares que deja vacante los Estados Unidos - Reafirmar el "liderazgo militar" argentino en la región. - incrementar la venta de armas argentinas a los países de la región y a las fuerzas antisandinistas.	La presencia de los guerrilleros argentinos y la decisión de capturarlos se añade como una motivación <i>ad hoc</i> a las que los cruzados occidentalistas ya tenían desde 1977.	El acuerdo con los Estados Unidos añade otra motivación <i>ad hoc</i> : utilizar el apoyo norteamericano para el logro de objetivos de política interna (acceder al poder dentro del Ejército y dentro de la Junta Militar) y de política externa (el conflicto del Beagle con Chile y el de Malvinas con Gran Bretaña)
EE.UU.	Carter impulsa su política de defensa de los Derechos Humanos.		Asume Ronald Reagan la presidencia de los Estados Unidos y busca un acercamiento con las dictaduras militares sudamericana.
Nicaragua		Luego la Revolución del 19 de Julio Asume el gobierno de Nicaragua una Junta de Reconstrucción Nacional controlada por los Sandinistas	

Cuadro 5. **Fuente:** elaboración propia

VIII. CONCLUSIONES

Periodista: *“El pueblo quiere saber que lo que piensa...”*
General Galtieri: *“¿Y decirlo para que después no pase nada en el país ni en la política, ni en el ejército y que yo me vaya 60 días adentro? ¿Para qué? ¿Para que no pase nada? ¿Para qué?”*

(Fragmento del diálogo de los periodistas Montenegro y Aliverti con el general Leopoldo F. Galtieri en *Los nombres de la derrota*, 1982)

A lo largo de esta investigación se puso énfasis en aspectos contextuales y estructurales. La comprensión del contexto internacional resultó fundamental para entender las motivaciones de los militares argentinos al momento de llevar a adelante su campaña extraterritorial en Centroamérica. Pero esta tarea resultará insuficiente si no se hace el esfuerzo intelectual de articular ese contexto internacional con los determinantes estructurales particulares de la política exterior argentina. Se trata de combinar dos factores que conformaron la base material sobre la que se elaboraron los planes intervencionistas del Ejército Argentino.

VIII.1. La tesis de la autonomía

En el capítulo V titulado “El efecto Malvinas...” se analizó en profundidad el esquema de toma de decisiones del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983), especialmente el período del general Galtieri (1981-1982) en el que se dio el ascenso de los sectores cruzados occidentalistas del Ejército Argentino. Allí se llegó a la conclusión de que los militares argentinos perseguían objetivos propios en su campaña centroamericana, y que, por lo tanto, no obraban bajo el auspicio o las órdenes de los Estados Unidos. En ese sentido la tesis de autonomía es la que más se adecua para comprender el modo de acción de los militares argentinos. Autonomía tanto en el ámbito local como internacional. Esto es, autonomía respecto de los Estados Unidos, pero

también autonomía respecto del Poder Ejecutivo Nacional ya sea que en su ejercicio se encontrara un civil o un militar.

Sobre este punto no son pocos los que coinciden en señalar que los cruzados occidentalistas se movían en las arenas locales y externas sin rendir muchas cuentas a nadie. Ello dificultará notablemente su relación con la CIA como se expuso en el capítulo III inciso 5. Allí el ex agente de la Central de Inteligencia Duane R. Clarridge hizo hincapié en el carácter inmanejable e insubordinado de los asesores militares argentinos. En una misma sintonía, algunos altos funcionarios de la administración republicana de 1981-1989 coinciden con el testimonio de Clarridge:

“Porque además lo que dicen los americanos que yo he entrevistado, entre ellos Patricia Derian, es que los argentinos no obedecían. Los tipos estaban haciendo la de ellos. No es que se pusieron bajo las órdenes de los americanos cuando Reagan entra en la región ya de manera muy clara. Había como una especie de lógica propia; eran sectores bastante autónomos. Porque lo que todos coinciden es en que los argentinos eran inmanejables, era imposible controlarlos. Todo el mundo coincide en esto.” [Entrevista con Roberto Russell, 30/07/2012]

Por su parte el cientista político Ariel Armony también adhiere a la tesis de autonomía partiendo de una metodología comparativa:

“Para medir el nivel de autonomía desde el punto de vista del análisis político uno debe recurrir al concepto de unidades políticas comparadas. Esto es, para saber si hubo o no autonomía uno debe comparar. Entonces, cuando la CIA se hace cargo de las operaciones lo que se ve es que el nivel de autonomía con que se mueven se reduce muchísimo. En cambio los argentinos operaban con un nivel de autonomía mucho más alto. Ello se debe a que no existía un mecanismo de control ni de evaluación de las actividades ni ningún tipo de rendición de cuentas; se trataba de una dictadura. Por el contrario cuando aparece la CIA, en el Congreso de los Estados Unidos se dan las reuniones y las grandes discusiones acerca de renovar o no la ayuda o si los Contras violaban o no los derechos humanos.” [Entrevista con Ariel Armony, 27/10/2012]

Armony concluye que el rol de las fuerzas militares argentinas en América Central no puede explicarse como cumpliendo simplemente un mandato de los Estados Unidos, sino que más bien lo hicieron bajo su propio auspicio:

“La idea central que trabajé en mi libro es que la guerra fría en América Latina no fue un simple reflejo del conflicto entre las dos superpotencias, sino que

tuvo su propia dinámica. En ese sentido la Argentina actuó como un actor autónomo en muchos aspectos y no simplemente un peón de las grandes potencias.” [Entrevista con Ariel Armony, 27/10/2012]

A lo largo de los capítulos de este trabajo se mostró que los cruzados occidentalistas del Ejército Argentino obraban como actores independientes en su participación dentro del conflicto centroamericano, y que si bien contaron con la importante colaboración de la CIA durante el gobierno de Carter y con la apoyo amplio y decidido durante el gobierno de Reagan, nunca dejaron de lado sus objetivos primarios, hecho que generaba fuertes tensiones con los norteamericanos hasta que estos optaron por prescindir de la mano de obra argentina y asumieron directamente el control del operativo “Contra”.

Además, como se señaló, la decisión de ocupar lugar que los Estados Unidos estaban dejando vacante en la lucha hemisférica contra la penetración soviética responde a factores estructurales de la política exterior argentina que tienen su origen en sus frustradas aspiraciones de liderazgo regional. La combinación entre esta aspiración por proyectar la influencia argentina en América Latina y las percepciones geopolíticas propias de la guerra fría conformaron el núcleo de la campaña extraterritorial. Dentro de este esquema, las grandes ganancias provenientes de la ventas de armamentos a los regímenes centroamericanos constituyeron una motivación *ad hoc* de los militares argentinos para intervenir en la crisis centroamericana. La defensa de occidente también podía ser un buen negocio.

VIII.2. La diplomacia paralela

Se ha identificado a los cruzados occidentalistas como los sectores del Ejército que idearon y emprendieron la campaña extraterritorial en América Central. Estos grupos desplegaron una diplomacia paralela de envergadura que incluía relaciones directas con estrategas e importantes figuras del Partido Republicano, jefes de algunos ejércitos latinoamericanos (por ejemplo, Bolivia) [Goobar. 8/08/1993], el *lobby* sudafricano, organizaciones de tráfico de drogas y lavado de dinero [Verbitsky. 2006: 101-102], con el servicio de inteligencia Mossad y con traficantes de armas israelíes [Armony. 1999: 151, 128-130].

Tal esquema de relaciones los condujo a un muy particular tipo de vínculo con la principal potencia del norte caracterizado por una política de seducción y alineamiento. Pero, como se expuso en los capítulos anteriores, se trató más bien de una sobreactuación que ocultaba objetivos propios de política exterior y donde la lucha política al interior de régimen militar jugó un papel importante. La sobreactuación se materializó en vuelcos rotundos en política exterior y en definiciones tajantes de parte de los cruzados occidentalistas. Sobre este punto Fabián Bosoer concluye que:

“Acostumbrados a esta constante política de palos y zanahorias prodigada por los funcionarios estadounidenses, los generales, almirantes y brigadieres que ocuparon el poder en la Argentina serían presa, una y otra vez, de resolver mediante vuelcos contundentes la extensa secuencia de desencuentros y desentendimientos con Washington. Además juzgaban que algunas definiciones tajantes en la política externa ayudarían a superar el asilamiento internacional y fortalecerían su posición en el orden doméstico. Ello los llevaría a interesarse en opciones que sin embargo, no harían otra cosa que confirmar la desconfianza que generaban en el exterior, aún en sus interlocutores más cercanos” [Bosoer. 2007a: 66]

El proyecto “Contra” se llevó a adelante a través de la diplomacia paralela del Ejército Argentino. Es obvio que Cancillería argentina tenía conocimiento del mismo. Pero poco podía hacer al respecto. Sobre el papel específico de Costa Méndez en este tema resultan válidas las reflexiones de la periodista Laura Noro en su artículo “Cuando falla la diplomacia” sobre el rol ejercido por este diplomático durante el conflicto de Malvinas. Noro juzga que en la entrevista que tuvo con Costa Méndez en 1986 se puso de manifiesto una “llamativa ingenuidad” sobre el tratamiento de fondo, y un “dudoso y liviano análisis” frente a la posterior reacción de Gran Bretaña. Y concluye que:

“De sus palabras se deduce claramente que estaba atado de pies y manos. La junta militar quería la guerra. Vanos fueron sus intentos por evitarla. Los recursos diplomáticos que manejó, de poco sirvieron.” [Noro. Revista DEFF. 04-2007: 43]

Similar esquema se puede aplicar al caso de la intervención en América Central. Como se expuso en el capítulo V inciso 1, entre los años 1976 y 1982 el régimen militar argentino presentaba tres ejercicios diplomáticos muchas veces autónomos y contradictorios correspondientes a los distintos centros generadores de su política exterior. Tales centros eran las Cancillería, el Ministerio de Economía y la cúpula militar (junto a sus estados mayores) que en su conjunto presentaban una especie de división

de competencias, en donde los últimos pusieron en práctica en forma autónoma una política de estrecha colaboración estratégica y militar con los Estados Unidos reservándose la conducción de todos los aspectos que consideraron correspondiente al orden estratégico.

Este esquema permite focalizar el sector específico de donde se gestó y se ejecutó la cruzada anticomunista argentina. El importante margen de autonomía con el que se desenvolvían es un dato esencial a tener en cuenta al momento de analizar sus motivaciones y el papel que en ellas jugaron la presencia de los guerrilleros argentinos en América Central.

VIII.3. Lectura epidérmica versus lectura estructural

Juan Carlos Puig sostiene que en lo que hace a la política exterior argentina, lo que a simple vista se observa como una incongruencia epidérmica encierra en realidad una notable coherencia estructural. En otras palabras, cuando situamos en un eje transversal al aparente vaivén de la actuación internacional de la Argentina, observaremos la manifestación de una serie de líneas de continuidad. El autor analiza los distintos períodos de la historia Argentina desde su independencia hasta la Guerra de Malvinas y realiza un estudio estructural de los grandes modelos de política exterior que corresponden a cada etapa. Dentro de ese eje las aparentes contradicciones del último régimen militar (1976-1983) comienzan a tomar una razón de ser. Así desde 1945 los períodos que se fueron sucediendo fueron:

1945-1955. Tercera posición: autonomía heterodoxa con referencia a los Estados Unidos

1955-1973. Dependencia nacional con referencia a los Estados Unidos con resabios autonomistas.

1973-1976. Nuevo proyecto autonomista heterodoxo.

1976-1982. Persistencia del modelo autonomista heterodoxo en un contexto político-económico disfuncional y dependista. [Puig. 1984: 93]

En 1976 el gobierno constitucional fue derrocado por un golpe militar. No obstante, para muchos fue sorprendente que las líneas fundamentales de política internacional iniciadas

en 1973 no sólo que no se interrumpieron, sino que incluso se profundizaron. En ese sentido, la Argentina siguió siendo miembro pleno del Movimiento de Países No Alineados y mantuvo estrecha relaciones comerciales con países de la órbita socialista, incluso con Cuba. [Puig. 1984: 155]

Según Puig durante el gobierno militar las pautas de autonomía heterodoxa se mantuvieron con respecto a los Estados Unidos en cuestiones tales como la política nuclear, el respeto a los Derechos Humanos (específicamente durante el gobierno de James Carter), la política de embargo cerealero dirigida a la URSS y la guerra de Malvinas. Sobre este punto resulta interesante, observar que si bien el breve período de Galtieri en la presidencia pareciera romper el patrón del autonomismo heterodoxo, sólo lo hace en algunos aspectos y termina volviendo rápidamente a sus principios rectores. Esto se percibe claramente en la conversación telefónica en la que horas antes del desembarco argentino en Malvinas el presidente Reagan le advierte a Galtieri acerca de las negativas consecuencias que tal operación iban a tener en las relaciones bilaterales entre ambos países. Pese a toda advertencia Galtieri optó por una decisión de carácter autónomo de graves consecuencias para nuestro país.

Todo ello revela que pese la “luna de miel” del gobierno de Galtieri con la administración Reagan, había principios estructurales que reglaban la política exterior argentina en una determinada orientación y que la política de seguidismo sólo podía ser coyuntural, superficial y exclusivamente en algunas áreas temáticas, como el envío de fuerzas de paz al Sinaí o la participación en la crisis centroamericana.

Ahora, la confusión que se produce al leer la variada bibliografía acerca de la intervención de los cruzados occidentalistas, sus motivaciones y el rol de los guerrilleros argentinos, se debe a la multiplicidad de puntos de vistas que se ponen en juego. No obstante, y a muy grandes rasgos, aquí también se pueden identificar dos tipos de miradas o lecturas del fenómeno: la epidérmica y la estructural. Una lectura epidérmica hace foco en la motivación militar de capturar a los guerrilleros argentinos, mientras que una lectura más estructural hace hincapié en razones más de corte geopolítico y estructural. Aquéllos que presentan una visión epidérmica son principalmente los periodistas y los biógrafos quienes suelen aplicar una lectura más de corte longitudinal e históricamente descontextualizada. En tanto que los analistas internacionales abordan el fenómeno desde un corte transversal a través del cual se observan continuidades estructurales. Dese

esta perspectiva las motivaciones primarias ya no son únicamente “cazar” guerrilleros argentinos, sino que más bien apuntan a factores más de fondo como la matriz de pensamiento globalista, el alineamiento heterodoxo, y el lapsus de *bandwagoning*⁴⁸ aplicado por Galtieri.

Ambas lecturas son en cierto modo correctas porque se apoyan en datos fácticos. Pero se trata de datos distintos. Teniendo en cuenta las características particulares de este conflicto se observa que mientras que los periodistas tuvieron más acceso a fuentes del terreno en donde actuaba la tropa, los analistas internacionales tuvieron más acceso a fuentes de la cúpula que estaba en Buenos Aires. Ahora bien, si los testimonios de ambos sub-grupos son distintos es porque efectivamente sus motivaciones eran distintas: así, mientras que los generales de Buenos Aires priorizaban objetivos estratégicos y geopolíticos, la tropa desplegada en la región entró en contacto directo con militares hondureños, agentes de la CIA, mercenarios, traficantes de armas, y empezó a involucrarse en las rencillas y disputas propias del conflicto centroamericano. De ese modo, los intereses de la tropa se fueron tornando más inmediatos y “personales”.

Este proceso descrito no es un fenómeno nuevo, sino que data de las épocas de los procónsules romanos, y algunos autores lo designan como sub-imperialismo. Con ese término se denomina a los altos grados de autonomía que ejercen las fuerzas de un imperio cuando se encuentran actuando en un terreno ajeno y distante al propio. Si bien aquí no se trató de un imperio, no obstante, es posible extrapolar el concepto para explicar esa diferencia de motivaciones entre la tropa en el extranjero y los generales en la metrópoli.

El fenómeno del sub imperialismo también se insinúa, aunque mucho más tenuemente, en el PRT-ERP en donde los cuadros más altos marcaban la política y algunos militantes (muy pocos) empezaban a tener una dinámica propia. Pero la gran diferencia está en que tanto cuadros altos como bajos sí compartían el terreno. La decisión de volver a la Argentina se tomó a nivel de las cúpulas y los militantes accedieron a Nicaragua por motivos más “personales” como el de continuar la lucha allí, en Nicaragua o donde fuera. Esta comparación de ningún modo implica afirmar que las motivaciones guerrilleras tenían puntos en común con las motivaciones militares. Se trata de dinámicas totalmente

⁴⁸ Se denomina *bandwagoning* a la política exterior de alineamiento automático o de acoplamiento que efectúa una nación periférica con respecto a una gran potencia.

opuestas. El internacionalismo revolucionario de inspiración guevarista es una máxima que guía al guerrillero hacia los fines de lograr la revolución socialista mundial y por lo tanto es proactivo. Mientras que la cruzada occidentalista de los militares se ajusta más a una defensa del *Status Quo*, y en ese sentido es de naturaleza reactiva, o defensiva.

VIII.4. Internacionalismo revolucionario versus exportación del “método argentino”: dos dinámicas independientes.

El corolario de este tránsito a través de una multiplicidad de fuentes tanto primarias como secundarias es que militares y guerrilleros confluyeron en un mismo momento y en un mismo teatro de operaciones, cada uno impulsado por motivaciones políticas y estratégicas que en nada tenían en cuenta la presencia y participación de su rival. Los militares argentinos comenzaron su intervención en 1977 antes de que lo hicieran los guerrilleros en Nicaragua, y su desembarco por fue invitación del propio Dictador Somoza. Por su parte, la presencia de los guerrilleros en Nicaragua es por invitación del FSLN a principios de 1979, para que tanto PRT-ERP como Montoneros participaran en la Ofensiva Final. Los sandinistas habían pasado a la fase de toma del poder y cualquier aporte o colaboración internacionalista les venía bien.

Todo indica que el Internacionalismo Revolucionario y la exportación de “Método Argentino” constituyen en una primera etapa dos procesos independientes cada uno con su dinámica propia. Luego los procesos entran en contacto, se retroalimentan y se activa una nueva dinámica de interacción y revanchismo en la que los militares desplegaos en la región querían capturar a los guerrilleros, y viceversa.

Finalmente, en lo que respecta al plano específico de las motivaciones militares se puede concluir que la presencia de los guerrilleros argentinos en América Central viene a añadirse como una motivación *ad hoc* a otras motivaciones de naturaleza más profunda y estructural, que ya estaban presentes en los cruzados occidentalistas antes de que los guerrilleros irrumpieran en la escena.

VIII.5. ¿Racionalidad o delirio?

En varias entrevistas informales sobre el tema tanto con periodistas como con académicos sobrevolaba la pregunta de si la operación extraterritorial era un delirio de los militares. Pero si uno se desprende de los estereotipos y busca explicaciones más profundas puede que se encuentre una explicación a este fenómeno. ¿Cuál era la racionalidad de la campaña militar del Ejército Argentino? ¿Era un delirio pensar en que los militares argentinos pensarán que el ERP y los Montoneros pudieran usar Nicaragua como una plataforma para lanzar una contraofensiva? Lo cierto es que ello efectivamente ocurrió. Además finalmente lo que ocurrió en Nicaragua era que allí triunfó una revolución socialista real. Veinte años después de la Revolución Cubana nuevamente volvía a producirse una revolución real y en las propias narices de los Estados Unidos. La sensación de peligro por parte de los gobiernos presididos por militares fuertemente adoctrinados en un contexto de guerra fría no puede subestimarse o catalogarse de simple delirio. La Revolución Sandinista le dio un fuerte impulso a las fuerzas de izquierda del continente y contribuyó al fortalecimiento del silogismo progresista como aquel que rezaba: “Si Nicaragua venció, El Salvador vencerá”. El materialismo dialéctico que inspiraba a las distintas corrientes progresistas se basaba, por lo menos hasta antes de la caída de la URSS, en la idea de que la sociedad avanzaba en un movimiento dialéctico hacia formas y organizaciones sociales superadoras. En ese sentido se entendía que el socialismo sería la etapa superior y superadora: la sociedad sin clases sociales y sin lucha de clases. El mismo Salvador Allende advertía en su último discurso, minutos antes de que el ejército tomara el palacio de La Moneda, que los procesos sociales se podían retrasar pero no se podían detener:

“...no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos”. [Allende, Salvador. Último discurso 11/09/1973, 9:10 AM]

La victoria sandinista venía a confirmar que la lucha armada en América Latina podía ser un camino para llegar al socialismo. Y por supuesto que los regímenes represivos como el argentino sintieron un sudor frío al ver en los diarios a los jefes montoneros Firmenich y Vaca Narvaja declarando que ellos habían participado de la Ofensiva Final. Ahora la pregunta es, ¿esto constituía un peligro real o simplemente una amenaza potencial que fue sobredimensionada por la inteligencia militar?

Tradicionalmente, la Argentina había tenido la aspiración frustrada de jugar un liderazgo hemisférico. De modo que, la percepción de vacío y de que los Estados Unidos estaban

desentendiendo de su liderazgo regional, se percibió como una oportunidad de expandir la influencia argentina en la región y de cumplir con ello una “suerte de destino manifiesto” que por fin venía a concretarse.

Armony propone una lectura de la intervención argentina en América Central desde una perspectiva global de carácter continental y hemisférico. Según su punto de vista:

“Todas las guerras de este período no pueden ser consideradas como guerras separadas, sino que lo que hubo realmente fue una gran guerra de carácter hemisférico. No fue cómo dicen los militares una ‘tercera guerra mundial’. Pero realmente fue una guerra de carácter hemisférico de ambos lados. Hubo un alto nivel de coordinación a nivel de las jerarquías y los liderazgos militares de los distintos países, después lo que pasaba en el terreno ahí ya había una enorme variación y muchas veces muy poco control de lo que ocurría. Porque cuando las actividades son clandestinas ¿Cuál es la real capacidad que tienen los gobiernos para dirigir esas actividades?”
[Entrevista con Ariel Armony, 27/10/2012]

Lo cierto es que el alto grado de coordinación que existía entre las jerarquías militares también existió en el bando de las organizaciones revolucionarias. Y más allá de las obvias grandes diferencias (los primeros controlaban el aparato del Estado) el dato relevante es que ambos bandos manifestaban un alto grado de coordinación entre sus fuerzas. Si bien JCR tenía dificultades para ser considerada una verdadera internacional guerrillera, su simple existencia constituía una seria amenaza para las fuerzas militares de la región.

VIII.6. Epílogo

Cabe aclarar que todo el esfuerzo intelectual que aquí se realizó para abordar y comprender las motivaciones de los sectores del Ejército Argentino, al que se denominó como cruzados occidentalistas, se hizo con la idea de entender su particular esquema de pensamiento al momento de emprender su particular cruzada internacional contra el comunismo en América Central. Bajo ningún concepto debe confundirse este esfuerzo intelectual con una justificación de su accionar ni mucho menos con una apología.

Asimismo, el énfasis en aclarar que se trataba de sectores de la oficialidad apunta focalizar el hecho de que las estructuras militares no son monolíticas, sino que están atravesadas por corrientes y líneas de opinión internas.

Es que al fin y al cabo no fueron las Fuerzas Armadas las que en 1985 estuvieron sentadas en el banquillo de los acusados durante los juicios a las juntas militares, sino personas de carne y hueso a las que se les endilgaron delitos puntuales y específicos. La Constitución Nacional y los Convenios Internacionales sobre Derechos Humanos serán letra muerta en tanto y en cuanto nuestro pueblo y sus dirigentes no asuman las responsabilidades que en esta historia a cada uno se le demanden. Porque en definitiva son las sociedades las que extienden “cheques en blanco”, las que se entregan al arrullo de fuertes líderes mesiánicos, las que deciden “mirar para otro lado” y las que llenan las plazas tanto para causas justas como para aventuras militares desmesuradas. Yo espero, y esta es mi primera y última esperanza, que nunca más los argentinos volveremos a sumergirnos en la infamia y la degradación. Es nuestra exclusiva responsabilidad la de evitar que las nuevas generaciones repitan nuestros errores. Millones de jóvenes argentinos no se lo merecen.

SIGLAS

BLI – Batallones Livianos de Infantería (Nicaragua)
CIDH – Comisión Interamericana de Derechos Humanos (Órgano dependiente de la OEA)
CELS – Centro de Estudios Legales y Sociales (Argentina)
CIA – Central Intelligence Agency
CONADEP (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas)
DNI – Dirección Nacional de Investigaciones
EEBI – Escuela de Entrenamiento Básico de Infantería
ELN – Ejército de Liberación Nacional (Bolivia)
FAP – Fuerzas Armadas Peronistas
FDN – Fuerzas Democráticas Nicaragüenses
FSLN – Frente Sandinista de Liberación Nacional
FUSEP – Fuerza de Seguridad Pública (Honduras)
GTE – Grupo de Tareas Exterior
JCR – Junta de Coordinación Revolucionaria
MILPAS – Milicias Populares Antizomostas, que luego devendrán en Milicias Populares Antisandinistas. (Nicaragua)
MIR – Movimiento de Izquierda Revolucionaria (Chile)
MLN-Montoneros – Movimiento de Liberación Nacional-Montoneros
MTP – Movimiento Todos Por La Patria (Argentina)
OEA – Organización de Estados Americanos
OLAS – Organización Latinoamericana de Solidaridad
OTAN – Organización del Tratado del Atlántico Norte
OTAS – Organización del Tratado del Atlántico Sur
PCR – Partido Comunista Revolucionario
PRT-ERP – Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo
SIDE – Servicio de Inteligencia del Estado (Argentina)
TIAR – Tratado de Asistencia Recíproca
UDN – Unión Democrática Nicaragüense

ANEXO 1. UN CUADRO CRONOLÓGICO

A continuación se expone un cuadro cronológico con las fechas más importantes a las que se han aludido en este trabajo. Para una mejor lectura se han seleccionado distintos colores para cada actor involucrado. Con el color anaranjado se distinguen todas las fechas significativas que aluden a la participación del PRT-ERP en la crisis Centroamericana, mientras que con color celeste se remarcan los hitos más destacados que aluden a la intervención de los militares Argentinos en el mismo terreno. Por último, en blanco se han dejado aquéllas fechas más de contexto general o hitos históricos que no aluden exclusiva o directamente a ninguno de los dos bandos. La idea es articular en un solo esquema las acciones de los militares con las de los guerrilleros teniendo como marco o esquema de referencia el contexto nacional e internacional.

FECHA	ACONTECIMIENTO
1972	Luego de la fuga del Penal de Rawson los líderes del PRT-ERP Roberto Santucho, Domingo Menna y Enrique Gorriarán Merlo se refugian en Cuba. Allí entran en contacto con Carlos Fonseca Amador, máximo líder y fundador del FSLN.
Enero 1977	James Carter asume la presidencia de los Estados Unidos e impulsa una política internacional basada en el respeto a los Derechos Humanos.
24 de marzo de 1976	Los militares argentinos realizan un golpe de Estado derrocando al gobierno constitucional de María Estela Martínez de Perón. Asume una Junta encabezada por los comandantes de las tres armas.
1977	Reunión de los Ejércitos Americanos en Nicaragua, oportunidad en la que Anastasio Somoza Debayle condecoró al General Roberto Viola y al almirante Emilio Eduardo Maserá. Ese año desembarcan en Managua media docena asesores militares argentinos que comienzan a participar en la campaña contra la insurgencia sandinista. Todo indica que la decisión de intervenir en la región centroamericana fue una idea de los cruzados occidentales del Ejército Argentino y que en ella los Estados Unidos no tuvieron injerencia, al menos en un principio.
1978	Luego de la división del PRT, Gorriarán Merlo (líder de una de las facciones) viaja a Cuba en donde retoma el contacto con el FSLN y recibe la invitación a participar en la Ofensiva Final.
1979	Asesores militares se encuentran en la región de América Central y brindan instrucción en contrainsurgencia.
Marzo de 1976	El PRT-ERP en el exilio se divide en dos tendencias. El sector liderado por Luis Mattini se queda en Europa, en tanto que la facción leninista liderada por

	Gorriarán Merlo decide unirse a la lucha armada del FSLN en Nicaragua, con vistas a un posible retorno a la Argentina.
Abril de 1979	Las tres tendencias que forman el FSLN (Terceristas, Lucha popular prolongada y Tendencia Proletaria) anuncian la creación de una dirección unificada conformada por tres miembros de cada grupo y convocan a una ofensiva final contra Somoza y su Guardia Nacional.
5 de junio de 1979	Seis combatientes del PRT-ERP ingresan a Nicaragua y se ponen bajo las órdenes del Comandante Edén Pastora, líder del Frente Sur del FSLN.
19 de Julio de 1979	Triunfa la Revolución Sandinista. Los distintos Frentes que componen el FSLN entran a Managua luego de la Ofensiva Final.
Meses después del 19 de Julio de 1979	Inmediatamente después del triunfo de la Revolución el 19 de julio ingresaron a Nicaragua alrededor 70 militantes más, hasta llegar a un número superior a 200.
12 de agosto de 1980	Por primera vez se revela la presencia militar argentina en América Central. La Federación de Estudiantes Universitarios de Honduras (FEUH), denuncia en una conferencia de prensa que habían evidencias de la participación de oficiales del ejército argentino en la formación de grupos paramilitares derechistas, en territorio de Honduras.
Septiembre de 1980	La Confederación Anticomunista Latinoamericana realiza un congreso en Buenos Aires.
12 de septiembre de 1980	Un grupo comando compuesto por ex miembros del PRT-ERP bajo las órdenes del FSLN mata al ex dictador Anastasio Somoza en Asunción del Paraguay.
Noviembre de 1980	El candidato republicano Ronald Reagan triunfa en las elecciones presidenciales en los Estados Unidos.
Diciembre de 1980	Bautismo de fuego de la "Contra". Un grupo de ex guardias nacionales entrenados por militares argentinos atacan la radio de onda corta "Noticias del Continente" situada en territorio costarricense. La estación radial tenía vínculos con Montoneros y denunciaba las violaciones a los derechos humanos cometidas en la Argentina.
20 de enero de 1981	Ronald Reagan asume la presidencia y se compromete a reafianzar la supremacía global de los Estados Unidos.
Principios de 1981	La facción liderada por Gorriarán Merlo concreta su retorno a la Argentina con la formación de una columna de 14 guerrilleros que realizó operaciones de reconocimiento en los montes cercanos al Ingenio Ledesma, Localidad de General San Martín, Provincia de Jujuy.
Junio/Julio de 1981	Un grupo de 23 contras nicaragüense reciben instrucción militar y de inteligencia en Buenos Aires. Los cursos estaban a cargo de capitanes y mayores del Ejército Argentino.
Agosto de 1981	Representantes de la inteligencia militar argentina, agentes de la CIA, y altos miembros las fuerzas militares hondureñas se reúnen en Tegucigalpa y pactan el Operativo <i>Charlie</i> .

Septiembre/Octubre de 1981	En una conversación con el secretario de Estado Alexander Haig el Canciller del gobierno del general Viola, Oscar Camilón, le explica a su par estadounidense que "Argentina no cooperará con los Estados Unidos desde el punto de vista militar" en Centroamérica. Para algunos autores tal negativa marcaría el fin del gobierno de Viola.
Noviembre de 1981	El entonces jefe de la Dirección América Latina de la CIA, Duane Clarridge, viaja a Buenos Aires y se entrevista con Galtieri para acordar una acción tripartita con Honduras. El plan es desarrollar una guerra de baja intensidad que obligue a los sandinistas a llamar a elecciones.
Noviembre de 1981	Gira del entonces Jefe del Ejército, Leopoldo Fortunato Galtieri, por Estados Unidos. Galtieri manifiesta a los norteamericanos la disponibilidad de las tropas argentinas para operar en América Central. Comienza la colaboración entre los Estados Unidos y la Argentina en lo que hace al operativo "Contra".
16 o 22 de noviembre de 1981 (la fecha varía de acuerdo a qué fuente se consulte)	En una reunión del Consejo de Seguridad Ronald Reagan firma la autorización oficial NSDD-17 que autoriza a la CIA a realizar operaciones secretas contra Nicaragua.
1° de diciembre de 1981	Reagan autoriza a la CIA a trabajar con gobiernos extranjeros para constituir un movimiento paramilitar antisandinista.
22 de diciembre de 1981	El general Leopoldo Fortunato Galtieri asume mediante un golpe interno la presidencia del país.
2 de abril de 1982	Guerra de Malvinas. Mediante un operativo sorpresa las fuerzas militares argentinas recuperan el control de la Islas Malvinas dando lugar a la conflagración.
14 de Junio	Las tropas argentinas en Malvinas se rinden incondicionalmente ante las fuerzas británicas.
Mediados de 1982	Luego del cambio drástico en la coyuntura política debido a la derrota de Malvinas, Gorriarán Merlo da la orden para que la columna de 14 guerrilleros operaba en Jujuy baje del monte.
30 de noviembre de 1982	El capitán argentino Héctor Francés García confiesa la intervención del Ejército de su país América Central. La Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP) situada en México se proyectó un videocasete de una hora de duración en donde el agente militar argentino narraba frente las cámaras los detalles y pormenores de sus actividades en América Central.
Diciembre de 1983	El Dr. Raúl Alfonsín del partido Unión Cívica Radical (UCR) asume la presidencia de la Nación Argentina.
Principios de 1984	La CIA empieza a asumir el control total de la campaña antisandinista.
1984	Según el Periodista Roberto Bardini en a comienzos de 1984 la CIA decide prescindir de los asesores argentinos y ya para las postrimerías de ese mismo año todos ellos retornan a Buenos Aires. El proyecto Contra pasa a

	manos exclusivas de los norteamericanos.
--	--

Cuadro 6. **Fuente:** elaboración propia

LISTA DE ENTREVISTADOS

Ex guerrilleros:

Daniel De Santis, entrevista personal, La Plata, 14/09/2010.

Jorge "El Colorado" Marcos, entrevista personal, Rosario, 09/10/2010.

María Felisa Lemos, entrevista personal, Rosario, 09/10/2010.

Ana María Sívori, entrevista personal, Buenos Aires, 16/10/2010.

Analistas Internacionales

Dr. Roberto Russell, entrevista personal, Buenos Aires, 30/07/2012.

Dr. Ariel Armony, entrevista a través de Skype, Buenos Aires-Miami, 28/10/2012.

BIBLIOGRAFÍA

Artículos de revistas especializadas y de periódicos

Baron, Ana (2006, marzo 24) "Entrevista exclusiva con el ex jefe de la CIA Duane Clarridge: Los argentinos eran arrogantes, sin límites y querían controlar el dinero", *Clarín*. Citado de: <http://edant.clarin.com/suplementos/especiales/2006/03/24/l-01164373.htm>

Fecha de Consulta: 20/08/2012.

Bonasso, Miguel (2003, marzo 25). "El poder detrás del trono", *Página/12*. Citado de: www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-18017-2003-03-25.html

Fecha de consulta: 11/08/2012

Borón, Atilio; Selsler, Gregorio (1979, 2do. Semestre). "Las relaciones argentino-norteamericanas bajo la administración de Carter", en *Cuadernos Semestrales*, (publicado por el Centro de Investigación y docencia Económicas, CIDE), N° 6.

Cardoso, Oscar Raúl (2006, marzo 24). "El contexto internacional: tras la derrota de Estados Unidos en Vietman se temía un avance soviético. Argentina Bajo la ola conservadora mundial", *Clarín*.

Eichelbaum, Carlos (2006, marzo 24). "Política: las fuerzas armadas, los partidos políticos, y los planes para el día después. Internas militares, apoyo y poca resistencia", *Clarín*.

Goobar, Walter (1993, agosto 8). "Escuela de dictadores", *Página/12*.

Kruijt, Dirk (2011). Revolución y contrarrevolución: el gobierno sandinista y la guerra de la Contra en Nicaragua, 1980-1990. *Desafíos* 23-II, pp. 53-81

Maira, Luis. (1984, Julio-septiembre 1984). "El sistema interamericano en la encrucijada". *América Latina Internacional*, Vol. 1, Nro. 1.

Norro, Laura. (2007, abril 20) "Relecturas. Cuando falla la diplomacia". Revista *DEFF*. Año 3. Nro. 20, Pag. 43.

Seoane, María (2006, marzo 24). "Las operaciones clandestinas en Latinoamérica: Bolivia, Nicaragua, Honduras, Guatemala, El Salvador. Los secretos de la guerra sucia continental de la dictadura", *Clarín*.

Citado de: <http://www.clarin.com/suplementos/especiales/2006/03/24/l-01164353.htm>

Fecha de Consulta: 11/08/2012

Vacs, Aldo C. (1989) "A delicate balance: confrontation and cooperation between Argentina and the United States in the 1980s". *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, Vol. 31, Nro. 4.

Documentos militares de inteligencia

Comando General del Ejército, EMGE, Jefatura II de Inteligencia, Anexo 1 (inteligencia) a la secreta Nro. 404/75 del Comandante en Jefe del Ejército, "Síntesis de los orígenes, evolución y doctrina del PRT-ERP y la JCR", firmada por el coronel Carlos Alberto Martínez, Subjefe de Inteligencia del Ejército, Buenos Aires, 28 de octubre de 1975.

Comando General del Ejército, EMGE, Jefatura II de Inteligencia, Directiva del Comandante en Jefe del Ejército Nro. 504/77, "Continuación de la ofensiva contra la subversión durante el período 1977/78", firmada por teniente general Jorge Rafael Videla, Comandante en Jefe del Ejército, Buenos Aires, 20 de abril de 1977.

Citado de <http://www.desaparecidos.org/nuncamas/web/document/militar/50477.htm>.

Fecha de consulta: 09/05/2011.

Comando General del Ejército, EMGE, Jefatura II de Inteligencia, Anexo 1 (inteligencia) a la secreta Nro. 504/77 del Comandante en Jefe del Ejército, "Continuación de la ofensiva contra la subversión durante el período 1977/1978", firmada por el general Roberto Eduardo Viola, Buenos Aires, 20 de abril de 1977.

Citado de <http://www.desaparecidos.org/nuncamas/web/document/militar/50477.htm>.

Fecha de consulta: 09/05/2011.

Comando General del Ejército, EMGE, Jefatura II de Inteligencia, Apéndice 8 “Actualización de la situación subversiva. Anexo 1 (inteligencia) a la directiva del comandante en jefe del Ejército Nro. 504/77, “Continuación de la ofensiva contra la subversión durante el período 1977/78”, firmada por el general Alberto Alfredo Valín, Jefe II de Inteligencia del Ejército, Buenos Aires, mayo de 1978.

Comando General del Ejército, EMGE, Jefatura II de Inteligencia, Anexo 1 (inteligencia) a la secreta Nro. 604/79 del Comandante en Jefe del Ejército, “Continuación de la ofensiva contra la subversión”, firmada por el general Alberto Alfredo Valín, Jefe de Inteligencia del Ejército, Buenos Aires, 24 de diciembre de 1981.

Documentos e informes de investigación

Fontana, Andrés (1984). “Fuerzas armadas, partidos políticos y transición a la democracia en Argentina”. Buenos Aires, CEDES.

Fontana, Andrés (1986). “De la crisis de Malvinas a la subordinación condicionada: conflictos intramilitares y transición política en Argentina”. Buenos Aires, CEDES.

Grabendorff, Wolf (1981). “¿De país aislado a país preferido? Las relaciones entre Argentina y Estados Unidos: 1976-1981.” Augsburg, Asociación Alemana de Investigaciones sobre América Latina. Simposio: “La Argentina: problemas actuales y perspectivas futuras”.

Maira, Luis (1983a). “La crisis centroamericana y su contexto externo: de la guerra de las Malvinas a la invasión de Granada”, México, Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).

Maira, Luis (1983b) “The U.S. debate on the Central American crisis”. Documento reimpresso tomado del libro: Fagen, Richard; Pellicer, Olga. *The future of Central America: policy choices for the U.S. and Mexico*, Stanford, Stanford University Press, 1983.

Maira, Luis A. (1984). “El marco global de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina”, México, Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).

Russell, Roberto; Tokatlián, Juan Gabriel (1986). "Argentina y la crisis centroamericana (1976-1985)", Buenos Aires, FLACSO.

Russell, Roberto; Tokatlián, Juan Gabriel (1987). "Argentina y la crisis centroamericana (1976-1985)", en "La unión Soviética y la Argentina frente a crisis centroamericana", Buenos Aires, FLACSO.

Yopo, Boris (1987). "La Unión Soviética y la crisis centroamericana", en "La unión Soviética y la Argentina frente a crisis centroamericana", Buenos Aires, FLACSO.

Libros

Andersen, Martin. (1993) *Dossier secreto: el mito de la guerra sucia*. Buenos Aires, Planeta.

Arson, Cynthia J., comp.; Taraciuk, Tamara P., comp.; Dinges, Jhon; Osorio, Carlos M.; Verbitsky, Horacio; Armony, Ariel; Harris, F. A.; Colombo Sierra, Agustín; Russell, Roberto; Falcoff, Mark; Tussie, Diana. Woodrow Wilson International Center for Scholars; Centro de Estudios Legales y Sociales. (2004) *Relaciones bilaterales entre Argentina y Estados Unidos: pasado y presente*. Buenos Aires: Woodrow Wilson International Center for Scholars, CELS.

Armony, Ariel C. (1999). *La Argentina, los Estados Unidos y la Cruzada Anticomunista en América Central, 1977-1984*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

Bardini, Roberto (1988). *Monjes, mercenarios y mercaderes*. México, Editorial Mex-Sur.

Bonasso, Miguel (2001), *Recuerdo de la muerte*. Buenos Aires, Planeta.

Bosoer, Fabián (2005). *Generales y embajadores. Una historia de las diplomacias paralelas en Argentina*. Buenos Aires, Vergara.

Bosoer, Fabián (2007a). *Malvinas, capítulo final. Guerra y diplomacia en Argentina (1942-1982)*, Tomo I, Buenos Aires, Capital Intelectual. Colección "Claves para todos"

Bosoer, Fabián (2007b). *Malvinas, capítulo final. Guerra y diplomacia en Argentina (1942-1982)*, Tomo II, Buenos Aires, Capital Intelectual. Colección "Claves para todos"

Camilión, Oscar (1999), *Memorias políticas. De Frondizi a Menem (1956-1996)*. Buenos Aires, Planeta.

Cardoso, Óscar Raúl Cardoso; Kirschbaum, Ricardo, Van Der Kooy, Eduardo (1983). *Malvinas: la trama secreta*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana S.A.

Castillo Rivas, Donald (1993). *Gringos, contras y sandinistas. Testimonio de la guerra civil en Nicaragua*. Bogotá, Tercer Mundo Editores.

Cisneros, Andrés; Escudé, Carlos (comps.) (2000). *Historia General de las Relaciones Exteriores de la República Argentina. Tomo XIV. Las Relaciones Políticas, 1966-1989*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.

De Santis, Daniel (2010). *La historia del PRT-ERP por sus protagonistas*. Temperley, Edición Finlandia.

Dickey, Christopher (1987). *Con los contras*. Buenos Aires, Sudamericana-Planeta.

Duhalde, Eduardo Luis (1983). *El estado terrorista argentino*. Buenos Aires, Ediciones El Caballito S.A.

Fagen, Richard (1984). "Nicaragua sandinista y el contexto internacional", en Heraldo Muñoz y Joseph Tulchin (comps.), *Entre la autonomía y la subordinación. Política exterior de los países latinoamericanos*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.

Frontalini, Daniel; Caitani, María Cristina (1984). *El mito de la guerra sucia*. Buenos Aires, CELS.

García Lupo, Rogelio (1985). *Diplomacia secreta y rendición incondicional*. Buenos Aires, Editorial Legasa.

Genevieve y Elie-Geoges Berreby (1988). *Edén Pastora. Comandante Cero, el héroe traicionado de la revolución en nicaragua*. México DF, Noguea.

Gorriarán Merlo, Enrique (2003) *Memorias de Enrique Gorriarán Merlo. De los setenta a La Tablada*. Buenos Aires, Planeta.

Grabendorff, Wolf (1983). “¿De país aislado a país preferido? Las relaciones entre Argentina y Estados Unidos: 1976-1981”, en Peter Waldmann y Ernesto Garzón Valdéz (comps.) *El poder militar en la Argentina 1976-1981*. Buenos Aires, Galerna.

Herrera, René; Xochitl Lara (1996). *La pacificación de Nicaragua*. San José de Costa Rica, FLACSO.

Maira, Luis (1982). “La política latinoamericana de la administración Regan: del discurso armonioso a las primeras dificultades. Temas de Política Internacional”, en Helio Jaguaribe (comp.) *La política internacional de los años '80. Una perspectiva latinoamericana*. Buenos Aires, Editorial de Belgrano.

Moneta, Carlos J. (1984a) “Elementos para el proceso de toma de decisiones del régimen militar argentino en el conflicto de las Islas Malvinas: 1976-1983”, en Heraldo Muñoz y Joseph Tulchin (comps.), *Entre la autonomía y la subordinación. Política exterior de los países latinoamericanos*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.

Moneta, Carlos J. (1984b). “El conflicto de las Islas Malvinas en el contexto de la política exterior argentina”, en Roberto Russell (comp.) *América Latina y la guerra en el Atlántico Sur. Experiencias y desafíos*. Buenos Aires, Editorial de Belgrano.

Montenegro, Néstor; Aliverti, Eduardo (1982). *Los nombres de la derrota*. Buenos Aires, Nemont.

Montero, Hugo (2012) *De Nicaragua a La Tablada. Una historia del Movimiento Todos por la Patria*. Buenos Aires, Continente.

Morales, Abelardo (1995). *Oficios de Paz y Posguerra en Centroamérica*. San José de Costa Rica, FLACSO.

Multipartidaria (1982). *La propuesta de la Multipartidaria*. El Cid Editor, Buenos Aires.

Noblen, Dieter (1983). "Consideraciones acerca de la cuenca del Plata como sistema de relaciones internacionales. El papel de Argentina en el proceso de cooperación y conflicto", en Peter Waldmann y Ernesto Garzón Valdéz (comps.) *El poder militar en la Argentina 1976-1981*. Buenos Aires, Galerna.

Núñez, Carlos (1980). *La sublevación de Managua. El repliegue a Masaya*. Buenos Aires: Editorial Cartago.

Peña, Felix (1983). "La Argentina en un mundo que cambia: prioridades de la política exterior argentina a partir de los años '70", en Peter Waldmann y Ernesto Garzón Valdéz (comps.) *El poder militar en la Argentina 1976-1981*. Buenos Aires, Galerna.

Pereyra, Daniel (2007). *Mercenarios: guerreros del imperio*. Madrid, Editorial El viejo Topo.

Puig, Juan Carlos (1984). *América Latina. Políticas exteriores comparadas*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.

Reinmann, Elisabeth (1986). *Confesiones de un contra. Historia de "Moisés" en Nicaragua*. Buenos Aires, Editorial Lagasa.

Roett, Riordan (1982). "América Latina y la Administración Reagan", en Helio Jaguaribe (comp.) *La política internacional de los años '80. Una perspectiva latinoamericana*. Buenos Aires, Editorial de Belgrano.

Russell, Roberto (comp.) (1984). *América Latina y la guerra del Atlántico Sur. Experiencias y desafíos*. Buenos Aires, Editorial de Belgrano.

Russell, Roberto (1985). "La política exterior argentina en 1984: una visión desde Argentina", en Herald Muñoz, *Anuario de Políticas Exteriores Latinoamericanas 1984: Las políticas exteriores latinoamericanas frente a la crisis*. Programa de Seguimiento de las Políticas Exteriores Latinoamericanas (PROSPEL-CERC), Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.

Russell, Roberto (1987). "Las relaciones Argentina - Estados Unidos: del 'alineamiento heterodoxo' a la 'recomposición madura'", en Mónica Hirst (comp.), *Continuidad y cambio en las relaciones América Latina/Estados Unidos*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.

Russell, Roberto (1988). "Argentina y la política exterior del régimen autoritario (1976-1983): una evaluación preliminar", en Roberto Russell y Rubén M. Perina, *Argentina en el mundo (1973-1987)*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.

Russell, Roberto; Tokatlián, Juan Gabriel (1988). "Argentina y la crisis centroamericana (1976-1987)", en Cristina Eguizabal (ed.) *América Latina y la crisis centroamericana: en busca de una solución regional*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.

Salinas, Juan; Villalonga, Julio (1993) *Gorriarán: La Tablada y las "guerras de inteligencia" en América Latina (desde la derrota del ERP hasta hoy)*. Buenos Aires, Magin.

Santoro, Daniel (1998). *Venta de armas. Hombres del gobierno. El escándalo de la venta ilegal de armas argentinas a Ecuador, Croacia y Bosnia*. Buenos Aires, Planeta.

Selcher, Wayne (1984). "Problemas estratégicos y políticas exteriores en el cono sur latinoamericano", en Herald Muñoz y Joseph Tulchin (comps.), *Entre la autonomía y la subordinación. Política exterior de los países latinoamericanos*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.

Torres Rivas, Edelberto (1982). "Notas para comprender la crisis política centroamericana", en Jaime Labastida, et al., *Centroamérica: crisis y política internacional*. México, Siglo Veintiuno.

Tulchin, Joseph (1984). "Regímenes autoritarios y política exterior: el caso de Argentina", en Heraldo Muñoz y Joseph Tulchin (comps.), *Entre la autonomía y la subordinación. Política exterior de los países latinoamericanos*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.

Van Klaveren, Alberto (1984). "El análisis de la política exterior latinoamericana: perspectivas teóricas", en Heraldo Muñoz y Joseph Tulchin (comps.), *Entre la autonomía y la subordinación. Política exterior de los países latinoamericanos*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.

Verbitsky, Horacio (1985). *La posguerra sucia: un análisis de la transición*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

Verbitsky, Horacio (2006). *La última batalla de la Tercera Guerra Mundial*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

Yopo, Boris (1988). "La política exterior de Nicaragua: principios y pragmatismo en un contexto internacional adverso", en Cristina Eguizabal (ed.), *América Latina y la crisis centroamericana: en busca de una solución regional*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.